



LEVÁNTATE DE MÍ

CAROLINA NORIEGA & JAVI. J. PALO

*"La comedia más erótica
jamás contada"*

Terralgnota
EDICIONES

Prólogo
Agustín Jiménez

Carolina Noriega
Javi J. Palo
Levántate de mí



1ª edición: junio de 2017

© Carolina Noriega y Javi J. Palo

© De la presente edición Terra Ignota Ediciones

Diseño de cubierta: ImatChus

Fotografía de cubierta: Sergio Frías

Producción fotografía de cubierta: slainte21.com

Terra Ignota Ediciones

c/ Bac de Roda, 63, Local 2

08005 – Barcelona

info@terraignotaediciones.com

ISBN: 978-84-946955-9-9

IBIC: FP FA 2ADS

La historia, ideas y opiniones vertidas en este libro son propiedad y responsabilidad exclusiva de sus autores.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

[PRÓLOGO](#)

[1. QUÍMICA PURA](#)

[2. SÉCAME LA TINTA](#)

[3. TU NOMBRE EN MI BOCA](#)

[4. METER POR METER](#)

[5. NO ME IMPORTA QUE ME MOJES](#)

[6. LEVÁNTATE DE MÍ](#)

[7. SABE MEJOR QUE HUELE](#)

[8. EL ÚLTIMO EMPUJÓN JUNTOS](#)

PRÓLOGO

Lo que tienes ahora mismo en tus manos o, mejor dicho, en tu mano... (RISAS ENLATADAS), es una novela erótica (MÁS RISAS DE GENTE).

Discúlpenme este pequeño gag manido y onanista, los escritores, como buenos cómicos, sabrán masticarlo a golpes de risita. Esa risita de niño malo, sobre todo la de ella, que acaba de poner en el suelo una moneda de euro pegada con Loctite (Super Glue, ¡viejuno!). Porque ella ríe con un «Ji ji ji» que impregna esta novela de la ternura-humor que ignoramos casi todos los hombres.

Los hombres que no sabemos detenernos en los pequeños detalles y dejamos escapar lo cachondas que son las mujeres.

Carolina y Javi viajan con su personaje a cursillos donde crecen maromos de variado pelaje que cumplen con fantasías muy cercanas. De ahí el efecto erotizante en muchas ocasiones.

No está el habitual triunfo que se le suele dar al sexo pretendiendo dotarlo de clichés. Porque en la vida real, los orgasmos en pocas ocasiones son nítidos. Con ese adjetivo define este libro un orgasmo: nítido. Porque así deberían ser. Sin dudas. Sin atribuirle a un calambre cualidades épicas.

En esta novela las mujeres se corren o no se corren. E intentan hacernos follar bien, porque les gusta jugar con lencería, con pintura corporal, con fetiches, voyeurismo. Les gusta ponerse cachondas y, ay, no nos damos cuenta. Los hombres no nos damos cuenta. Aún seguimos en los relatos de «Querido Penthouse» creando avatares que hacen por nosotros las labores de machote Sigfrédico (de Rocco y...).

Somos muy vagos mentalmente y nos sentamos sobre ellas con nuestro cansancio de tristón...

«Levántate de mí». En ese hastío masculino. Se nos escapan polvos monumentales mientras medimos nuestros penes con el de al lado. O nos ocultamos en nuestro trabajo para que no nos pidan sexo. Quizá un sábado. Un misionero. Nada arriesgado. Que no se descubra que sólo sabemos bocetar o hacer corta-pega en las artes amatorias.

Fustigamientos aparte, os divertiréis. Porque aquí están muchos de los polvos que no tienen un saxofón cerca. Los stripteases con luz de fluorescente. Muy lejano todo de la nocturnidad depredadora en la que suele caer el género. Los autores saben de relaciones entre hombres y mujeres. Saben que los fracasos amatorios vienen de buscar en lugares equivocados y que se acabó esperar algo que forma parte de un rancio pasado de «Penélopes» tejedoras. El personaje de Carla va más allá de su género y esa es la suerte. Es bromista.

Bebe mal y barato. Folla en un Megane... Qué más puedo deciros.

Sí. Que leáis el libro. Que os hablará muy cerca. Que tendréis el susurro de una mujer en papel.

Yo es que tengo el libro electrónico y... (Aprende a follar y deja de comprarte maquinatas).

Quizá esa risita.
Agustín Jiménez

*Yo en cambio nunca supe ir a favor del viento,
Que muerde las esquinas de esta ciudad impía.
Pobre aprendiz de brujo que escupe el firmamento,
Desde un hotel de lujo, con dos, con dos camas vacías.
¿Y quién hará tu trabajo debajo de mi falda?
La boca que era mía ¿de qué boca será?
El roto de tu ombligo ya no me da la espalda,
cuando pierdo contigo las ganas de ganar.
Dos camas vacías.*

**Joaquin Sabina, “Dos camas vacías”
(Versión cantada por María Jimenez)**

1. QUÍMICA PURA

Estaba muy nerviosa. Era el último día de clase y tenía que entregar ese cuento. Se acostó a las cinco de la mañana escribiéndolo y ni siquiera le gustaba escribir. El curso se lo había regalado su novio por su cumpleaños. Su novio creía en su talento. Y ella siempre pensaba: «¿No podría ser un novio normal, de esos a los que les gusta que sus novias destaquen intelectualmente lo justo para presumir delante de sus amigos?», pero él insistió mucho aquel día en que ella le escribió un relato —«Relato para él», se llamaba—, y era tan cursi como su título.

A ella sólo le gustaba escribir cuando estaba triste o cuando estaba contenta, era incapaz de ponerse delante del ordenador a escribir tonterías, y menos un cuento para ese estúpido curso que le regaló su estúpido novio, y que impartía un estúpido escritor presuntuoso con un estúpido nombre: Torcuato Pato. ¡Venga, hombre! Con un nombre así sólo se pueden dar clases de ánades. Su mujer, sin embargo, la del escritor, se llamaba María Pérez, pero la llamaban «La pajarraca». Una tipa con menos escrúpulos que los malos más malos de *Prison Break*. Aparte, era maleducada, agria, filomena y sin sentido del humor. A pesar de ello este profesor se casó con ella, por eso quizá sus clases duraban tanto, no quería volver a casa y apuraba su tiempo con los alumnos —mitad ineptos, mitad fracasados del futuro— hasta el aburrimiento absoluto. Cualquier cosa menos volver a casa. Su vida, así lo veía él, era una mierda. Pero la mierda se transformó en oro cuando conoció a esa alumna que se sentaba en la tercera fila, de aire molesto y mirada desconfiada. A ella no le gustaba su profesor, y aunque le hubiera gustado, nunca lo hubiera reconocido, le parecía demasiado cliché, demasiado de película francesa barata. Le encantaba decir eso cuando algo no le gustaba, aunque no había visto una película francesa en su vida y mucho menos ponía atención en si la producción era barata o cara en una peli. Además odiaba ver películas en versión original. La verdadera razón por la que no le gustaba su profesor era porque no le gustaban los intelectuales. A ella le atraían más bien los hombres rudos, tipo porteros de discoteca. Ojo, que no es que no haya porteros intelectuales, de hecho a muchos de ellos se les puede ver a las cuatro de la mañana intercambiando libros. Libros de todo tipo y condición: de filosofía húngara, macramé y/o punto de cruz, historia del balonmano y colecciones completas de Sánchez Dragó, entre otros. De hecho, Carmelo Olemarc, de nacionalidad desconocida y mala hostia infinita, fue descubierto una vez leyendo el Quijote en voz alta. A cada cliente que llegaba a su bar, le leía un párrafo. Si aguantaban, les dejaba entrar. Pues así, como él, hay muchos por el

mundo.

Y el mundo no era como nos lo habían enseñado en el colegio. Ni en el instituto. Los mapas se habían quedado obsoletos y había que modificarlos. Y en esas estaba Pere, el hermano payaso de aquel profesor que alargaba las clases para no encontrarse con su mujer. Pere Pato llevaba haciendo mapas sin parar desde el año 2000. Empezó haciendo desplegados de provincias y a día de hoy ya era todo un experto en mapamundis. Aunque se trataba sólo de un hobby, lo suyo era hacer el payaso, colgarse una nariz en la ídem y calzarse unos zapatones en los pies era lo que le daba la vida. Pero no le daba de comer, y como era una costumbre que tenía desde muy pequeño, trabajaba en una empresa de informático, profesión que le había obligado su padre estudiar. Decía que con un bohemio en la familia tenían de sobra. Sus días de informático eran bastante aburridos, hasta ese en que un email de la recepcionista de la empresa lo hizo interesante:

«Hola,

¿Qué tal? Sé que no hemos hablado mucho y a lo mejor estoy abusando de tu confianza, pero no te lo pediría si no estuviera realmente desesperada. He perdido un cuento que necesito presentar mañana y no lo encuentro por ningún lado. Está en el ordenador de casa. ¿Podrías venir esta tarde a echarle un vistazo?

Si me sacas de ésta te invito a cenar... por favor».

Se quedó un rato largo mirando la pantalla del ordenador. Cuando sus pupilas empezaron a escocer, reaccionó: «Estoy harto de que la gente me pida que le arregle el ordenador, es la cruz de los informáticos», pensó. Y después pensó en Carla y su sonrisa, y dio las gracias al cielo por ser informático y tener la oportunidad de ir a su casa a cenar. Daba por hecho que arreglaría lo que le ocurriera en el ordenador, claro.

Ella le recibió con una cálida sonrisa y un plátano en la mano.

—Es que estoy haciendo gazpacho —dijo ella.

—Ah, claro. Claro...

Pasaron al salón aceptable y tal, y allí mismo le enseñó el ordenador. Un PC espectacular, de colores cromados y pantalla táctil que muy pocos afortunados pueden poseer en sus casas. Pere Pato se quedó helado al ver aquella pieza de antología informática. Se acercó a la mesa del ordenador y se sentó frente a él. Cogió el ratón y sin mediar palabra se puso a investigar. Media hora después, preguntó sin desviar la mirada de la pantalla plana de calibre extremo:

—¿El cuento se llama «Sangría de plátano»? —Ella, alucinada, respondió que sí y Pere se giró con sonrisa satisfecha sabiéndose poseedor de una cena gratis, para toparse de frente con Carla, que estaba de pie, vestida de vikinga y

con dos vasos de gazpacho en las manos.

De repente un maullido de gato en celo le despertó de la siesta de los viernes. «Vaya sueños que tenemos a veces las personas. ¿O será cosa de los payasos?» Este pensamiento seguía bailando en su cabeza cuando llamó a la puerta. La casa era como en su sueño, sólo que ella no llevaba un plátano en la mano ni vestía de vikinga, desafortunadamente, ya que a Pato, le encantaban los disfraces.

—Pasa —dijo ella—, estoy haciendo...

—¿Gazpacho?

—Sangría.

Era un tercer piso con dos ascensores, sesenta y siete metros cuadrados construidos y noventa y ocho habitables. Un salón aceptable, luminoso, agradable. Un dormitorio aceptable, luminoso, agradable. Una cocina aceptable, luminosa, agradable. Un baño aceptable, luminoso y agradable.

Comenzaba el verano y se estaba bien a esas horas de la tarde. Se iba el bochorno, como dicen las abuelas, y llegaba la fresca.

—¿Quieres probarla la sangría, Pato?

A él le gustó que le llamara así porque era como le llamaban sus amigos, como un signo de identidad, gente que conocía su verdadera pasión y le respetaba y le quería. Le hizo sentir como en casa, y cuando fue a coger el vaso tuvo que apoyar su mano en el hombro de ella para pasar por detrás. Entonces ella sintió su olor. Un olor fresco a *aftershave*, envolvente. Sintió unos deseos irrefrenables de levantarle la camiseta y tocar su piel, formar parte de ese olor, estar más cerca. Sintió tanto deseo, y tan de repente, que se mareó.

—Voy a sentarme un momento. Creo que me ha bajado la tensión. —Y se tumbó en el sofá.

—Pon los pies en alto —dijo él—. Te daré un masaje, estudié fisioterapia a distancia.

Él se sentó, y ella apoyó los pies en su regazo con la tranquilidad que da haberte hecho una exfoliación y pedicura el día anterior. Pero la realidad era otra. Nada más tocarle los pies supo de inmediato que el cursillo de fisioterapia era de los baratos. Sus dedos eran torpes, y sus movimientos peores. Carla aguantaba como podía los retorcimientos que le proporcionaba su invitado, hasta que no pudo más y gritó:

—¡Para, joder!

—Menos mal, creía que no tenías sangre en las venas. Con lo que he apretado podría haber hecho zumo de uva.

La cara de Carla se convirtió en un poema de Leopoldo María Panero, no

sabía si darle una patada aprovechando su situación, o quedarse como estaba, o dejarse llevar por esa intensidad con la que tocaba. La inercia le obligó a elegir lo segundo. Pero otro giro inesperado la descolocó todavía más.

—Ahora que sé que aguantas te voy a dar el mejor masaje corporal que hayas recibido en tu vida. Y luego te encontraré el cuento. Y si no te lo encuentro, te escribo otro. Y si no te lo escribo, contrato a un escritor para que te lo escriba. Y si no encuentro a un escritor...

—Al masaje, por favor —cortó ella, deseosa de sentir sus manos.

Con un gesto mandó a Carla darse la vuelta y tumbarse boca bajo en el sofá.

—¿Me quito...?

—Sí, por favor, será más fácil.

Carla se quitó su camiseta, y antes de volverse a tumbar se desabrochó el sujetador. Pere pudo observar una marca del mismo en su espalda. Aunque más que marca era como si alguien le hubiera pasado el dedo por la espalda y hubiera conservado aún su calor. Fue en ese instante cuando recordó aquellas palabras que tantas veces repicaban en su mente los miércoles, y que había olvidado hasta ese momento: «Me encantaría acariciar ese sujetador».

Los miércoles era el «Día informal» en la empresa. Las empresas americanas normalmente lo hacen los viernes, pero ésta era sueca y lo hacía cuando le daba la gana. Era entonces cuando ella se ponía unos vestidos más frescos para estar cómoda en el calor tan seco e intenso de Madrid.

No se lo había dicho a nadie pero había tenido fantasías con ella y esos vestidos tan veraniegos, y sobre todo con los sujetadores que a veces se dejaban adivinar a través del fino tejido de aquellos vestidos. No se podía creer que ahora estuviera aquí con ella, y menos aun cuando ella le dio el sujetador para que lo colocara en algún sitio mientras se tumbaba de nuevo de espaldas.

Él lo tomó con una mano y lo acarició lentamente con la yema de los dedos. Era suave, blanco, brillante y delicado, y pensó: «Seguro que lo lava con detergente para prendas delicadas». A veces, cuando estaba nervioso, pensaba tonterías. Pero ella le interrumpió de golpe diciendo:

—Puedes coger de ese cajón aceite esencial, es «esencial» para los masajes. —A veces, cuando estaba nerviosa, decía tonterías. En fin, prosiguió para no evidenciar el chiste tan malo que acababa de soltar—. Quiero decir, que me lo traje de la India, es muy bueno...Porque ella también había fantaseado con Pere. Mucho. Los días en la oficina eran largos y aburridos y ella a menudo encontraba cualquier excusa para que Pere viniera a arreglarle el ordenador. Y cuando venía y se ponía detrás de ella a escuchar la explicación de lo que le pasaba en el ordenador sentía su calor y su olor intenso a una colonia que reconocía muy bien, que tenía metida en la memoria. Un olor que le excitaba

sobremanera. Y aunque no le veía en esos momentos, le intuía detrás de ella con su espalda ancha, su pelo rapado y su barba medio rubia de tres días. Y de repente cogía el monitor con esas manos fuertes y viriles y empezaba a trastear mientras ella le miraba y se ruborizaba por tener pensamientos tan explícitamente sexuales y morbosos y sobre todo porque se sentía humedecer con su sola presencia... Ella sabía que si hubiera estado sin pareja se hubiera atrevido antes a dar un paso pero ahora estaba pasando sin saber muy bien porque. La verdad es que necesitaba ese cuento y le necesitaba a él y no podía esperar más, ni lo uno ni lo otro.

Él cogió el aceite. Era de color morado y olía a incienso. Pero no a uno de esos normales, no. Un incienso intenso, profundo, sensitivo. Aspiró lentamente su aroma hasta que se llenó los pulmones y se embriagó de él. Todo esto le duró seis minutos. Seis minutos en los que a Carla le dio tiempo a quedarse traspuesta. Pero enseguida dio un respingo. Fue cuando Pere Pato le roció la espalda de aceite esencial.

—¡Uf! ¡Qué frío está! —exclamó ella.

—Sí, pero huele que alimenta...

Sus manos extendían el aceite por toda la espalda con una delicadeza que llamaba la atención. Los firmes movimientos hacían estremecerse a Carla y exteriorizar algún que otro espasmo de placer.

—¿Te pasa algo? —preguntaba él sin dejar de masajearle la espalda.

—Nada, nada...

—Hombre, nada, nada... te están dando espasmos. A lo mejor es que soy muy torpe, si quieres lo dejo y me pongo a buscarte el cuento, que es a lo que he venido.

—No, no hace falta, de verdad... prefiero que sigas.

—Ya, pero lo mismo no es conveniente que yo, que sólo soy un informático...

—¡Qué sigas!

Carla se dio cuenta de que el tono utilizado no había sido muy amable, pero enseguida se relajó y se dejó llevar por la sensación del tacto de sus manos, y empezó a pensar en los besos, en los que le habían dado, en los besos en general, en los fraternales, en los de compromiso, los de película, en *El beso* de Klimt... hasta que él la interrumpió, porque ella estaba distraída y él no sabía qué narices hacer delante de esa chica que pensaba en besos.

—Si esto fuera un cuento, ¿qué te gustaría que pasara?

—Que le besara, que me besaras... —respondió ella sincera.

Entonces ella se dio la vuelta, dejando ver lo que la imaginación de Pato llevaba esperando desde hacía, por lo menos, un cuarto de hora.

Y si antes sintió espasmos, ahora sintió mariposas, libélulas, hormiguitas de las rojas y sobre todo mucho, mucho placer. Estuvo brillante, un superdotado de los besos. Se le erizó todo el vello del cuerpo, hasta las cejas hicieron un gracioso intento por elevarse. De repente sintió que debía ser sincera con él. Alguien que besara así, merecía saber la verdad.

—Tengo que decirte algo. La sangría no la he hecho yo. La compré en el Carrefour.

—No me jodas —exclamó—. Eso sí que no. Por ahí no paso. Podré besarte como nadie lo haya hecho jamás, pero que la sangría la hayas comprado en el Carrefour... pues qué quieres que te diga, me decepcionas.

Carla se quedó mirándole con una media sonrisa traviesa que Pere no supo muy bien interpretar.

—Qué no, que es broma. ¿Cómo voy a comprar la sangría en el Carrefour?, si yo soy más de Mercadona. Anda, bésame otra vez.

Así que eso hizo. Y mientras lo hacía, pensaba que esa mujer tan atractiva como rara, tenía muchas posibilidades de estar loca. O por lo menos, más pallá que pacá, pero le encantaba, y sobre todo le sorprendía muy gratamente encontrar a gente con su sentido del humor.

—No me has enseñado tu casa —dijo de repente sin darse cuenta.

Ella se quedó como pensando «¿Y mi beso?», pero le dio corte insistir. Era como si hubiera pasado el momento, como cuando se tiene que explicar un chiste porque no lo ha entendido alguien. Le contestó un poco molesta.

—Ya, es que odio enseñar mi casa y que me enseñen casas, y sobre todo cuando te dicen: este es el comedor, esta es la cocina, este el baño... me dan ganas de decir: «Si no es por ti no lo adivino». Pere rio con la ocurrencia de Carla y ella siguió hablando.

—Oye, pues a mí sí que me gustaría que me enseñaras la casa, o al menos, una parte de la casa.

Ella sonrió picarona y dijo:

—¿La cocina?

—Tu habitación.

Ella miró a un lado como si se lo estuviera pensando, pero en realidad estaba actuando para dar más tensión a la situación, y cuando vio suficiente tensión en sus ojos, le dio la mano sin mirarle y lo llevó hacia su habitación, dejando detrás de ellos un delicioso olor a incienso, a verano y a besos acertados.

Llegaron a la habitación, que era pequeña o por lo menos no tan espaciosa como el resto de la casa. La cama estaba invadida por ropa desordenada y el armario abierto de par en par. La ventana que daba a la calle estaba igual que el

armario, lo que permitía que un ligero vientecillo aireara el cuarto. En una de las paredes había un corcho colgado en el que varias fotos sujetas con chinchetas daban alguna pista de la vida de Carla. Una foto en Estocolmo, otra en Segovia, la típica de todas las amigas después de una cena. Frente a la cama, una estantería repleta de libros. Desde Paulo Coelho hasta Karlos Arguiñano, pasando por lo mejor de Eduardo Mendoza. Sobresaliendo de la línea cogió un libro, una imagen inquietante en la portada: *Relatometrajes*, de Javi. J Palo. «Sin duda alguna, uno de los mejores libros de relatos que había parido madre», dijo ella. A ambos lados de la cama, había dos mesillas de noche pequeñas, pintadas de morado y con una lámpara bastante fea encima.

Carla corrió las cortinas y dejó la habitación en penumbra, solo entraban unos rayitos de sol, tan pequeños como potentes, que parecían rayos láser atravesando la parte de arriba de su armario. En esto estaba pensando Pere cuando se empezó a sentir nervioso y excitado por lo que intuía iba a suceder en pocos minutos, y le entró un poco de inseguridad. «¿Estaré a la altura?» se preguntaba, y empezó a pensar en las chicas con las que se había acostado, que no eran muchas, pero en lo bien satisfechas que se habían quedado, según ellas. Pero a veces las mujeres son tan mentirosas... Carla no lo parecía. Sobre todo en las historias que Pere se montaba en la oficina. No era nuevo que cuando Carla pasaba por su lado o simplemente sonreía por algo, él desatara su imaginación y se dejara llevar. Fantasear con Carla era algo que hacía todos los días. Una mañana, cuando Carla fue a la fotocopidora, se le cayeron los folios que había utilizado. Pere, lejos de ayudarle a recogerlos, se quedó ensimismado viendo como al agacharse dejaba escapar sus muslos, brillantes y tersos. Bendijo a aquella minifalda que se subió casi hasta el cielo. En ese momento, los pies de Pere se pegaron al suelo, y toda la quietud de sus extremidades contrastaba con el bullicio de su cabeza. Imaginó que cuando ella se agachaba a por los folios, él se colocaba justo detrás dispuesto a ayudar. Sus brazos, al alargarse a por ellos, rodeaban el cuerpo de Carla. Ella se giraba, despacio, y con una sonrisa de agradecimiento le dejaba hacer. Al estar tan juntos, Carla no podía dejar de mirar los ojos de Pere, como le pasaba a él con ella. De los ojos a la boca. De la boca a los ojos. El olor aún intenso de los perfumes les embriagaba todavía más, y era cuando definitivamente los folios pasaban a ser algo muy poco importante. Agachados, comenzaban a besarse. Primero despacio, y poco a poco aumentando el ritmo para acabar los dos por el suelo, esparciendo los folios fotocopiados. En la cabeza de Pere, el roce de sus labios con los de Carla mientras sentían el frío del suelo era casi real. A veces, lo era tanto, que sin darse cuenta sentía una erección que le incomodaba, por riesgo a llamar la atención. Pero ahora no era un sueño ni su imaginación.

Ahora era real.

Sintió a Carla abrazarle por detrás. Pudo sentir su pecho en la espalda y su mano acariciarle la nuca. Se dio la vuelta despacio, bajó su mano y la de ella por su pierna. Llevaba una falda muy fina, como los vestidos con los que había fantaseado, y la levantó sin prisa, disfrutando cada instante, y así comenzaron entre los dos a acariciar las piernas de ella, cada vez más cerca de su tanga negro y semitransparente. Las manos de ambos no dejaban de tocarse suavemente, y se entremezclaban jugando por debajo de su falda, fundidos. A veces no podía distinguir si era su propia mano o la de él la que le estaba dando placer. Entonces él llegó con sus dedos hasta su sexo y sintió que estaba húmedo. En un arrebato de excitación agarró la tira del tanga de su muslo y tiró de él fuertemente, arrancándoselo. Ella dejó escapar un suspiro de sorpresa y entornó los ojos con sumisión. Entonces su mente empezó a pensar: «¡Madre mía! Siempre he querido que me arrancaran el tanga, pero pensaba que solo ocurría en las películas o en las fantasmadas que cuentan algunos tíos pero no, es cierto, no es una leyenda urbana. Por fin lo sé. Estoy deseando contárselo a mis amigas. Yo pensaba que los tangas de las pelis estaban trucados, porque el hilillo de los tangas es bastante fuerte. ¿Se habrá hecho daño? A lo mejor sí, pero se está haciendo el valiente y no quiere cortar el rollo. Aunque espero que sí se haya hecho un poco de daño, porque si no, a lo mejor piensa que el tanga es de mala calidad, y de eso nada porque es un tanga bien bueno. ¡Mierda!, se acaba de cargar un tanga de treinta euros. Si lo sé me pongo uno de los chinos, de los rojos que me compré para Nochevieja. No, no, es mejor así, porque un tanga rojo así de repente parece un poco de guarrilla. Si, mejor así, pero joder, treinta euros. A lo mejor lo puedo coser. Qué cutre soy. No pienses y disfruta. Voy a ver si se ha hecho sangre en la mano, y si veo que no, ya me relajo... Ah pues no. Todavía no me puedo creer lo que acaba de hacer. ¡Joder con el informático!».

Él podía ver en sus ojos entreabiertos cómo, sin decir ni una palabra, se iba adentrando poco a poco en un estado en el que no había vuelta atrás, ni sitio para la razón y las palabras, en un estado de intensas sensaciones, donde no importa nada más. Sólo ellos y el placer. El gusto por el gusto, al carajo el cuento y la informática, sólo valía dejarse llevar y gozar. Más aún cuando ocurre de manera inesperada, cuando la realidad supera a la imaginación y nos da una tregua. Ese placer cada vez era más intenso. Sin saber cómo, ambos habían aterrizado encima de la cama sin despegar sus labios. Y así seguían, besándose que parecía que se iba a acabar el mundo, mientras sus manos recorrían con intención el cuerpo del contrario. En uno de los revolcones, Carla quedó debajo de Pere, que detuvo sus besos para mirarla fijamente. Unos

segundos que le sirvieron para examinar sus profundos ojos negros, su tez morena, su pelo negro, sus finas facciones que la hacían parecer siempre más joven de lo que era. Pero lo que más le gustaba eran sus labios, carnosos, rosados, parecían tener una palabra continuamente preparada: Bésame. Pero Pato, esta vez, frenó sus impulsos, y en vez de besarla por enésima vez, se quitó la camiseta. El olor cálido y envolvente del *aftershave* volvió a emanar hacia Carla, que se dejó llevar por su fragancia hasta perder la razón completamente. La pérdida de cabeza era mutua, y ambos se enzarzaron en una batalla sexual sin precedentes hasta la fecha en esa cama. En esa casa.

Decir que estuvieron más de siete horas follando podría parecer una exageración, pero así fue. El cansancio no les impedía continuar gozando del cuerpo del otro. Era algo inevitable, química pura. En cuanto terminaban un polvo casi instantáneamente comenzaban otro. Y despacio, con tiempo, cuidando al milímetro las sensaciones. Parecían una pareja compenetrada, pero la realidad era otra. Eran amantes recientes. Lo poco que se conocían era a través de lo que sus ojos veían en la oficina y su imaginación volaba después.

Fue así como Carla se durmió. Pensando en que su sueño se había cumplido. Un sueño trabajado, porque si no le hubiera mandado ese mail a Pere, esa noche, posiblemente, hubiera dormido sola. Porque lo de dormir con Pedro, su novio, ya no le atraía.

Eran las siete cuarenta y cinco de la mañana cuando sonó el despertador. Carla, aún con una sonrisa en la boca, abrió los ojos despacio. Giró su cuerpo lentamente hacia el lado contrario, buscando el despertador, y lo apagó. Notó que algo le faltaba y se incorporó buscando a su alrededor.

—¿Pere?

Con el mal presentimiento de que todo hubiera sido un sueño paseó su cuerpo desnudo por la casa buscando al pequeño de los Pato. Pero no lo encontró. Lo que sí vio fue una nota pegada en la pantalla del ordenador: «En la carpeta que está abierta en el escritorio tienes el cuento. Lo he leído y me ha gustado. Tanto como tú». Carla releyó la nota más de tres veces y menos de cinco, y volvió a sonreír, relajada y feliz. Volvió a la cama con la nota en la mano, pero enseguida cambió esa idea por la de ir a la ducha. En una hora tenía que estar en la oficina.

2. SÉCAME LA TINTA

El cuento que leyó aquella mañana fue el que Pere había encontrado en su ordenador. «Chocolate con churros». No era el que había escrito en un principio para ello pero el azar quiso que esas páginas salieran a la luz por algo. Y así cambió el cursi-cuento que escribió «para él» por el que escribió un día en que se sentía feliz, pletórica. Como la noche anterior.

Los doce alumnos del curso de cuentos y escritura creativa fueron leyendo sus relatos y escritos con más o menos fortuna, hasta que a Carla le llegó su turno. Se levantó, segura de sí misma, y comenzó a leer:

Once de la mañana. Lunes. Entré en la cafetería donde hacen los churros y porras más ricos, con dos cosas en la cabeza: una, desayunar y dos, buscar piso.

El camarero me sirvió café a mi gusto y croissant, que también estaba muy rico, no sin antes lograr que me ruborizara y sonriera, o sonriera y me ruborizara, no recuerdo el orden, el caso es que los camareros en ese bar, también estaban muy ricos.

Cuando estaba leyendo los anuncios de los pisos en Estrecho, entraron al bar un chico y una chica, distrayéndome de mi lectura, pensé: «Una pareja», mientras masticaba dos dormitorios, que diga dos trozos de croissant.

Se sentaron justo a mí y cuando iba por García Noblejas ya no podía más. No me podía concentrar oyendo la conversación, sin querer, claro...

—¿Qué quieres tomar? —preguntó ella muy dulce.

—Yo, Colacao, ¿y tú? —contestó él con la misma dosis de dulzura.

—Yo café. Me encanta. Y a ti, ¿no te gusta?

La pregunta a simple vista parecía sencilla y sin importancia, pero había algo en su entonación. Enseguida deduje que no eran novios, que a ella le gusta él y él sin enterarse. En cualquier caso sin quererlo dejé de leer, aunque seguí fingiendo que lo hacía. Yo no quería escuchar, os lo juro, bueno, os lo prometo, pero estaban tan cerca.

—A mí me gusta tomar café cuando la noche anterior me he acostado muy tarde.

En ese instante ella se lo imaginó en una madrugada perfecta, en una cabaña de madera en medio del bosque, con perfectos acabados, envuelto en una manta de cuadros, de estos bonitos, no de los feos, con su café en una mano y con la otra reclamándola. Lo sé porque yo también me lo imaginé así. Eso pensaba ella a la vez que sorbía su café y él, sin embargo, mientras derramaba lentamente los polvitos del Colacao en su

taza, pensaba: «¡Joder, qué de Colacao me estoy echando!».

Ella dijo que acababa de volver de Londres y él asintió.

—Qué casualidad, ¿no? Encontrarnos... —decía ella intentando que se notara su sorpresa.

—Sí, y qué suerte —contestó él. Y aquí a ella se le encendió la mirada, porque aunque yo no podía ver su cara, en el centro de la mesa, se iluminó el servilletero.

—Si no se me hubiera estropeado la dichosa correa de la moto. Qué mierda, siempre se me estropea cuando más lejos estoy de casa.

—No te preocupes, de verdad, si no me ha importado acompañarte, a mí me encanta ir a comprar correas para la moto...

Los dos se rieron. Menos mal, pensé yo, porque eso no se lo traga nadie.

—Y por cierto, ¿qué hacías tú allí? —preguntó él.

—Ya se me ha olvidado —pensó ella, pero dijo: «Comprando un regalo».

Y de repente, sin esperarlo, le soltó nerviosa:

—Bueno, ¿y qué tal con tu novia?

—Em... puues... —contestó él tomando un sorbo de su Colacao—. Las cosas no van muy bien, la verdad. Cada vez estamos más distanciados, es que no me apetece hablar con ella de muchas cosas, no sé, no conectamos. Creo que estamos terminando sin darnos cuenta. Es como si una noche que dormíamos, el cariño, ya aburrido, se nos hubiera escapado por la ventana y se hubiera ido a vivir con una pareja que estrena su primera noche como amantes.

Cómo inspira el Colacao.

—Ya —aprovechó ella—, a mí me pasa algo parecido. Jorge y yo, cada vez nos vemos menos y no hablamos mucho y no es que no me apetezca hablar, me apetece, pero no sé, con alguien que habló mi idioma, que me mire a los ojos cuando hablo. ¿Me entiendes?

—A lo mejor le cuesta concentrarse cuando te mira a los ojos, a mí me pasa.

En ese momento, me imaginé que a ella se le habrían dado la vuelta las pestañas y que se le habrían puesto los ojos como a Pichachu, el de los Pokemon. Y me dio por pensar: «Mira que si se parece al Picachu». Y me entró la risa, pero me metí otro trozo de croissant en la boca para aguantarme.

—Además —añadió ella—, últimamente me pasa algo muy raro. Tengo sueños...

—Y, ¿con qué sueñas? —Y esto fue lo mejor.

—Pues contigo, Rubén.

Muy bien, Picachu, pensé, y de reojo vi que sus manos se iban acercando un poquito, vamos que sólo hubiera cabido una porra más o menos.

—¿De verdad? —preguntó él.

—Sí, de verdad.

Sus manos se iban acercando más y más, y cuando ya sólo quedaba la distancia de un churro, decidí dejarlos solos.

Cerré mi periódico muy despacio y cuidadosamente para que no se cayera ninguna palabra entre esa distancia cada vez más mínima. Cogí mi bolso, me despedí de los camareros ricos y me dirigí hacia la salida.

Intenté verle la cara a ella antes de salir del bar, pero la máquina del tabaco me lo impidió y me empecé a hacer preguntas: «¿Será ella como un ángel caído del cielo que sólo puede ver él?, ¿existirán los ángeles?, ¿me habrán metido algo en el café?», pero sobre todo me preguntaba por el destino. ¿Será cierto que existe el tan cuestionado destino? ¿Sería posible que la moto no se estropeará en el momento más inoportuno, cuando más lejos estaba de casa, sino, cuando más cerca estaba de ella?

Lo que no se puede negar es que, estuviera ella disfrazada de ángel o de Picachu, o de lo que fuera, seguro que muy pronto lo encontraría envuelto en una manta, en una cabaña en Canadá, o en un piso en Estrecho o García Noblejas o, qué más da, pero tendría una mano envolviendo una taza de café porque se había acostado tarde esa noche, y la otra mano, reclamándola.

Al salir por la puerta vi la moto allí, inerte, con su correa nueva, feliz como un cachorro que ha encontrado un hogar, y antes de apartar la vista y emprender mi camino, juraría que me guiñó con el intermitente.

Toda la clase se quedó un momento en silencio. Un silencio que ella no supo muy bien cómo interpretar. Después, el profesor pidió un aplauso generalizado por todos los cuentos de la clase y dio una pequeña charla de despedida que simuló improvisada. Pero se notaba que estaba mucho más que preparada.

Cosas de escritores, pensó Carla y ese gesto, el hecho de que se hubiera tomado la molestia en preparar una despedida, le causó de repente una profunda ternura. Realmente se preocupaba de hacer bien su trabajo y parecía que les tomaba en serio.

Cuando la gente empezó a levantarse Torcuato, su profesor, le pidió a Carla que se quedara un momento. Ella pensó: «Ay madre, ¿tan malo ha sido mi

cuento que me va a dar la charla?», y le entró complejo de niña que había desobedecido o que no había estado suficientemente atenta en clase. Aunque se repuso enseguida de esa sensación, estaba tan feliz que no le afectó mucho lo que tuviera que decirle. Le dolía todo el cuerpo de hacerlo tantas veces y estaba relajada y con ese aire de suficiencia que te da haber tenido una noche mágica de sexo. Como el que guarda un secreto especial y es feliz sólo con saberlo. Es más, necesita que sea sólo de uno para mimarlo un poco y después compartirlo con más gusto.

Y resulta que le había gustado el cuento. No hay nada peor que te guste un alumno y que sea torpe en la materia pero este no era el caso. Torcuato era el tipo de persona que no puede amar sin admirar a la persona en cuestión. Y quería amarla. Sabía que todo era una fantasía pero necesitaba amar de nuevo. Sentir, aunque fuera por última vez, la urgencia, el contar los días, la ansiedad, el desconcierto, todo lo malo del amor, que en su opinión era bastante masoquista, como ver películas de terror, que dan miedo pero sigues yendo al cine a verlas. Tenía un brillo especial en sus ojos que miraron a los de Carla y luego su boca dijo:

—Me ha gustado tu cuento. Me gustaría presentarlo a un concurso de relatos. El plazo termina en dos días. Yo me ocuparía de todo. Solo necesito tu consentimiento.

—Vale —dijo ella sin pensarlo.

Él era un hombre sumamente inteligente y se había percatado de su desinterés, pero pensaba de corazón que tenía talento y que si ganaba este concurso tal vez se animaría a escribir un poco más, porque estaba a punto de caer en el gusto por escribir, que al igual que el amor, se convertía en una sana y a veces insana adicción.

Carla llegó a casa y tiró el bolso en el salón. Entró en la habitación y todavía olía a sexo. Sonrió y se fue a la cocina quitándose la ropa por el camino. Tenía un sueño vago y mucho calor. Cuando llegó a la nevera ya estaba desnuda. Abrió el frigorífico y cogió un helado de nata. Se lo llevó a la cama y se tumbó en ella estirando las piernas. Se quedó allí disfrutando del helado y del olor de las sábanas, que olían a él. Se terminó el helado mirando al techo sin pensar en nada. Descansando la mirada. Se quedó dormida muy despacio. Sólo le dio tiempo a dejar caer el palito al suelo, un ruido apagado que escuchó ya en sueños.

No cenó, pero no porque no quisiera, que a ella siempre le apetecía, cenar, sino porque no se despertó hasta la mañana siguiente. Por ese motivo desayunó fuerte: café, zumo, yogur, fruta, tostadas... Hacía tiempo que no desayunaba así de bien, y sobre todo tan contenta y relajada. Se sentía bien. «¿Será por

estos kiwis que venden los gitanos de la esquina?»), pensó. Pero bien sabía ella que no era por esa exquisita y fibrosa fruta, era porque intuía dentro de ella una nueva Carla. Como si se le hubiera abierto una puerta interior que comunica con otra Carla, una Carla paralela. O quizá la Carla que estaba escondida tras esa Carla más tímida, lenta y sosa. Al otro lado de esa puerta podía ver una ventana, y esa ventana estaba abierta, y daba a la calle, a una avenida infinita donde primaba lo audaz, la osadía, el atrevimiento. Precisamente así había actuado con Pere, siendo tan descarada como jamás lo había sido en su vida. Al recordar como planeó su encuentro con él todavía se sonrojaba, pero no se arrepentía. Lo volvería a hacer. Con Pere. Y si no con Pere, con otro. O con otros. Quería recuperar el tiempo perdido, todos esos años en los que junto a Pedro sólo había aprendido nada. A quedarse como estaba. Y ella quería avanzar, descubrir, aprender. En definitiva: disfrutar.

Donde no disfrutaba nada era en el trabajo. Ser recepcionista de una empresa cualquiera de informática no era lo que más le llenaba. Los días allí se le hacían eternos y aburridos. Carla era lo primero que la gente se encontraba cuando entraban a la empresa. La mayoría de clientes agradecían que fuera una chica atractiva y no un friki informático quien les atendiera de primeras. No es lo mismo contar tu problema a una chica simpática que a un gafotas con camiseta de Mario Bros. Recibirles era su único entretenimiento, pero escaso. La empresa llevaba meses estancada y ahora en verano la cosa iba aún peor. Pareciera que los ordenadores ya no se estropeaban y los ventiladores de las torres funcionaban perfectamente bien.

Ese verano, Carla sabía que no se aburriría sólo dos meses. Se aburriría tres meses. No tenía vacaciones porque llevaba poco en la empresa. Por eso, cuando supo que esa ventana interior se le había abierto, se alegró infinitamente de que su cerebro le pidiera lo que debería haber tenido desde hace tiempo. Por fin cuerpo y mente estaban a la par.

La semana transcurrió como se preveía. Un día precedía a otro y así sucesivamente hasta llegar al viernes. Ese día, como todos los anteriores, el recuerdo del encuentro con Pere no había desaparecido de la cabeza de Carla. El pequeño de los Pato no había vuelto por la empresa, y ella no sabía si se debía a los trabajos temporales que de vez en cuando realizaban los empleados fuera del edificio, o si es que estaba de vacaciones. Pero no quiso saberlo. Ese viernes estaba muy centrada en unos sudokus de los de tercer grado cuando sonó el teléfono. Carla levantó el teléfono fijo:

—¿Sí?

Otro tono, el de la canción de *Sexo en Nueva York*, indicó que lo que sonaba era su móvil. Carla colgó el fijo y cogió su teléfono móvil.

—¿Sí?

—Hola, Carla. Soy Torcuato.

Torcuato Pato. Por un momento Carla deseó que hubiera sido su hermano. Pero no. Era el pesado de su profesor que llamaba para decirle que había ganado el certamen de cuentos. La entrega de premios era el próximo martes. Una cierta incredulidad y alegría invadieron de repente a Carla, que no sabía si se alegraba más por los seiscientos euros del premio o porque había ganado con el cuento que no estaba destinado para ello. Si «Chocolate con churros» había llegado hasta ahí, era por, y sólo por, culpa de Pere.

Volvió a pensar en el dinero. Seiscientos euros. «Me lo gastaré en algo importante. Ya sé, me haré la depilación láser en las ingles¹», pensó.

El corazón le dio un vuelco y ahora no era por las ingles, que también, pero de repente se dio cuenta de que realmente acababa de ganar un concurso de cuentos y no pudo evitar sonreír, y notaba cómo los ojos le brillaban de alegría y tuvo un impulso loco de llamar a Pere para contárselo e invitarle a cenar, y después celebrarlo en su casa con champán y sexo o sexo y champán.

Llamó a la extensión de su departamento, 727 y contestó su compañero. Le entró un poco de pánico pero al segundo «hola» preguntó por Pere.

—No está, se fue de viaje. —Hubo un silencio y después prosiguió— Por la excedencia... ¿te puedo ayudar yo?

«No creo», pensó Carla y le colgó. Sintió un enorme vacío de repente y una decepción que le hundió en su silla muy lentamente, como si cada palabra se la hubieran echado encima y su cuerpo no pudiera con el peso. Cerró los ojos con indignación. Una profunda rabia junto a una frase, bombardeaba su cabeza: «Y no se ha despedido de mí». Se sintió ridícula por haber pensado en él para celebrarlo, por seguir recordando sus cuerpo y sus manos y sus manos encima por todo su cuerpo. Hasta ese momento no había pensado en que hubiera otro encuentro con Pere, simplemente se había dejado llevar y estaba feliz de cómo ocurrió y aunque no había pensado en serio verle de nuevo, sobre todo por su situación, tampoco se le había pasado por la cabeza la posibilidad de no hacerlo, y esa idea la partió por la mitad.

Pero, ¿qué le estaba pasando? No se podía enamorar ahora. Estaba dispuesta a disfrutar su verano al máximo. El verano pasado había sido el peor de su vida. Tuvo un accidente bastante grave. Pedro y ella iban un día a casa de unos amigos a cenar en las afueras de Madrid. A Pedro se le fue la moto en una curva. A él no le pasó nada pero ella tuvo fractura de clavícula y rotura de tibia y peroné. Estuvo quince días en el hospital. Tuvieron que operar el hombro y tuvo que ir a rehabilitación los seis meses siguientes. Pedro se había sentido muy culpable. La verdad es que siempre iba muy rápido con la moto y ella se

lo había recriminado muchas veces. Fue todos los días a verla al hospital y le traía unos ramos preciosos de rosas rojas. Nunca le dijo dónde las compraba pero nunca había visto unas rosas tan rojas y tan grandes. Las enfermeras no hacían más que decirle:

—¡Qué suerte tienes! Ya me gustaría a mí tener un novio así.

Y a ella le daba mucha ternura en esos momentos pero cuando se quedaba sola observaba durante horas esos ramos de rosas enormes y sentía que venían de un sitio muy equivocado. Era el reflejo de su culpabilidad. Como lo que dicen de los hombres infieles, que siempre compran regalos a sus mujeres después. Y empezó a odiar esos ramos con todas sus fuerzas. También empezó a odiar incluso que fuera todos los días a verla. Y mucho más que fuera directamente del trabajo con su traje de ejecutivo. No le gustaban los hombres con traje. Parecían tan serios y convencionales que le aburrían enormemente. De hecho, ella estaba mejor sumida en algún libro o soñando despierta.

Carla y Pedro llevaban juntos desde los dieciocho años. Había sido su mejor amigo y pasaban tanto juntos que parecía algo natural que acabaran saliendo. Carla había tenido un primer amor antes de Pedro, pero su familia se fue a vivir a Málaga y se distanciaron. Pedro estuvo ahí para apoyarla en los malos momentos y se fueron acostumbrando poco a poco a estar juntos y aunque al principio ella tuvo mucha ilusión por todo lo que él se implicaba, por su seguridad y la tranquilidad que le aportaba, se había distanciado de él como amigo, que era lo que más les había unido, y hasta el momento del accidente no se había dado cuenta de que no tenían mucho de qué hablar. Le costó mucho asumirlo. ¿Cómo no se había percatado antes? Siempre quedaban con amigos y casi nunca hacían nada solos. Entre semana apenas se veían porque él era adicto a su trabajo, tenía un despacho de abogados, un negocio familiar, y los fines de semana después de salir a cenar con gente, llegaban a casa de ella, tenían un sexo tan convencional y gris como su traje y se dormían con esa paz que te da no conocer otra cosa. A la mañana siguiente, él compraba el periódico, despertaba a Carla, desayunaban juntos y se volvía a su casa, porque a pesar de poder permitírselo de sobra seguía viviendo en casa de sus padres. Carla, por suerte, había heredado un pequeño apartamento de una tía-abuela, de esas tías-abuelas que todos deseamos tener cuando llega el momento de comprar un piso en Madrid.

El caso es que tampoco habían hablado con mucho entusiasmo de vivir juntos, a pesar de que llevaran once años saliendo, y en los ratos que estuvo con ella en el hospital se imaginaba lo terriblemente aburrido que podría ser la convivencia. Él se sentaba allí a su lado y ella se incomodaba muchísimo porque no sabía qué decir. Le parecía un extraño y se sentía rara al tener a ese

hombre mirándole fijamente con ojos de cordero degollado con sus rosas de la culpabilidad. A pesar de todo, le quería. De alguna forma había sido un buen compañero y no se merecía aquel enorme peso que le había caído encima. Le estaba carcomiendo la culpabilidad. Por eso un día le escribió «Relato para él» y con este gesto le dejó muy claro que ella no le culpaba del accidente, de que a veces las cosas ocurren por una razón y le liberó con ese tipo de generosidad que solo tienen algunas personas.

Una llamada a su móvil la sacó de sus pensamientos. Era Pedro. No iba a poder salir del trabajo hasta tarde y no se verían. «Mejor», pensó ella, y cuando colgó decidió que no iba a dejar que nada ni nadie le estropeará ese verano. «Pienso disfrutar cada momento. Me lo merezco. Me siento viva y eso es precisamente lo que voy a hacer, vivir». Cogió su bolso, apagó el ordenador y sólo cuando bajaba las escaleras de la recepción para marcharse, se dio cuenta de que no le había contado a Pedro que había ganado el concurso.

La entrega de premios se celebró en un pueblo de la sierra de Madrid, lo cual significaba que tenía la oportunidad de hacer noche en un precioso hotel rural. Pedro tenía mucho trabajo, como siempre, y le dijo que no podría ir, pero a ella cada vez le importaba menos que antepusiera su trabajo a todo lo demás y lo tomaba más bien como una bendición: «un tiempo sólo para mí». Llegó a eso de las seis de la tarde. Era un pueblo de unos dos mil habitantes, lleno de vida, bueno, concretamente de 2012 vidas, y había un ambiente festivo. Pronto descubrió por qué: eran las fiestas del pueblo. La gente se arreglaba para salir y se oía música de feria a lo lejos. Había una mezcla de olor a algodón de azúcar y leña. Las callejuelas eran estrechas y antiquísimas. Le parecía estar en otro siglo y que en cualquier momento iba a parecer un caballero con traje de época montado a caballo y le robaría un beso, porque eso es lo que hacen los galanes montados a caballo.

En la recepción le informaron que había llegado la primera. Faltaban por llegar otros dos ganadores del concurso, su profesor y el jurado, que también se hospedaban en el hotel.

La habitación era perfecta. No podía ser más de cuento. El lavabo y la bañera eran antiguos, parecían de película, de las paredes de piedra salían velas aromatizadas, había una chimenea enorme, toallas de las suaves y una cama enorme atiborrada de almohadas igual de suaves, con encajes tan cursis que parecían recién sacados de un ajuar de abuela. Así que abrió el grifo de la bañera, encendió las velas, se desnudó y se dejó caer en la cama mientras escuchaba la bañera llenarse y observaba cómo las velas impregnaban el aire limpio de un olor dulce y melancólico.

Para cuando se hubo bañado estaba anocheciendo y encendió la luz para

pintarse las uñas de los pies. Escogió un rojo vivo, y mientras se le secaban se dio cuenta de que estaba bastante bronceada, le gustó el contraste de su piel con las sábanas tan blancas y sus uñas sensualmente rojas. Y allí medio tumbada leyó su cuento en alto ya que tendría que hacerlo de nuevo esa misma noche delante de un centenar de personas. Pero estaba tan entusiasmada que no se le ocurrió ponerse nerviosa en ningún momento. Se puso un vestido negro ajustado, unos tacones color plata y una chaqueta muy fina con la esperanza de utilizarla. Como buena madrileña añoraba un poco de fresco en las noches de verano.

Cuando bajó a la recepción a esperar a los demás las puertas estaban abiertas y podía ver a la gente del pueblo caminando con sus mejores galas y dejando olores de diferentes colonias al pasar. Y entonces pensó que muchas de esas personas irían a ver la entrega de premios y se quedó paralizada. Le entró el pánico. ¿Y si no les gustaba su cuento? ¿Y si se habían puesto tan guapos para ir a escuchar un cuento que no les gustaba? ¿Se sentirían profundamente desilusionados? ¿Le salvaría el caballero de los besos? Pero cuando los nervios empezaban a hacerla desviar su atención se desvió radicalmente con la presencia de un chico que bajaba alegremente por las escaleras. Era muy moreno, con el pelo rizado y recién lavado, delgado, con un pendiente y una camisa amplia y fina.

—Hola.

Se quedó paralizada de nuevo. ¿Por qué le hablaba? No se le ocurrió pensar que era otro de los ganadores del concurso.

—Tú debes de ser Carla. Soy Joel, el del cuento «El tucán».

—Ah, hola, encantada. ¿Cómo has sabido que era yo?

—Bueno, el otro cuento ganador se llama «Un infierno en el infierno». Me pegaba más que «Chocolate con churros» fuera el tuyo.

Ambos rieron tímidamente. De repente Torcuato les interrumpió.

—Hola, chicos, os presento a Ernesto.

Ernesto era un chico gordito con el pelo muy largo, lacio, y los ojos pintados de negro tipo siniestro.

—Hola —dijo Joel— tú debes de ser «Infierno en el infierno».

Joel miró a Carla buscando su complicidad y ella le devolvió la mirada risueña mientras pensaba para sus adentros: «me gusta».

Del hotel fueron al centro cultural donde se celebraría el acto. El lugar no era muy grande, la entrada era práctica y fría. Era un centro social dedicado a la cultura desde donde dos puertas, una a la izquierda y otra a la derecha, daban al salón de actos. En este salón de actos había unas cien butacas separadas por un pasillo central. Al fondo, un escenario con un atril situado a la derecha del

público. Sería desde ese atril dónde los tres finalistas leerían sus cuentos. Ahora paseaban por el escenario, reconociendo el terreno. Carla llegó hasta el atril y se colocó como si fuera a leer su cuento. Se imaginó por unos segundos cómo sería ese momento y los nervios comenzaron a asomarse.

—Los nervios no valen la pena —dijo Joel sorprendiéndola por detrás.

—Ya, pero a veces no se pueden controlar —contestó ella girándose para quedarse frente a él.

—Controlar los nervios es fácil. Sólo hay que decírselo: «Nervios, templaos». Y se templan.

—¿Tú lo haces así?

—¿Yo? Prefiero beber tila.

La sonrisa que soltó después de esa frase se quedó impregnada en la retina de Carla. Según su parecer era una de las sonrisas más perfectas que había visto en su vida. Apertura de boca idónea, hoyuelos a los lados en su justa medida, dientes blancos, duración exacta. Lo tenía todo.

—¿Te apetece una? —preguntó Joel mientras Carla seguía admirando esa sonrisa—. Te invito.

—Vale. Pero creo que me tomaré un café.

—Si le echas un chorro de Baileys te acompaño con otro.

Los dos carajillos presidían la mesa, a un lado Joel y a otro Carla. A esas alturas ya sabían muchas cosas el uno del otro. Casi todas superficiales, pero al fin y al cabo suficientes para entablar una mínima relación de compañeros de premio. Cuando despellejaban sin piedad el último libro de Higgins Clark Torcuato llegó junto con Ernesto avisando del poco tiempo que quedaba para el comienzo de la ceremonia.

—Ay, qué nervios —dijo Carla consciente de sus palabras. De lo que no se percató fue que al pronunciarlas había agarrado el brazo de Joel. Fue un acto reflejo, de esos que salen solos, sin querer. Antes de retirar sus manos, pudo darse cuenta de que el atractivo escritor de cuentos tenía un brazo nada fofo. Al contrario, parecía en su sitio y tirando a duro. No cabía duda de que estaba en forma.

—Me gusta jugar al frontón —dijo él dándose cuenta de aquello.

Carla, en vez de sentirse avergonzada, sonrió. Le gustaba ese sentido del humor descarado de Joel. Pero esa sonrisa desapareció como el que borra una palabra escrita a tiza en la pizarra cuando se encontró de frente con la mirada de Pedro. «¿Qué hace aquí?», fue lo que pensó, pero lo que salió por su boca fue:

—¿Qué haces aquí? —lo que suponía una pequeña diferencia.

—Pues qué voy a hacer, ver tu entrega de premios. He sacado un hueco y

aquí estoy.

—Ah. Qué bien —dijo Carla con una alegría digna de una plañidera.

—Sé que te sorprende —dijo Pedro con una amable sonrisa—, pero también sé que te alegras. Es un día muy importante para ti. Porque un premio literario es un premio literario. Lo que ahora importa es que estoy aquí contigo.

Dicho esto la besó en la mejilla y la cogió de las manos mirándola fijamente a los ojos con una sonrisa bobalicona durante unos segundos. Unos segundos que a Carla se le hicieron horas. Interminables horas mezcladas con una pizca de vergüenza ajena, ya que esa bonita muestra de amor fue observada en primera persona por Torcuato, Ernesto y sobre todo Joel. Este tosió a modo de sutil interrupción y Pedro reaccionó.

—Perdón. Soy Pedro. El novio de Carla.

Joel miró a Carla con una media sonrisa incrédula. A continuación, unos gestos de afirmación que siguieron a un «Vaya, vaya». A Carla no le gustó ese «Vaya, vaya», pero menos le gustó que Pedro se presentara allí. Estaba tan a gusto así, sola, sin compañía, a su bola, en su lugar, en su momento, que lo que menos le apetecía era tener que estar pendiente de él.

Pedro, sentado en la primera fila, había venido a estar con ella, a seguir el desarrollo de la ceremonia. Un acto más bien cutre y soso en el que el único que intentaba ponerle algo de alegría era un miembro del jurado, un tal Enrique Coneja, que con sus chistes malos iba mal llevando la «Gala». El señor Coneja anunció el tercer premio, que como ya sabían todos, correspondía al cuento «Infierno en el Infierno», de Ernesto Garcinuño. Este se atusó su sucia melena y comenzó a leer:

—Cuando en el año 2728 Satanás decidió no volver a salir nunca más del Infierno, no podía imaginarse que lo que viviría allí sería un ídem. Nunca pensó que la redundancia fuera tan peligrosa. Pero lo era...

Ernesto tenía una pequeña deficiencia en el frenillo, lo que le daba una cierta gracia al pronunciar algunas palabras, sobre todo las que llevaban erres. Eso hacía que lo inverosímil del relato tomara interés. La gente, excepto los tres familiares de Ernesto, deseaba que llegaran las erres para reírse. Bueno, sus familiares también.

—Pero entonces, Belcebú —continuaba Ernesto con el relato—, se vio rodeado de indulgentes que dejaron de pulir el hierro de las forjas para rodear al maligno en busca de una respuesta, o simplemente de abrirle en canal y colgar sus tripas en la sala de torturas...

A Carla, el relato de Ernesto le parecía una cosa inigualable... A Joel, insuperable. Ambos alucinaban con el relato de su compañero, que para rematar, tenía una voz muy parecida a la de Joaquín Arozamena, si es que no

era la misma. Los dos esperaban su turno sentados en unas sillas, al lado de donde estaba Enrique Coneja. De vez en cuando, coincidiendo con un hecho extraordinario del cuento de Ernesto, Joel y Carla se miraban con complicidad. Una mirada que iba más allá de la simple burla inocente de un compañero. Cuando sus ojos se cruzaban saltaban chispas. Pedro era ajeno a todo esto, bastante ocupado estaba él desechando las llamadas que recibía su móvil, que en silencio brillaba a cada llamada que parecía una luciérnaga pidiendo auxilio.

El siguiente turno fue para Joel. Cuando se levantó para encaminarse al atril y leer su cuento, miró de reojo a Carla con una sonrisa de soslayo, una sonrisa que quería decir «Ahora voy yo, y vas a flipar, nena», a lo que ella le correspondió con otra que decía «A ver si es verdad, rey, que me estás poniendo tó loca». Joel cogió los folios, los encuadró y comenzó a leer:

—No tenía un loro. No tenía una cacatúa. Tenía un tucán...

«El tucán» era un cuento que iba de un pájaro que tenía la posibilidad de conceder los deseos de la gente honrada, trabajadora y buena. Un tucán llamado Silicio que aparte de conceder deseos tenía la habilidad de afilar cuchillos con su pico. El cuento enganchó enseguida al público, pero sobre todo a Carla. Aunque no era precisamente la historia lo que le gustaba a ella, era la voz de Joel, su manera chulesca de leerlo, su presencia. Su sonrisa volvió a evaporarse al comprobar que muy cerca de la imagen de Joel, estaba Pedro.

Joel terminó su relato con un fuerte aplauso del público. Recibió su trofeo y volvió a la silla.

—Ahora vas tú —le dijo a Carla.

Ella, al oír esas palabras se puso más nerviosa de lo que estaba. Respiró hondo tres veces antes de que Joel le agarrara de la mano dándole un pequeño apretón en forma de ánimos. Notó que su mano era suave y fuerte y eso le gustó. Fue en eso en lo que pensó cuando oyó su nombre para salir a recibir su premio y leer su cuento.

«Chocolate con churros» triunfó. Estaba claro por qué había ganado. Era un cuento que por una extraña razón llegaba al público lector. Y eso se notó. Los aplausos del público le gustaron tanto que por un segundo pensó que quería ser escritora para toda la vida. Son esos momentos en que uno, ajeno a la realidad que le rodea, piensa que todo es posible.

Terminada la lectura el jaleo se trasladó hasta el hall donde servían un pequeño tapeo a base de patés y vino peleón. Carla hablaba con todo el mundo que se le acercaba a saludarla. Era la ganadora y como tal debía recibir el mayor número de felicitaciones. De su lado no se separaba Pedro, que sonreía

a todo el mundo con cara de: «Soy el novio». Torcuato se acercó y tras una breve charla con él, desvió toda la atención a Carla. Comenzaron a hablar del cuento, de lo bien que había leído, de sus posibilidades como escritora, de quién era ese, de quién era aquella. En plena explicación de las teorías creativas de la literatura rusa apareció Joel y Carla volvió a desviar su atención. Venía con una copa de vino. Se la bebió de un trago y se fue a por otra.

—Ahora vengo —dijo mirando a Carla. Tardó dos minutos y treinta y cuatro segundos exactos.

—Tu cuento también estuvo muy bien —le dijo Pedro por entablar conversación.

—Ya, gracias. Pero el que ha ganado es el de Carla, que es sin ninguna duda un cuento maravilloso.

—Gracias —contestó Carla.

—De nada. He leído muchos cuentos en mi vida, y créeme que tu cuento es bueno.

Carla sonreía halagada mientras Torcuato intentaba meter baza.

—Yo también leo mucho, de hecho soy profesor de literatura...

—Sí, pero dar clases es un rollo —decía Joel—, lo que mola es estar al pie del cañón, en el frente, escribiendo.

—También escribo.

—Nadie dice que no, pero sigue dando clases, lo que quiere decir que sigue siendo un rollo.

—¿Qué quieres decir con eso? —le preguntaba Torcuato algo molesto.

—Nada. Simplemente digo cosas. Como John Keller cuando escribió su tercera novela *El síndrome de la escucha*, ¿sabes de lo que hablo?

—Por supuesto. Cómo no lo voy a saber...

—Yo creo —añadía ahora Carla— que Joel no quiere ser ofensivo, sólo quiere decir que prefiere escribir y aprender él sólo, que aguantar a profesores de escritura. Como en *Segunda enseñanza* de Peter Coatch.

—Pero *Segunda enseñanza* no trata el tema de la literatura, es la delincuencia adolescente lo que está más presente en la historia.

—Pero está escrito en tercera persona —apuntaba a la ligera Joel.

—¿Y eso qué tiene que ver? —preguntaba Torcuato desubicado por el comentario de Joel—. Eso es como si me dices que la sintaxis de las frases utilizadas en *La carnicería de la calle de la esquina* de Pablo Arrozal, son amorfas, estéticamente hablando.

—Pero esa novela no tiene trascendencia amorosa —hablaba ahora Carla—, y como todo el mundo sabe, una novela que no respira amor por ningún lado,

no es una novela. Una novela es un todo.

—Y un todo sin amor no es nada —apuntilló Joel.

A esas alturas la cara de Pedro ya era un poema. Pero no quería que se dieran cuenta, por si les daba por hablar de si su rostro estaba en rima asonante o consonante.

—Creo sinceramente —decía Torcuato a Carla y a Joel, ignorando totalmente a Pedro—, que deberíais leer más a Roque Saint Gómez, sobre todo su trilogía de *La helada*. Entenderíais muchas cosas que a día de hoy ignoráis.

—Yo soy más de la colección de joyas literarias, que injustamente no gozan de la opinión de los críticos, de *El serpenteo de la hispanidad*.

Esto irritó a Torcuato, que se encendió en una discusión sin final que no iba a ningún lado. Joel disfrutaba haciendo rabiar a Torcuato Pato, y Carla hacía lo mismo viendo cómo su compañero de premios dominaba al hermano de quien le había hecho gozar no mucho tiempo atrás. En eso estaba pensando cuando notó una mano en su brazo. Era la de Pedro. Se alejaron un poco de Joel y Torcuato.

—Carla —empezó a decir—, que estoy pensando que... que me voy a ir. Mejor te quedas tú aquí, que estás más a gusto, más integrada. Yo es que tengo muchas cosas que hacer mañana por la mañana y estoy muy cansado, ¿te importa?

Carla sonrió por dentro más de lo que mostró por fuera.

—No, no me importa. Me hubiera gustado que te quedaras, pero si tienes que trabajar mañana... lo entiendo.

Cuando Pedro ya había abandonado el sitio, Joel y Torcuato seguían enzarzados en si Eduardo Calderón era mejor cronista de animales que Arturo Punzón. Carla, con una copa en la mano, se acercó a ellos y con una enorme sonrisa les dijo:

—Se acabó. —y alzó el vaso en claro gesto de brindis, al que correspondieron los dos.

Luego Torcuato se perdió entre la gente, aunque más bien fueron Carla y Joel los que le perdieron a propósito entre el gentío asistente a la fiesta. Muchos tenían que ver con la entrega de premios, pero otros muchos eran simples curiosos que, atraídos por el catering gratis, se dejaban ver entre bandeja y bandeja. Un hombre de unos cincuenta años había puesto su tienda de campaña al lado de una bandeja de chorizo con pan, muy rústico y muy rico, y no tenía pinta de mudarse de allí. Precisamente en él habían fijado sus comentarios Carla y Joel, que no paraban de despellejar a la gente que les rodeaba. Sacar los defectos o simplemente fantasear con la vida de los presentes les había acercado más, y se sentían muy a gusto el uno con el otro.

—Si ahora alguien le quita ese último canapé de chorizo le da un infarto —decía Joel casi al oído de Carla.

Y efectivamente, un chico enclenque le arrebató ese canapé y casi le da algo pero enseguida se le pasó, porque sacaron una bandeja de aceitunas rellenas de arenque y tomó aire.

Un hombre, o tal vez mujer, no se distinguía bien, se acercó a Carla pidiendo un autógrafo de la ganadora del certamen.

—Fírmame aquí con esta pluma —le decía señalando un trozo de tela vieja blanca—. Y no escatimes en palabras, me da igual si se gasta la pluma.

Carla le escribió una frase de su cuento «Miscelánea de pasiones», aun no sacado a la luz, y luego le firmó con su nombre. La persona se fue tan contenta como vino.

La noche prometía. Carla y Joel paseaban por la sala observado los especímenes asistentes y riendo cada tres palabras. Sus manos nunca estaban vacías, ya que las copas de vino de la tierra corrían por sus gargantas como los afluentes cuesta abajo. Una mujer se les acercó, y con cara de ser tan interesante como una conferencia del primer ministro chipriota, les preguntó:

—¿Sois escritores profesionales? Lo digo porque no sé dónde está el baño... ¿Dónde está el baño?

Los dos se miraron mezclando alucinación y respeto por esa mujer con cuerpo de asteroide que más que borracha estaba ida.

—Por allí —indicó finalmente Carla.

La mujer voló hacia los aseos con tan buena suerte que se equivocó y entró en el de caballeros, conociendo allí al hombre de su vida mientras orinaba sin parar. Lo que dan de sí cinco vasos de vino blanco. Al margen de esto, Carla y Joel seguían a lo suyo. Cruzaron el escaparate de frikis esquivando otra vez a Torcuato, y salieron del centro cultural. Ya era de noche y estaba nublado.

—Qué pena —decía Carla mirando el cielo— con lo que me gusta mirar las estrellas.

—Mírame a mí...

—Ya —dijo sonriendo por el comentario—. También puedo coger un espejo y mirarme yo.

—Por supuesto. Pero eso no estaría bien, las estrellas no deben mirarse a sí mismas, deben compartir su luz con los demás, sobre todo con los que están más cerca de ellas.

Mientras decía esto, Joel se había acercado a ella. Mucho.

—¿Quieres compartir tu luz conmigo?

Al terminar esa frase ya estaba a escasos centímetros de su rostro. Pudo comprobar el brillo de sus ojos negros mirándole fijamente. Carla hizo lo

mismo en los suyos, uno azul y otro verde, pero no le importó lo más mínimo esa desigualdad.

—¿Por qué estás tan cerca? —le preguntó ella sin alejarse un milímetro y adornando su pregunta con una pícaro sonrisa.

—Porque estoy mirando las estrellas y no quiero perderme detalle.

—Ya...

—¿Sabes? Siempre, desde que era pequeño, he soñado que algún día besaría las estrellas. Y siento que ese día está muy cerca...

Carla, aunque los argumentos no estuvieran a la altura de sus relatos, reconoció el morro que le estaba echando Joel. No podía resistirse y deseaba ardientemente que dejara de decir chorradas de estrellas y la besara de una santa vez.

—Estás tú muy seguro, ¿no? ¿Y si la estrella en cuestión dice que tiene un planeta cerca que ha estado por aquí antes con ella?

—El planeta no está.

Carla se quedó más inmóvil de lo que estaba, y tras varios segundos de reflexión, sin saber muy bien cómo ni por qué, se lanzó a los labios de Joel. El beso fue intenso, apasionado, largo, sabroso. Duró varios minutos, los que aprovechó el cielo para encapotarse más aún. Cuando separaron sus labios, Joel le preguntó si ella también estaba alojada en el hotel del pueblo.

—Sí. Si quieres subimos...

—No, vamos a dar una vuelta que hace una noche estupenda...

La noche no era tan estupenda. Estaba nublado, refrescaba y una típica tormenta de verano amenazaba con descargar en breve. Pero a ellos les daba igual, cada lugar era perfecto para enrollarse como adolescentes. Precisamente así se sentía Carla. Y era feliz. Sin preocupaciones, sólo con la idea de pasarlo bien. Y ahora estaba en esa tesitura. El pueblo estaba vacío, pareciera que todos los vecinos se hubieran puesto de acuerdo para acudir al cóctel de los premios literarios. Solo se les cruzó un gato siamés, algo cojo y ronco, que se les quedó mirando hasta que se perdió por un solar. La visión del gato fue una buena excusa para volverse a besar. Llegaron a una calle oscura donde al fondo se divisaba una farola. Cuando alcanzaron la luz pudieron comprobar que en frente estaba la entrada al cementerio. Mirando el cartel pudieron ver en la lejanía el primer relámpago.

—¿Entramos? —preguntó Joel mientras traspasaba la puerta.

Carla le siguió algo miedosa, por eso se agarró a él por detrás, aferrándose a su pecho.

—¿Tienes miedo?

—No —respondió Carla—. Es que me gusta agarrarme a ti. ¿Adónde

quieres llegar?

—Hasta el final...

Curiosearon varias lápidas con nombres extraños hasta que llegaron a una que parecía no tener dueño. No había nombre, no había inscripción, sólo un amplio mármol que parecía estar diciendo «Tumbaos». Primero se sentaron. Un relámpago iluminó el lugar. Carla, aparte de ver que era un cementerio bastante pequeño y desorganizado, pudo observar la cara de Joel. Feliz, y con una sonrisa muy morbosa en su boca. Eso no la amedrentó, al revés. Tenía una oportunidad única de hacer algo que nunca había hecho y posiblemente nunca volviera a hacer.

—¿Lo has hecho muchas veces en un cementerio? —le preguntó.

—Bueno —dijo él con fanfarronería simpática—, alguna que otra. ¿Y tú?

—Yo nunca. —Y Carla clavó su mirada en la de Joel. Los ojos de ambos se mantuvieron conectados hasta que la aproximación de Joel hizo que Carla girara los suyos para posarse en sus labios. Después se cerraron y se dejaron llevar, ya no los ojos, sino todo el cuerpo, recorriendo el frío mármol que poco a poco se contagiaba del calor que ambos emanaban. Las manos, que hasta ese momento se habían comportado dejaron de hacerlo para convertirse en aventureros explorando el cuerpo del otro. «Es tan suave como me imaginaba», pensaba él. «Tiene más pelo en el pecho de lo que creía, pero me da igual», pensaba ella. A medida que los relámpagos se sucedían con más velocidad y los truenos se acercaban, la temperatura corporal de ambos aumentaba. Joel tomó la iniciativa y se quitó la camiseta. Ella, tumbada, pudo ver que aparte de su pecho lobo, llevaba un collar de cuero colgando de su cuello, un cuello terso y varonil.

Joel comenzó a quitarle la ropa con delicadeza, despacio, a la vez que recorría su cuerpo con sus labios, lo que hacía estremecer a Carla. El aire de tormenta que acompañaba la noche hacía más placentero el roce de la lengua en su piel. La ropa cayó de la lápida al suelo, quedando ellos arriba, desnudos. La lengua de Joel seguía recorriendo el cuerpo de Carla. Rodeó el ombligo despacio, sintiendo como la piel se le erizaba. Seguía bajando. Ahora era su abdomen el que gozaba del roce de la lengua, de esa lengua que a Carla le estaba volviendo loca. Seguía bajando. Pasó la mano por su pubis, suave y bello. Ella, tal vez inconscientemente, abrió ligeramente las piernas. Joel se quedó unos instantes observándolo, como el cazador antes de obtener su presa. Echó su cuerpo hacia atrás mientras su cabeza bajaba, pero nunca llegó a colocarla en su entrepierna. Se resbaló y cayó al suelo, golpeándose la barbilla con el borde de la lápida.

—¿Estás bien? —preguntó alarmada Carla.

—Sí, sí... perfectamente —aunque sangrar no sangraba, era evidente que el golpe había hecho mella en su barbilla.

—¿Te has hecho daño?

—No, de verdad —mentía Joel—, estoy bien. ¿Por dónde íbamos?

Pero no fue lo mismo. Joel ya no manejaba la mandíbula igual. Y Carla lo notaba, aunque dejó que todo transcurriera, ya sin magia, hasta llegar ambos al orgasmo coincidiendo con un fuerte trueno y largo relámpago. Acto seguido, ligeras gotas de agua cayeron en sus cuerpos apresurando la marcha del cementerio.

Camino del hotel, Joel se dio cuenta de que había perdido su collar.

—Tengo que ir a por él.

—¿Quieres que vaya contigo? —preguntó ella con la cara empapada de lluvia.

—No, vete al hotel, que está lloviendo mucho. Seguro que lo encuentro rápido.

Joel le dio un beso y se fue camino del cementerio. Carla agradeció que quisiera ir él sólo a por ese collar tan feo, porque lo que le apetecía de verdad era llegar a la habitación, secarse y acostarse escuchando la lluvia caer por la ventana. Tampoco pensaría mucho en el polvo del cementerio. «Estuvo bien, pero tampoco para tanto», se dijo.

A la mañana siguiente el sol amenazaba calor sin piedad. Carla, algo extrañada por no saber nada más de Joel, bajó a desayunar a la cafetería antes de irse para Madrid. Café con leche, sobaos pasiegos y un periódico. Hasta que alguien se acercó, un viejo, estaba muy serio: «El chico del premio, sabe usted, el que leyó con ustedes... Anoche le alcanzó un rayo, en el cementerio del pueblo. No le ha pasado nada salvo una leve quemadura en la pierna y un golpe en la mandíbula. Se caería del susto. ¿Qué haría ahí?, ustedes los escritores...»

Carla recogió las cosas muy deprisa y salió corriendo a su cuarto. Por más que lo intentó, nada más cerrar la puerta no pudo evitar soltar una sonora carcajada.

1 Si eres un lector masculino esto es el equivalente a comprar una entrada de reventa para un Madrid-Barça en el Bernabéu.

3. TU NOMBRE EN MI BOCA

Ya en Madrid hacía un sol pleno que la convertía en una ciudad nítida, clara. Desde su ventana en el barrio de La Latina se podían distinguir los tejados de media ciudad, le encantaban esas vistas. «Qué de cosas estarán ocurriendo ahí fuera», pensaba a menudo. Pero ahora parecía estar muy quieta. Era la hora de la siesta y el calor seco de Madrid invitaba a dormir, o ver una película antigua para cerrar los ojos y hundirse en el sofá con las ventanas abiertas de par en par, invitando a cualquier ápice de brisa a entrar y acariciar el sueño.

Carla estaba sola y no esperaba a nadie, llevaba una camiseta de tirantes blanca y braguitas del mismo color. Se acababa de duchar y tenía el pelo mojado. Con este calor no se molestaba en secárselo. Era agradable sentir el pelo mojado, y de vez en cuando le caía alguna gota de agua por el cuello o la nuca dejando un hilillo de frescor a su paso. Se tumbó en el sofá con un libro. Tenía la tarde libre y se sentía descansada. Le apetecía leer, pero cuando llevaba tres páginas puso el libro a un lado para soñar despierta. Carla se pasaba horas soñando despierta, lo hacía desde muy pequeña. Pasó los ojos por el comedor. «Qué quieto está todo» pensó. Parecía que los muebles y los objetos estuvieran también dormidos, como si estuvieran diciendo «Shhh, ni se te ocurra poner música ni hacer ruido, respeta nuestra siesta». Se estiró como un gato perezoso y se sintió levemente excitada. Se miró la camiseta y se sonrojó un poco. Las gotas de agua que caían de su pelo le habían mojado la camiseta poniéndole los pezones duros. Cerró los ojos casi sin querer y empezó a tener un sueño muy vivo.

Era el primer día de sus vacaciones y necesitaba naturaleza, así que cogió el coche y condujo cuatro horas escuchando su música preferida. Lo curioso es que Carla no reconocía ninguna de las canciones pero en el sueño se las sabía todas y las cantaba mientras pensaba en hundir los pies en la arena mojada de la orilla del mar. Llegó a una playa donde se podía leer «Nudista», le pareció genial que pusieran un cartel porque siempre había querido visitar una. Le encantaba la sensación de libertad absoluta, de poder ponerse o quitarse lo que quisiera. Era muy temprano, se mira la muñeca y un reloj de un rosa infantil le indica que son las nueve de la mañana. Mira a su alrededor y no hay nadie en la playa. Tira sus cosas al suelo y se quita el vestido despacio, siente como se desliza por sus hombros, por su ombligo, sus caderas y más tarde por sus tobillos. Está muy suave. Siente su piel tocar el sol por primera vez después de un largo invierno. Es como si por fin pudiera respirar. Camina despacio hacia la orilla con un bikini azul con estrellas plateadas y brillantes. Tampoco hay nadie en el agua. Sólo se oyen las gaviotas despertando. Mete por fin los pies

en el agua. Qué sensación. Olvida su mente y empieza a disfrutar de todo, los pies en la arena, el sol en la cara, el agua fresca en su piel cada vez más mojada. Mientras se hunde en el agua cierra los ojos y empieza a nadar más y más deprisa mar adentro, hasta que de repente para y se quita por un impulso el bikini, se lo ata en las muñecas y se tumba en el agua boca arriba para tomar el sol. El bienestar inunda todo su cuerpo y con los ojos entreabiertos puede ver a través de sus pestañas negras las blancas gaviotas pasar.

De repente, como por instinto, sigue con la vista a una de las gaviotas, que va a parar a la orilla justo al lado de un hombre que acaba de llegar a la playa. Ella se incorpora y puede divisar a lo lejos a un chico alto, muy moreno y desnudo. El pelo castaño con caracolas, como las caracolas del mar. Por un momento pensó que era obra de su imaginación, como un espejismo. No parecía real, parecía salido del mar, que formaba parte de todo lo que lo rodeaba. Pero entonces sonrió. Incluso desde tan lejos se podía ver que tenía una sonrisa preciosa. De esas sonrisas francas y cálidas que te hacen confiar en su dueño desde el primer momento. Luego, según se acercaba, pudo comprobar que además tenía los dientes muy blancos y los labios rojos y ligeramente húmedos. Esa fiesta de colores la remataban unos ojos negros profundos y carismáticos.

Ella, ya en la orilla, se pone la parte de abajo del bikini y se tumba a su lado boca arriba. Por todo el cuerpo le caen gotitas de agua fría, haciendo que su piel se erice temblando ligeramente, para después dejarse calmar por el sol. Siente la caricia de ese frío y después calor en los pechos y los pezones.

Los dos se miran de reojo y se sonríen. De repente él se incorpora y se va corriendo al agua. Muy pronto reaparece la silueta de ese extraño que ya no parece serlo. Parece un amigo de siempre y la saluda cariñosamente con la mano. Ella le devuelve el gesto.

Cuando ya ha nadado un buen rato va corriendo de nuevo a su lado y se tumba para recuperar el aliento. Su pecho se hincha una y otra vez rítmicamente, el agua cayendo por su cara, sus labios, su pelo, su pecho, sus piernas y su sexo. Él gira la cabeza y se siente observado y sonrío orgulloso. La comienza a observar, despacio y sin pudor y le dice:

—Deberías quitarte la parte de abajo, no es bueno que la ropa húmeda esté en contacto con la piel.

—Tienes razón pero me da pereza moverme, creo que este sol me está hipnotizando.

—Bueno, no hace falta que te muevas, yo te lo quito.

Entonces le desata el lado del bikini que está más cerca de él, y después se inclina sobre ella para desanudar la otra parte, y al retirarlo pasa con intención

su dedo pulgar por su sexo. Ella se estremece y siente humedecerse. Piensa: «Esto no me puede estar pasando a mí», pero es lo último que piensa, porque se deja embriagar con el olor a sal, con su cuerpo encima del suyo, con sus generosos besos, el sabor a mar, sus dedos, sus labios, la fuerza de su lengua lamiendo cada gota de su cuerpo y de repente siente todo su sexo duro dentro, como en una balsa, meciéndose en ella».

Tuvo un orgasmo tan real, intenso y fuerte que se despertó. Y se quedó allí con la piel bañada en sudor, el cuerpo inerte, incrédulo, palpitando por dentro y por fuera. Sólo tuvo fuerzas para levantar la mano y acariciarse la boca con la yema de los dedos, que temblaban aún de placer.

Se quedó como una avispa que acaban de salvar de una piscina, recuperando el aliento del susto y dejando su pequeño cuerpo y sus alitas secarse al sol para poder volver a volar. Cerró los ojos sin querer y al rescatar la imagen de aquel chico, se dio cuenta de que no era ningún extraño. El chico con el que acababa de soñar y que aún sentía dentro era Pere.

«Estoy en crisis», pensó, «voy a llamar a Lidia para tomar una copa, que es lo que hacemos los españoles cuando estamos en crisis. Si esto fuera una peli americana me zamparía un cubo de helados pero prefiero lo de las copas con Lidia». Todo esto lo pensaba mientras marcaba ya el teléfono de Lili, como la llamaba ella. Lidia odiaba ese mote cursi y sólo dejaba que se lo dijera Carla, porque cuando se lo llamaba ella le producía una secreta ternura.

Lili era la positividad personificada. De esas personas que te hacen pensar que el mundo es un buen lugar para vivir. Era alegre, divertida y ocurrente y jamás se había pillado por un tío en su vida. Quizá por eso era alegre, divertida y ocurrente. Le gustaba vivir el momento y no le daba demasiadas vueltas a las cosas. Carla la admiraba profundamente y pensaba que era una de las personas más carismáticas que había conocido. Tenía una belleza peculiar y una dulzura bastante exótica, no era una dulzura de niña ñoña, sino una dulzura tan medida y embaucadora que hacía que los chicos que habían estado con ella pensarán que Lidia había sido sin duda, el amor de su vida, aunque ella parecía no percatarse del efecto mortal que tenía en ellos. Era la forma en que les hablaba, como si su única misión en la vida fuera cuidarlos, pero lo hacía igual con uno que llevara tres meses o tres días: «Me sale así», decía ella despreocupada. Pero con sus amigas íntimas era muy diferente, ahí su dulzura se convertía en descaró y era la mejor para tomarse una copa y desdramatizar los problemas.

Carla se puso un vestido verde botella con un escote suelto y pronunciado, y unos zapatos con poco tacón. Se pintó poco, pero tenía el guapo subido y ganas de reírse. Su amiga ya estaba en la barra. Llevaba unos pantalones

negros ajustados y un top blanco que dejaba asomar por debajo un pequeño tatuaje de una libélula.

—Hola, Carla —le dijo sonriendo y apartándose de la frente un mechón de su pelo rubio natural—. Anoche me volví a tirar a tu hermano.

—Buenas noches a ti también —dijo Carla nada sorprendida.

Su amiga y su hermano llevaban años acostándose juntos sin ningún compromiso, y a Lidia le divertía hacerle rabiar con ese tema.

—¿Está en Madrid? No me ha llamado.

—Estaba ocupado. Qué guapo es y qué grande la tiene, siempre se lo digo.

—Eso se lo dirás a todos, aunque la tengan pequeña.

—De eso nada, cuando la tienen pequeña digo... qué bonita. Pero tu hermano...

—¿Podemos dejar de hablar del miembro viril de mi hermano, por favor?

Carla llamó al camarero y le pidió un mojito. «No tenemos, guapa», le contestó con aire chulesco y mirándole el escote sin demasiado disimulo.

—Vamos al «Cubanito Station» —dijo Carla levantándose—, este tío es un hortera y me muero por un mojito de los que prepara Alex.

—Eso, que le parta un rayo —contestó Lidia.

—Ya estabas tardando mucho en sacar el tema, bruja.

—Es que lo que no te pase a ti, guapa... ¿has pensado en escribir una novela?

—No sería creíble...

Ambas rieron con ganas mientras abandonaban el local. Ya en el «Cubanito», con sus mojitos en la mesa de un rincón del bar, estaban más relajadas y un poco más borrachas.

—A ver, Carlita querida, ¿qué te pasa para que me saques a rastras de casa un martes por la noche? ¡Con lo que me cuesta a mí salir! —dijo Lidia riéndose.

—He soñado con Pere, bueno en realidad no supe que era él hasta que me desperté. Era tan real que es como si hubiera pasado. Todavía tengo la sensación de que ha ocurrido.

—Joder, no te irás a poner en plan comedia romántica, ¿no?, que estamos de copas.

Carla sonrió y jugueteó con la pajita de su vaso. A Lidia le bastó con un segundo de la expresión de su cara.

—¡Serás golfa! Era un sueño húmedo.

—¡Que bruta eres!

—Sí, sí, pero la que se ha despertado mojada eres tú.

—Creo que me gusta.

—¿Despertarte mojada?

—No. Pere.

—¡Anda, y a mí! Está buenísimo, no sé cómo no se lo has contado a las arpías de tu ofi. Sabes que la mitad suspiran por él como tontas y tú vas y te lo callas. Qué discreta eres, yo ya lo hubiera soltado, aunque sea para marcar un poco el terreno y darme el gustazo de darles envidia.

—Primero porque soy más discreta que tú y segundo porque... tengo novio y no lo puedo ir pregonando por ahí.

—Es verdad, siempre se me olvida ese pequeño detalle, como está tan acabado.

—No empieces, que me aburre el tema —decía Carla cogiendo de nuevo el vaso de mojito.

—Y a mí, pero algún día tendrás que afrontar la situación y hablar con él, y sobre todo ahora que te estás enamorando de otro.

—¿Quién ha hablado de amor? —dijo Carla dejando el vaso en la mesa.

—No hace falta que lo digas, lo leo en sus ojos querida —bromeó Lidia poniendo acento mexicano.

—Es absurdo. ¿Cómo me puede gustar un tío con el que pasé una sola noche y que ahora está a miles de kilómetros de distancia?

—Haciendo el payaso para más señas —apuntó Lidia. Ambas rieron.

—Payasos sin Fronteras...¿no se podía haber quedado en Alpedrete? En Alpedrete la gente también quiere reírse, digo yo —prosiguió Carla—. ¿Por qué me tiene que gustar tanto alguien con el que no puedo estar? Vaya mierda. Debería estar ya exenta de este tipo de situaciones. Después de todo lo vivido se nos debería dar una tregua, que pudiéramos controlar lo que sentimos. Quizá si lo intento con todas mis fuerzas me deja de gustar. Brindemos por eso y cambiemos de tema —dijo no muy convencida. Y Lidia brindó aún menos convencida.

Pidieron otro mojito y Lidia le contó los nuevos cotilleos de su empresa de eventos. Quién se había acostado con quién últimamente, y qué famosos habían necesitado asistencia médica después de una fiesta privada que organizaron.

Carla no se dio cuenta de todo lo que había bebido esa noche hasta que se quitó los zapatos y se echó en la cama algo mareada. Volvió a pensar en Pere y en lo feliz que le hacía pensar en él. ¿De verdad quería erradicar ese sentimiento? Algo que te haga sentir de esta forma, no podía ser tan malo, ¿no? Tenía sentimientos encontrados porque por un lado deseaba tener la suficiente madurez, sabiduría o fuerza de voluntad para controlar lo que sentía y ahorrarse un montón de angustia y falsas esperanzas, y por otro lado pensaba que quizá la madurez estaba precisamente en reconocer de una vez por

todas lo que le estaba ocurriendo, cortar con su novio y enfrentarse a la verdad, y apostar por aquello que le nacía en su interior, por la fuerza de su instinto, del deseo, de la pasión, y, ¿por qué no decirlo?, del amor.

«Pero ahora tengo demasiados mojitos encima para pensar con claridad», pensó para sus adentros, «No le voy a dar más vueltas por hoy», pero antes de dormirse, su también embriagado subconsciente deseó con todas sus fuerzas volver a soñar con Pere.

No lo hizo. De hecho no soñó con nada. Lo más cerca que estuvo de un sueño fue una imagen distorsionada de la ventana de su habitación que giraba y giraba como una peonza lanzada por el niño más hábil del colegio.

Cuando despertó ya era el día siguiente. Cosa que suele ocurrir frecuentemente en estos casos. Se duchó, desayunó y se fue a trabajar. Los días de diario tienen eso, que normalmente tienes que ir a trabajar. Y en su caso, para más «INRI», tenía que hacerlo todo el verano. En eso estaba pensando cuando llegó a la oficina. Todo el verano madrugando para pasar ocho horas en ese edificio, viendo cómo algunos vienen, otros van, y al que quiere ver de verdad no puede porque no está. A media mañana desechó por fin ese pensamiento. «Pere no está, y como no está, no puedo estar imaginando lo que no puede ser», y siguió con su plan de disfrutar el verano en todo su esplendor.

—¿Te vienes a tomar una caña? —le preguntó una compañera mientras recogían sus cosas, a punto de salir de la oficina.

Carla se pensó la respuesta, ya que precisamente esa chica era de las que no le caían especialmente bien. De hecho le daba un poco de grima. Era la típica persona que quiere ser amiga de todos y se preocupa tanto de los demás que se tiene a ella misma tan olvidada como a un disco de Los Inhumanos. Además, su extraña forma de mirar de frente pero siempre algo escorada a la izquierda, como un gato cuando mira curioso, le hacía sentirse incómoda. Pero un gato es un gato y ella era ya una persona hecha y derecha. Aunque a veces pareciera que estaba poco hecha... Muchas veces le daba por cantar en voz alta mientras tecleaba en el ordenador, y era de esas que intenta hacer que todos los de su alrededor sean felices las veinticuatro horas. Para colmo, de su boca salía, o más bien nunca entraba, un diente sobresaliendo como una aleta de tiburón en el mar, llamando tanto la atención que mirarle a los ojos se convertía en una misión casi imposible.

—¿Quién va? —preguntó al fin Carla.

—Santos, Elena, la otra Elena y Kiko. Ah, y yo, claro.

—Bueno, entonces sí.

Carla no supo a ciencia cierta si el contenido de su respuesta fue entendido completamente por Aroa —que así se llamaba la muchacha—, por eso siguió

rápidamente hablando para no darle tiempo a pensar.

—Me han dicho que ponen unas tapas buenísimas en ese bar.

—Si no te he dicho a qué bar vamos.

—Pero me lo imagino.

Carla no solía quedarse a tomar cañas con los compañeros. Después de estar unas cuantas horas viéndoles la cara lo que menos le apetecía era seguir viéndoselas, y encima con la lengua suelta. Pero ese día decidió, ya que Aroa insistía día sí y día también, quedarse a ver qué es lo que hacían, y sobre todo qué decían con una cerveza en la mano.

El bar era el típico bar que hay en todas las ciudades de España. La barra, las cañas, las tapas expuestas tras un cristal, el camarero, la tele puesta al fondo y gente escupiendo huesos de aceituna al suelo. Todo muy cañí. El grupo en cuestión estaba más o menos en la mitad del bar. Carla, después de aburrirse con los comentarios de los demás, encontró entretenimiento en descubrir de cerca las facciones de sus caras. Con Kiko, que nunca le había parecido atractivo, corroboró su opinión y la aumentó al verle masticar olivas bastante desagradablemente. De Santos lo único que sacó en claro es que tenía una barbilla y un cuello bonitos. La barbilla, como su cuello, era fuerte, varonil, con personalidad. Se podía imaginar perfectamente a ese cuello y a esa barbilla, independientes del cuerpo, haciendo lo que les diera la gana, arrollando por la vida. Se descubrió a ella misma imaginando, quizá en exceso, lo que podían dar de sí esa extraña pareja cerca de su vientre. Tenía la barbilla colocada en su punto exacto, cuando la parte de arriba del cuello, lo que viene a ser la cabeza, le sacó de su ensimismamiento.

—¿No crees, Carla? Carla... —decía Santos llamando la atención de Carla.

—Sí, sí... —respondía Carla volviendo al mundo real—. ¿Me pasas una aceituna? —dijo para evadir cualquier pregunta sobre sus pensamientos.

Agradeció que el propio Santos la sacara de ese sueño porque no se perdonaría haber llegado más lejos, a pesar de esa barbilla y cuello, con un tipo como ese. Algo paranoico y algo fofo también. Pero esa tarde estaba creativa. Carla, dejando la conversación del grupo en un segundo plano, comenzó a pensar a cuál de las dos Elenas, en el caso de tener que acostarse con una mujer, elegiría. Porque Aroa no contaba. Observó detenidamente a la primera Elena: alta, delgada, quizá demasiado, piernas largas y culo prieto, poco pecho, cuello jirafa, ojos marrones y pelo rizado castaño oscuro. Labios bonitos, eso sí. Manos finas, muy venosas. Delicada al beber y comer. Por su manera de vestir, poco le gustaba la moda, y algo cotilla. No muy satisfecha pasó a la otra Elena: ni baja ni alta, rubia de pelo liso, ojos claros, sonrisa acorde con su rostro, alegre. Labios carnosos, unos noventa y cinco de pecho,

de culo bien aunque algo expandido por tantas horas sentada, con gusto al vestir, simpática, color de piel tostado y agradable. Sin saber cómo, se imaginó besándola, teniendo así la respuesta a su pregunta. Cuando en su mente todo podía calentarse más, «despertó» dándose cuenta de que estaba en el bar, que esa Elena estaba hablando de sus sobrinos y que todos los demás adornaban la conversación con sonrisas y adjetivos dedicados a la infancia. Fue en ese momento cuando le sonó el móvil, un mensaje de texto. Era Pedro. Le invitaba a pasar por su casa para darle una sorpresa. Carla vio en esa propuesta la excusa perfecta para irse del bar, dejando a los demás hablando de generalidades que no iban a ninguna parte.

La casa de Pedro no estaba demasiado lejos, así que prefirió ir caminando. Le apetecía más irse a su casa, pero pensó que después de lo que pasó el día de la entrega de premios estaba en «deuda» con Pedro. Al fin y al cabo era su novio y si le quería dar una sorpresa, pues la recibiría como tal. Pero y ¿si fuera una sorpresa mala? «No hay mal que por bien no venga», pensó ella, ya frente al portal de la casa de Pedro. De todas formas no podía ocultar su inquietud por lo que Pedro tenía que darle o decirle. Cuando abrió la puerta se encontró a Pedro todavía vestido de traje, uno de esos trajes, algunos más elegantes que otros, que él se ponía para ir a trabajar. Sonrió y se acercó a ella para besarla. Fue un beso corto y algo rutinario que Carla sintió como algo protocolario. Aunque la cara de Pedro no lo reflejaba.

—Pasa, que tengo que enseñarte algo —decía él con cierta ilusión.

—¿El qué?

—Ya lo verás...

Llegaron al salón y Pedro cogió de la mesa una hoja tamaño folio. Se la entregó a Carla y esperó su reacción.

—¿Qué es? —decía Carla con la hoja ya en la mano. La leyó detenidamente y al concluir miró a Pedro con extrañeza.

—¿Me has apuntado a un curso de pintura?

—Sí. ¿No te parece genial? Te vi tan contenta con el curso de escritura que cuando se acabó se me ocurrió apuntarte a este. ¿No te gusta?

—Bueno... —soltó Carla sin encontrar las palabras exactas—, de escribir a pintar...

—Es un monográfico de diez días —continuó Pedro—. Una especie de curso intensivo de pintura al óleo. Bueno, al óleo o al lienzo o lo que sea. El caso es que así estarás entretenida unos días, que el verano es muy largo. Yo es que tengo mucho trabajo...

Carla no podía ocultar su sorpresa ante tal propuesta, aunque de propuesta no tenía nada porque ya estaba más que apuntada a ese curso. Antes de hablar,

sopesó rápidamente los pros y los contras de tener que ir a ese taller de pintura: largo verano, vacaciones cero, conocer gente, experiencias nuevas. Lo tenía claro.

—Creo que me va a gustar aprender a pintar...

Aunque por un momento se le pasó por la cabeza montarle un pollo por apuntarle a otro curso sin consultarlo, por decir eso de «Así estarás entretenida» que sonó torpemente machista, por tratarla como una niña, por no tener tiempo para ella, como siempre, por ser tan paternalista, burgués y aburrido, y por no quererla como ella necesitaba. Por un momento lo vio muy claro, pero luego le dio mucha pereza toda aquella bronca. Las tres cañas le habían templado el cuerpo, estaba atardecido y Pedro le ofreció una copa de su vino preferido. Así que se sentó en la terraza mientras él preparaba la cena y se recordó a ella misma de pequeña eligiendo colores de un montón de pinturas Alpino desparramadas por el suelo, y coloreando casas que es lo que a ella le gustaba dibujar.

Miró a Pedro mientras servía la mesa y empezó a pensar en voz alta. «¿Por qué se dejará de pintar cuando te haces mayor, y de cantar y de saltar y de jugar? ¿No sería bonito que aún fuéramos por la calle saltando y jugando como niños si nos apetece, y que quedáramos un sábado por la tarde para jugar al rescate?».

—Me encantaba jugar al rescate. ¿Por qué dejaremos de hacer todo eso que era tan divertido?

Pedro la miró con cierto escepticismo y le preguntó:

—¿Estás borracha? ¿Cuántas cañas has bebido?

—Estaba hablando en serio.

—¿De verdad? Pues tienes unas cosas de niña a veces... que me da hasta pereza contestarte. Pues porque la gente madura. No podemos ir pegando saltos por la calle como si estuviéramos en un patio escolar. La vida es otra cosa Carla, esto va en serio, a ver cuándo te enteras y dejas de montarte tus fantasías infantiles y tus películas. La vida es algo real, hay que trabajar y pagar facturas y llevar el coche al taller, y todas esas cosas hacen que uno tenga que estar concentrado para vivir en esta sociedad.

—Pues yo creo que hay gente que no ha dejado de jugar del todo aunque haga todas esas cosas. Creo que hay gente a la que no se le ha olvidado, o que lo ha vuelto a aprender —dijo Carla muy ofendida.

Pedro pegó el último sorbo que le quedaba de vino con el semblante serio y le dijo:

—A lo mejor tienes suerte y lo encuentras.

Carla sintió de repente que no podía estar ni un minuto más allí, así que se

levantó de un impulso, cogió su bolso y cuando abrió la puerta oyó a Pedro gritarle desde la terraza.

—A lo mejor lo encuentras en tu curso de pintura y podéis quedar para dibujar casitas los dos.

En cuanto Carla pisó la calle las lágrimas le empezaron a brotar incontroladamente, y nada más cerrarse la puerta del portal se arrepintió de lo sucedido. Era un poco tarde, pero empezó a caminar. Necesitaba aire fresco, llamó a Lidia deseando que estuviera disponible para tomar una copa en su casa, para templar el cabreo y bajar la adrenalina de la discusión.

—¿Lili? Soy Carla. Escucha, ¿te vienes a casa a tomar una copilla?

—Vale, había quedado con el Alemán, pero al final he decidido no ir porque no tengo el coño para ruidos, así que he salido de compras y me he encontrado a Marisa, Charo y Flor, y estábamos tomando algo en Fuencarral. ¿Les digo que se vengán?

—¡Flor es una petarda!

—Ya, pero tiene maría.

—¡Que se venga!

Esa noche Carla se acostó muy tranquila por el efecto de la marihuana. Nunca fumaba salvo en raras ocasiones y con dos caladas estaba relajadísima pero Lidia se quedó a dormir con ella y aunque no era de las personas que se movían mientras duermen, Carla no estaba muy acostumbrada a compartir su cama. Durmió fatal, tuvo pesadillas, soñó que estaba bailando flamenco en un escenario minúsculo, y no podía mover bien las manos porque llevaba un montón de lápices de colores en ellas y no se le podían caer, porque si se le caía un lápiz el público mataría al guitarrista que en el sueño era su mejor amigo. Lo pasó tan mal que al día siguiente decidió llamar al trabajo diciendo que estaba enferma. Así que madrugó, llamó al trabajo y se volvió a meter en la cama sonriendo, como el que acaba de hacer novillos. Se dio cuenta de que Lidia ya no estaba y pensó que se había ido a su casa pero media hora después apareció con té de vainilla, el periódico y croissants recién hechos.

—¿Te quieres casar conmigo? —bromeó Carla cuando la vio aparecer así.

—¿Y ser la cuñada de tu hermano? ¿Te imaginas? Se moriría del susto.

—Hay cosas peores. Además seguro que no es el primero que se convierte en el cuñado de su exnovia.

—Yo nunca he sido la novia de tu hermano. Bueno, cambiando de tema, ¿qué vas a hacer con el curso? ¿Es mañana, no? ¿Vas a ir?

—Creo que no. Bueno, no sé. Ni siquiera me lo ha dicho con un poco de tiempo, como si pudiera disponer de mi tiempo a su antojo. O a lo mejor sí voy y así «me entretengo», como dice mi padre, que diga mi novio, que diga

mi exnovio —dijo Carla.

—Ya está la «Drama queen» —dijo Lidia mientras se disponía a contestar su teléfono móvil que sonaba con una música brasileña ridículamente alegre.

—Sí, soy yo... Ah, ¿sí?... ¡Estupendo! ¡Genial! No esperaba una respuesta tan pronto.

Cuando colgó el teléfono miró a Carla y gritó: «¡Me acabo de ganar una comisión de diez mil euros...!»

—¿Diez mil euros? ¿Qué has hecho? —bromeó Carla, cínica.

—He propuesto un evento muy gordo a una empresa italiana y me lo han aprobado. ¡Qué bien! Termina de desayunar que nos vamos de compras.

—¿Y eso?

—Hombre, tendremos que comprarnos algo bonito para ir esta noche al casino a celebrarlo. ¿No decías que quieres encontrar a personas que no hayan perdido la ilusión por jugar? Pues allí tienes un montón.

—¡Que graciosa eres! —respondió Carla irónicamente—, no me refería a ludópatas...

—¡Venga sosaina! Nos ponemos guapísimas, jugamos un poco y nos tomamos algo. Seguro que nos reímos.

—Voy a ir, pero para evitar que te apuestes diez mil euros a la ruleta, que tú eres capaz...

—¡Bien! —asintió Lidia satisfecha, pegándole un bocado con ganas a su croissant—. Ganar dinero me da hambre.

Se sentían como en una peli de cine americano. Carla llevaba un vestido negro ajustado con el escote plateado, el pelo recogido a un lado y una pulsera muy fina de oro blanco, y Lidia llevaba un vestido rojo con escote voluptuoso que se estrechaba y ajustaba en las caderas y muslos, y unos tacones que le hacía un poco más alta que su amiga. Las dos estaban radiantes, elegantes y muy insinuantes.

Mientras Lidia entregaba las llaves al aparcacoches Carla levantó la cabeza para observar todas esas luces que le recordaban a la Navidad, y pensó en las películas de Navidad que tanto le gustaban y tanto le avergonzaba reconocer.

El casino de Madrid, como la mayoría de los casinos, era ostentoso sin miedo a serlo. Eso le gustaba a Carla, era un poco como su amiga, sin falsas modestias y disfrutando de las cosas bonitas sin ninguna culpa.

Nada más llegar pidieron un «San Francisco» y observaron un buen rato cómo jugaban los japoneses, que eran los verdaderos profesionales. El trato del personal era muy delicado, como el de un hotel de cinco estrellas o un prostíbulo de lujo o al menos como Carla se imaginaba un prostíbulo de lujo...

De repente Lidia dijo:

—No mires ahora, pero acaba de entrar Esmeralda Marcos, la que sale en la serie esa nueva, la de *Tu nombre en mi boca*.

Carla giró la cabeza instintivamente y Lidia la regañó entre dientes.

—Te he dicho que no mires...

—Entonces, ¿cómo la veo?

—Qué guapa es, siempre me ha gustado mucho esa actriz —dijo Lidia mirando de reojo.

—A mí me suena, pero como no veo la tele...

—Yo tampoco pero es que esta sale en todas las revistas del corazón, la tienen frita.

Mientras Carla y Lidia observaban a la actriz esta empezó a jugar a la ruleta. Apostaba grandes cantidades de fichas y no le temblaba ni un momento el pulso al hacerlo. Llevaba el pelo liso y negro por debajo de la nuca, un vestido blanco de raso estilo años cuarenta y los labios muy rojos. De repente se dirigió a ellas sin mirarlas, y cuando las tenía enfrente sonrió y les dijo:

—¿Qué pasa chicas? ¿Vais a ver cómo jugamos los demás o venís a jugar? —y sonrió a las dos de tal forma que dejó claro que le apetecía jugar con ellas, y no sólo a la ruleta.

—Sois novatas, ¿verdad? —siguió hablando Esmeralda.

—¿En qué? —preguntó Lidia controlando la situación con una soltura que sorprendió a Carla.

—En el casino quiero decir, ¿en qué si no?

—No sé, se puede ser novata en tantas cosas —contestó Lidia sin apartarle la mirada.

Entonces Esmeralda les cogió de la mano a las dos amistosamente y se las llevó hacia otra mesa riéndose.

—¡Venga chicas!, os voy a iniciar...

El camarero que estaba detrás de la barra ya no se concentró en toda la noche y el crupier que las vio aparecer, tragó saliva.

Después de apostar unas cuantas veces, las chicas empezaron a disfrutar de la tensión del momento en que la ruleta daba vueltas y vueltas, y sobre todo de la emoción del segundo antes de pararse. Esmeralda les explicó que ella sólo jugaba al rojo o negro, le gustaban los contrastes. Una de las veces ganaron doscientos euros en una jugada y Lidia guiñó un ojo a Carla y le dijo:

—Voy a pedir una copa, chicas, ganar dinero me da sed. ¿Os pido otra?

—Gracias, guapa —dijo Esmeralda besándole la mejilla muy cerca de la comisura de los labios.

—Gracias, guapa —dijo Carla imitando burlescamente a Esmeralda besando

a su amiga con complicidad—. Ahora vengo, voy al baño.

Cuando Carla salió del baño, Esmeralda le estaba esperando en el descansillo, y sin decir una palabra, le cogió la cara con una mano y le besó en la boca, muy despacio. Carla abrió la boca como por instinto y se dieron un beso sensual y largo. Entonces Esmeralda se apartó lentamente, sonrió y le dejó allí de pie.

Carla se miró al espejo por un largo minuto, examinando su cara y su mirada incrédula por lo que acababa de pasar, y cuando se dispuso a andar notó que le temblaban las piernas y se tuvo que parar un momento y respirar profundamente antes de salir. En cuanto tuvo a Lidia cerca y Esmeralda no la podía oír, le dijo:

—¡Me ha besado en el baño!

—Ya lo sé. Me ha dicho que quiere hacer un trío.

—¿Musical? —bromeó Carla con risa nerviosa.

—Tiene un *jacuzzi* en casa —dijo Lidia mordiéndose el labio inferior.

—Tú y yo no podemos hacer un trío. ¡Nos moriríamos de la risa!

—Ya... —rio fuerte Lidia—, ya se lo he dicho. Vete tú con ella.

—Yo no. Vete tú, que tienes más curiosidad. Yo creo que con ese beso queda más que satisfecha la mía.

—¡Qué bien!, ¿de verdad que no te importa?, porque a mí me pone un montón.

—Qué morbosa eres...

—Lo dice la que acaba de besar a Esmeralda Marcos en el baño de un casino.

—Me ha besado ella...

—... ¡Sr. juez!

Las dos rieron por la situación... y también por el efecto de la tercera copa que tenían en la mano.

—¿Nos vamos, chicas? ¿Tomamos la última en mi casa? —dijo Esmeralda apareciendo con una gran bolsa de fichas en la mano para cambiar.

—Sí —dijo Carla sonriendo.

Lidia miró de soslayo a su amiga y pensó, «¿Habrá cambiado de idea?»

La casa era un ático precioso en plena castellana. Tenía dos plantas y en una de las habitaciones abuhardilladas estaba el *jacuzzi* esperando. Las tres tomaron una copa entre risas e insinuaciones en un comedor lleno de cojines estilo árabe. Carla le pidió a Esmeralda una cama para echarse, porque estaba bastante mareada y antes de darse cuenta se había quedado dormida. Esmeralda y Lidia le quitaron la ropa, le pusieron una camiseta para dormir y la observaron desde el quicio de la puerta como dos padres primerizos.

—Es preciosa —dijo Esmeralda con ternura.

—Sí —contestó Lidia—. Y no sólo por fuera.

Y se besaron con ganas.

Ya de pie frente al *jacuzzi* se quitaron la ropa sin dejar de mirarse y se metieron en el agua con ropa interior. Lidia nunca había llegado tan lejos con una chica pero se dejó llevar muy bien. Le excitaba muchísimo la suavidad con la que le besaba y Esmeralda le empezó a acariciar el pecho por encima del sujetador. La relajación del agua y las caricias de los expertos dedos de Esmeralda, hicieron que Lidia pronto sintiera sus pezones endurecerse... De pronto la sujetó por las caderas con fuerza, le dio la vuelta y le echó el pelo a un lado para besarle la nuca, mientras le acariciaba los pechos desde detrás. Los chorros de agua del *jacuzzi* le golpeaban con suavidad el estómago y la entrepierna. Esmeralda le abrió su sexo con una mano por detrás, y la otra se la metió en las bragas por delante para acariciar su clítoris con suavidad pero con fuerza, compitiendo con la sensación del chorro de agua masajeando su sexo. Tuvo un orgasmo casi inmediatamente, y todavía sintiéndolo por dentro, se dio la vuelta despacio y se besaron en la boca mientras se tumbaban en el *jacuzzi* rozándose pecho con pecho. Era la primera vez que sentía los pechos de otra mujer apretados contra los suyos, y la primera vez que sentía el sexo de una chica contra el de ella, que se movía lentamente rozándose instintivamente una y otra vez, mientras se besaban sin parar en el agua.

Esta vez tuvieron un orgasmo a la vez. Lidia miró a Esmeralda, le retiró el pelo de la cara con suavidad, y con la respiración aún entrecortada le dijo:

—¡Qué guapa estás cuando te corres!

Cuando Carla se despertó estaba tan aturdida como resacosa. Sabía por qué le dolía la cabeza, las copas estaban demasiado cargadas, pero la casa no la ubicaba. Le costó reconocer el piso de Esmeralda, pero al fin recordó la noche anterior en el casino, y cómo acabaron allí las tres. Cruzó el salón y llegó hasta la cocina sin ver a nadie. El silencio de la casa le hizo creer que estaba sola, pero enseguida se dio cuenta que no. Desde la puerta de la habitación de Esmeralda pudo ver como ella estaba apoyada en el abdomen de Lidia, que dormía plácidamente. Ambas estaban desnudas y parecían no haber pasado una mala noche. Apenas sin pestañear Carla recorrió el cuerpo de su amiga y el de la anfitriona imaginándose cómo pudo haber sido el encuentro entre ellas. ¿Podría ella haber hecho lo mismo que Lidia? En eso pensaba cuando Esmeralda abrió los ojos y se encontró con ella.

—¿Te vas? —susurró con una sonrisa pícaro.

—Sí —dijo Carla sorprendida y algo avergonzada por haber sido cazada—. Dile a Lidia que me llame esta tarde.

Y se fue. Esmeralda siguió con la sonrisa en la boca abrazada a Lidia que se movió ligeramente en un sueño profundo.

A pesar de todo, Carla se presentó a ese curso de pintura, casi sin dormir, mal desayunada. Se sentía más perdida que Sánchez Dragó en un gimnasio. Llevaba ropa cómoda, un cuaderno para tomar notas, algunos pinceles que guardaba todavía de su época de estudiante y muchas ganas de conocer gente. Las clases se daban en un centro cultural de su barrio. Preguntó por el aula de pintura y una bedel estilo Ofelia, la de Mortadelo y Filemón, le indicó que en el pasillo de la derecha, la puerta tres. Entró al aula correspondiente y se encontró con una inmensa sala —inmensa para lo que ella tenía en la cabeza— llena de lienzos y caballetes, pinturas apoyadas en el suelo, pinceles sueltos, paletas encima de las mesas, batas colgadas de percheros, y sobre todo con un olor a óleo que le sedujo. Al fondo estaba el que debía ser el profesor, un sesentón barbudo con pinta de profesor Bacterio que estaba dando consejos a varios de los alumnos. Al parecer intentaban hacer un bodegón torpemente.

—Si no sabes pintar un limón, mal vamos, Pablito...

—Es que yo soy más de pintar paisajes... —se excusaba el chaval, que apenas llegaba a los veinte años.

—Excusas no, eh, excusas no —se erguía el maestro pinturero—. Si uno quiere ser pintor tiene que pintar de todo, limones incluidos. ¿Me oyes, Pablito?

—Le oigo, le oigo... —decía fijando la mirada en el lienzo.

—Pues venga, a darle al pincel. Y otra cosa, Pablito, los limones son amarillos...

Dejó de lado al chaval casi veinteañero y se dirigió al centro de la clase. Desde allí, después de corregir el melón poco ovalado de una ama de casa aburrida, reparó en Carla.

—Y tú, ¿qué? Ven aquí, que tienes un caballete esperando. Te ponemos un liencito y a vivir.

Carla se hizo pronto con su sitio. Se atavió con una bata blanca que le dio el profesor y comenzó a dibujar frutas. Entre trazo y paletazo observaba a sus compañeros. En total ocho. Cinco mujeres y tres hombres. Cada uno de su madre y de su padre. Algunos más de su padre, pero en general una formación nada homogénea. Muchos de ellos estaban allí porque les gustaba la pintura más que el teatro o la fotografía. El resto podían estar perfectamente en otro lugar, porque amaban la pintura tanto como la taxidermia, pero el aburrimiento es muy malo. Además, talento, lo que se dice talento, no tenían. Pero eso a Carla, le daba igual. Ella acababa de descubrir la pasión por la pintura, exactamente cuando por la puerta entró Damián, un rubiales de uno

ochenta que se abrazó a Toribio, el profesor. Todo indicaba que se iba a desnudar para el deleite de las pintoras, pero no fue así. Damián sólo ocupó un lugar tras un caballete y se dispuso a «pintarraजार», como todos. Carla supo entonces que en esa aula existía otra cosa más interesante que pintar bodegones.

El chico, que parecía noruego o de por ahí, se había sentado justo enfrente de Carla, y mientras se acomodaba y colocaba sus cosas no lo veía, pero cuando se sentó, Carla pudo ver perfectamente su pelo revuelto, rubio ceniza, y unos ojos verdes que le hacían parecer más misteriosos. Carla empezó a despistarse de su tarea de pintora por un día.

Él, sin embargo, estaba muy concentrado y se notaba que no era la primera vez que sostenía un pincel. Tenía una expresión relajada, casi espiritual, pero el entrecejo se le arrugaba graciosamente de vez en cuando. Carla imaginó divertida que cada vez que le salía esa arruguilla, es que estaba decidiendo un color, y cuando se le relajaba de nuevo y los ojos le sonreían ligeramente, es que estaba satisfecho con el que había elegido.

De repente a Carla le dio como una punzada en la cabeza por la resaca, y se apretó los párpados con una mano, con la cabeza ligeramente agachada. En un instante el profesor apareció a su lado con una reacción exageradamente paternal, y aunque habló en voz baja su tono alarmó un poco a los alumnos, que enseguida apartaron los ojos de sus «obras» para mirar a Carla.

—¿Estás bien, pequeña? —le preguntó preocupado. A Carla le repateó ese aire de paternalismo, y pensó en contestar algo, pero no podía pensar porque el dolor era cada vez más agudo.

—No te preocupes —prosiguió el profesor con el semblante preocupado—, has empezado bien, no pasa nada porque te hayas bloqueado, es tu primer día, no quieras ser Picasso antes de empezar. Lo que tienes son un poco de nervios.

Ella cerró los ojos, estaba muy cansada y sentía que si se concentraba mucho el taburete el profesor podía desaparecer, o por lo menos callarse. «Lo que tengo es una resaca indecente», pensó, y de repente sintió un calor en la frente muy agradable. Abrió los ojos como pudo y se dio cuenta de que Damián se había acercado y le había puesto una mano en la frente. Entonces escuchó su voz por primera vez, una voz templada, de radio, pero de radio bonita, no una de estas voces que se nota que se están escuchando, como si se estuvieran mirando en un espejo reafirmando su belleza. Esta era de esas voces que tienen una belleza natural pero desenfadada.

—Si quieres vamos a la enfermería y te doy un poco de reiki, ¿sabes lo que es? —preguntó Damián.

Carla sabía por una amiga suya que reiki era una técnica japonesa de

transmisión de energía a través de las manos, pero aunque no lo hubiera sabido hubiera ido igual porque sólo oír esa voz le había apaciguado el dolor.

Una vez en la enfermería, Carla se tumbó boca arriba, y el ya no tan desconocido chico le empezó a tocar la cabeza dejando sus manos posadas en ella durante un buen rato, después en el cuello, los brazos, la tripa, las piernas, los pies, y en cada zona donde Damián ponía las manos Carla sentía un calor muy relajante, a veces un pequeño hormigueo. Media hora después Damián cogió suavemente la mano de Carla, la sostuvo entre las suyas y susurró:

—Carla, puedes despertarte... ¿te encuentras un poquito mejor?

—¿Me he dormido? —preguntó Carla despezándose lentamente. Damián esbozó una pequeña sonrisa y contestó satisfecho:

—Es muy normal, es que relaja mucho.

Entonces Carla notó que le había mejorado el dolor de cabeza considerablemente, y sobre todo que se encontraba increíblemente tranquila y relajada.

—Has perdido la clase por mi culpa —dijo fingiendo culpabilidad.

—No pasa nada, me ha gustado poder ayudar. Espero que esta noche descanses y te encuentres mejor mañana. —Y como si se hubiera tratado de un espejismo se marchó sin que Carla apenas pudiera darle las gracias.

Nunca supo si fue por la resaca o por no haber dormido la noche anterior en su cama, por el reiki, o por las tres cosas a la vez, pero el caso es que esa noche durmió como un lirón y tuvo un sueño tan placentero que la sensación le duró todo el día. Fue de estos sueños que si lo cuentas no significan nada pero en los que la sensación, que a veces es tan difícil de definir, es maravillosa. Tanto, que a veces ni siquiera la has experimentado antes en la vida real. Y no supo por qué, pero cuando entró en clase y vio esos verdes ojos escondidos detrás del atril, sintió un deseo incontrolable de contarle el sueño a Damián en cuanto acabara la clase. Pero después de dibujar una aburrida cesta de frutas pasó algo inesperado que jamás se hubiera imaginado cuando Pedro la apuntó a ese curso de pintura... El chico de los ojos bonitos se levantó y se empezó a quitar la ropa con una naturalidad asombrosa. Mientras, el profesor explicaba con su voz desagradablemente ronca por un constipado de verano que iban a poder pintar a Damián, que se había ofrecido voluntario. Carla tuvo que cerrar la boca, que se le había abierto sola inconscientemente por la sorpresa, y disimular una cara neutra, mientras pensaba, «madre mía, no me lo puedo creer, esto sí que es práctico, que unos ojos bonitos y misteriosos se desnuden ante mí, esto sí que es como un sueño. Además, así lo puedo ver del todo y veo si me gusta su cuerpo desnudo, que en principio creo que me va a gustar, pero claro, mejor asegurarse».

Y sí que le gustó. Le gustó incluso la manera que tuvo de desnudarse, como el que se va a meter en la ducha cuando llega tarde a un café tonto de una tarde tonta de invierno tonto. Tenía un cuerpo bonito. No era perfecto, era bonito. Tenía los hombros grandes y varoniles y unas espaldas anchas, era alto y tenía unos labios generosos. Tenía muy poco pelo en el cuerpo, sólo un poco en el pecho, que le crecía anárquicamente en el centro y se revolvió como el pelo de la cabeza. La piel era un poco tostada y se notaba que no hacía mucho deporte. Estaba fuerte pero tenía un pelín de tripa. La justa que denotaba que podía disfrutar de unas tapas con cañas sin que le amarguen las calorías. Le gustaba lo que veía y justo cuando iba a bajarse los calzoncillos hizo una parada para crear expectativa con una risa pícaro y se los bajó de un golpe. Todos se quedaron perplejos y sorprendidos, e incluso alguna ahogó un grito de sorpresa. Él rio y dijo:

—Esto no os lo esperabais, ¿eh? De pequeño era pelirrojo. —Todos rieron. Eso explicaba aquellos pelillos rojos como el fuego, mezclados con alguno castaño que se colaba entre medias como el que se presenta a una fiesta sin haber sido invitado. Entonces miró a Carla, allí desnudo con su «Sorpresa» al descubierto, y le guiñó un ojo con complicidad. Carla sintió que se ruborizaba, como una antorcha, y bajó los ojos sonriendo, simulando mirar su lienzo. Después se relajó y se sintió inspirada. Pintó un fuego ardiendo con fuerza en primer plano, y detrás de él se podía desdibujar a un chico, sólo en partes, tocando una guitarra. Se podían ver sus manos fuertes pero delicadas, sus brazos, su pecho y sobre todo esos ojos misteriosos a través del fuego.

Cuando todos terminaron sus lienzos, el profesor y Damián, ya vestido, los vieron uno por uno.

—¿Por qué sabes que toco la guitarra?— preguntó Damián curioso cuando vio el de Carla.

—Porque tienes las uñas de la mano izquierda ligeramente más largas que los de la derecha, lo que significa que tocas la guitarra y además eres zurdo.

—Qué observadora eres —dijo Damián.

—Te has desnudado para que te observemos. Sólo he hecho bien mis deberes —contestó Carla satisfecha.

—Pues que sepas que tú también puedes hacerlo. Necesitamos a una chica y si nadie se ofrece voluntaria tenemos que contratarla, así que si te animas, nos harías un favor.

—Yo soy muy vergonzosa con mi cuerpo.

—A lo mejor esta es una buena ocasión para que aprendas que no hay nada vergonzoso en tu cuerpo. Nada.

—Lo sé. Son miedos aprendidos.

—¿Miedo por qué, por ser preciosa y única?

—Lo haré —dijo de repente Carla escuchando su propia voz como si no fuera suya y no supiera o fuera consciente de lo que acababa de hacer.

Una vez en la calle se dio cuenta de dónde se había metido y le entró el pánico. «¿Por qué me meto en estos líos? ¿Quién me manda? ¿Y si me pongo mala? ¡Ya no me puedo echar para atrás!», pensaba Carla mientras repasaba mentalmente la lista de las cosas que tendría que hacer antes de desnudarse delante de una decena de personas. «Depilarme, pedir cita para una exfoliación completa o baño de chocolate o lo que sea para tener la piel bonita y, ¡ay Dios mío!, no comer nada que pueda engordar de aquí a una semana». Y pensando esto y lo otro, que era muy parecido lo otro a lo uno, se quedó parada en la acera, clavando sus chanclas veraniegas en los adoquines. Sus ojos dejaron de pestañear, su boca se quedó abierta y su corazón palpité un poco más deprisa. Alzó sus brazos como un zombi buscando a su víctima y se acercó a un fino y frío cristal que hacía las veces de escaparate. Detrás de él había un maniquí femenino perfecto, pero lo que llamó la atención de Carla no era ella, sino el vestido que portaba la inanimada mujer. «Este es mío», pensaba Carla mientras entraba en la tienducha. Porque aunque el vestido era una joya, la tienda era una tienducha con todas las letras: La t, la i, la e... así hasta todas. Tienducha.

No fue barato, pero la satisfacción con la que lo compró amortiguó el precio. Era un vestido largo de verano, de tirantes, floreado y con un fondo naranja que contrastaba positivamente con el color de su piel. Suave y alegre. Como ella. «Lo estrenaré en una ocasión especial». Y sin quererlo, subconscientemente, pensó en Pere.

El curso de pintura ya había ganado su pensamiento y la mañana en el trabajo la pasaba pensando en lienzos, oleos y pinceles, y sobre todo temiendo el día que le tocara desnudarse. Y ese día llegó. Porque al final todo llega. Carla no sacó el tema en clase con la esperanza de que se olvidaran, pero Damián y el profesor se encargaban siempre de abortar el olvido. Esa tarde, curiosamente, no faltó ningún alumno. Carla iba preparada, tanto física como psíquicamente, y aunque sí estaba nerviosa, logró templar sus nervios a base de concentración, responsabilidad —¡si no hubiera sido tan bocazas!—, y un par de carajillos antes de entrar. Cuando llegó el momento de desnudarse, trató de hacerlo con naturalidad, pero ese estado se vio truncado por el profesor.

—No, todavía no, espera, no te quites la camiseta todavía —decía a medio camino entre el grito y el susurro—. Pasa a ese cuarto de ahí, te desnudas y sales con el albornoz que hay dentro.

Carla entró algo avergonzada al cuarto de los caballetes y respiró hondo. Respiró tan hondo que todo el olor a pintura seca que allí había le llegó hasta

la tráquea y tuvo que soltarlo a base de toses anárquicas. Una vez repuesta oyó sonar en la puerta los típicos toquecitos con los nudillos.

—¿Estás bien? —Era la voz de Damián—. Me ha parecido oírte toser.

—No... no era tos, era... bueno, sí era tos, pero de la buena. No te preocupes. ¿Salgo ya?

—No, todavía no —seguía Damián al otro lado de la puerta—. El profesor va a dar una charla antes. En cuanto acabe, te aviso y sales. Siento que hoy no puedas pintar.

Carla no sabía si la última frase sonaba a sorna o era sorna directamente. Volvió a respirar hondo, esta vez menos y con mucho cuidado, y empezó a desnudarse. Quitarse la ropa poco a poco hasta quedarse desnuda en un pequeño cuarto lleno de pinturas y caballetes. No era algo con lo que hubiera soñado nunca. Pero ahí estaba ella, en pelotas, preparada para ser retratada al óleo por un grupo de personas a las que apenas conocía, pero eso sí, limpia, depiladísima y más nerviosa de lo que creía. Se puso el albornoz, algo áspero, por cierto, y pegó la oreja a la puerta.

—Vamos a ver —decía el profesor al alumnado—, sé que todavía no estáis al nivel que yo desearía. De hecho hay gente que nunca llegará a tener un nivel. Menos cero nivel. Y que te mire a ti, Pablito, no tiene nada que ver, es casualidad.

—Ya, claro... —decía para sí Pablito.

—Habéis pintado bodegones, pájaros muertos, teléfonos móviles e incluso huevas de codorniz —seguía el profesor dando vueltas por el aula—. Después pasamos a los modelos. Siempre hombres. —Aquí Damián recibió alguna mirada cómplice—. Pero hoy, por fin, vais a dibujar a una mujer. A toda una mujer.

A Carla no le gustó mucho eso último. «Lo que me faltaba, que pusieran más ímpetu a sus miradas», pensaba mientras sus nervios aumentaban tan rápido como el fracaso escolar en España.

—... una mujer, y una compañera —continuaba el barbudo y dejado profesor—. Por eso os pido respeto y profesionalidad. No es lo mismo pintar una tranca anaranjada, a todo un cuerpo de guitarra de madera de haya. Y por favor, como siempre os digo, utilizad vuestra imaginación.

Eso tampoco le gustó a Carla. Damián tocó a la puerta y le avisó de que ya podía salir. Pensó en respirar hondo y hacerlo, pero para evitarse un mal momento prefirió salir directamente. Se dirigió al centro del aula y se colocó en el sitio que días antes ocupó Damián. Miró a su alrededor y pudo comprobar cómo toda la clase estaba mirando con suma atención, esperando a que se despojara de aquel albornoz de una vez por todas. Entonces no tuvo más

remedio que hacerlo y apechugar con los impulsos verbales que le llevan a ese tipo de situaciones. Cerró los ojos y dejó caer el albornoz. Al abrirlos, notó como dieciocho ojos estaban clavados sobre su cuerpo. Casi podía sentirlos físicamente, cada uno de ellos tocándole una parte: las piernas, las caderas, los pies, el cuello, el pubis, los pechos... Ella estaba de pie, una pierna frente a la otra, en una postura cómoda. Y era así como se iba sintiendo a medida que avanzaba el tiempo. Desde allí podía ver cómo los ojos de cada uno se movían de un lado a otro, posándose en alguna de sus piezas corporales. El silencio (esta vez el profesor Bacterio no hablaba), permitía oír el trazar de los pinceles. Los lienzos se estaban rellenando gracias a ella, a su cuerpo. Pensaba en eso. Poco a poco Carla comprendía que su cuerpo estaba en la cabeza de todos, que iba a ser plasmado, con mayor o menor eficacia, por las manos de cada alumno. Ella era la protagonista, la musa del momento. Y eso le gustaba. Le hacía sentirse deseada, aunque sólo fuera para ser retratada. Los nervios desaparecieron por completo y dieron paso a la relajación. Cada mirada de cualquiera la recibía como una caricia. Y empezaba a tener el cuerpo lleno de ellas. Buscó a Damián. Estaba mirando su lienzo. Cuando este alzó la vista, se topó con los ojos de Carla. Sonrió y ella le devolvió la sonrisa. «¿Me estará perfilando las piernas o pintando las tetas?» Agudizó la vista para ver a dónde apuntaban los ojos de Damian. Los de este recorrían el cuerpo de Carla, recreándose, parándose casi en cada poro de la piel, disfrutando de lo que veía. O eso intuía ella, y le gustaba. Descubrió el morbo que le daba sentirse observada de esa manera, sin peligro. «Me miras pero no me tocas», pensaba. Nadie le podía tocar, pero ella sentía como si mil manos se posaran en su cuerpo para darle placer. Tuvo miedo a que sus pechos delataran su excitación, pero supo controlarlo. El que no parecía controlar sus miradas era Pablito.

—¡Pablito! —le gritó el profesor—. Que hay que pintar, no solo mirar.

—Es que está tan buena... —dijo en un tono casi inaudible. Y menos mal, porque si no, el maestro del óleo le hubiera dado todo un señor capón.

Los sesenta minutos de la clase se pasaron rápido para todos. Cuando el profesor dijo que la hora se había acabado Carla sintió una especie de desazón. Extrañada, por otra parte, pero así son los sentimientos a veces, tan encontrados como raros. Se agachó a recoger el albornoz y notó como algunos de los chicos seguían mirándola. Por eso ralentizó la puesta de albornoz, gustándose en el papel de diva del erotismo. Se volvió a encontrar con la mirada de Damián, que le sonreía con complicidad. Él recogió sus bártulos y ella se fue al cuarto de los caballetes a vestirse.

El profesor felicitó efusivamente a Carla.

—Muy bien, muy bien. Eres una gran modelo. Posas con una quietud

admirable. Hay otras que se tambalean que parece que vienen borrachas, si es que no lo están. Pero tú, muy bien...

—Gracias... —decía Carla ya vestida y preparada para ir a contárselo a Lidia.

—¿Querrás hacerlo otra vez? —le preguntaba el profesor.

—No —dijo Carla muy segura.

—Es una pena —se unió Damián—, eres la mejor modelo que hemos pintado.

—Gracias.

—Sabía que lo harías, ¿has pasado mucha vergüenza?

—La verdad es que no —murmuró Carla pensativa—. Por cierto —dijo volviéndose a Damián—, tú también eres muy observador.

Y salió de clase. Damián se quedó mirando su estela con una sonrisa en la boca, hasta que se la tapó el profesor metiéndole un tubo de pintura acrílica.

4. METER POR METER

Días después Pedro fue a buscar a Carla al trabajo por sorpresa y fueron a tomar una caña a un bar en el barrio de ella. Un bar muy de barrio, asientos de metal, barra desgastada y fotos de personajes «famosos» que pasaron por allí en algún momento, seguramente a causa de algún despiste. Pedro no quiso salir a la terraza, que era lo único bueno que tenía el bar, porque daba a una calle peatonal y tenía cuatro o cinco geranios repartidos entre las mesas que recordaban un poco a la imagen que tenía el dueño, que era de Bilbao, de lo que era un patio andaluz. El caso es que era más agradable y mucho menos decadente que el interior. A Carla le parecía casi un sacrilegio quedarse dentro cuando fuera hacía buen tiempo. Es como ser de un pueblo de interior cuando la provincia tiene mar. Una elección absurda.

—¿Qué tal tu curso de pintura? —preguntó Pedro una vez sentados en los fríos taburetes de metal.

—¿Sabes lo que me gustó más? Posar para ellos. Un día me desnudé y me pintaron.

—Ah, ¿sí? —contestó distraídamente Pedro.

Ella buscó alguna reacción. Le acababa de decir a su novio que se había desnudado delante de una decena de desconocidos y él parecía estar pensando en el partido del domingo. En su foro interno deseaba que se hubiera enfadado, o que le hubiera despertado alguna morbosa fantasía y nuevos deseos ante un atrevimiento así. Pero nada. Ni frío ni calor. «Qué hombre más inalterable», pensó, y se quedó callada.

Él tampoco habló en un buen rato, y ella no hizo el esfuerzo de sacar ningún tema hasta que de repente se dio cuenta de que si ella no hablaba él no hacía el esfuerzo. Siempre le había dado miedo ser una de esas parejas que ves en un bar mirando su cerveza sin nada que decirse, y se había dado cuenta de que la única que evitaba esa situación era ella. Así que decidió no hacerlo más para ver qué pasaba. Y así pasaron largos minutos hasta que por fin él preguntó:

—¿Te pasa algo?

—No —dijo ella intentando no parecer maleducada.

—Estás muy callada.

—Tú también, ¿te pasa algo a ti?

—No.

De nuevo se hizo el silencio incómodo. Entonces él insistió:

—¿Seguro que no te pasa nada?

—Vaya conversación de besugos, ¿no?

—¡Ves! Estás enfadada.

—No estoy enfadada. Estoy esperando que me cuentes algo.

—¿Qué quieres que te cuente? —preguntó molesto Pedro.

—No sé, tú eres el que ha venido a buscarme al trabajo para tomar algo...

—¿Es que te ha molestado que viniera?

—Lo que me molesta es que me he dado cuenta de que siempre soy yo la que se esfuerza en sacar tema de conversación, y estaba esperando que tú dijeras algo, algo sobre lo que charlar, si es que no hemos perdido del todo el gusto por contarnos las cosas y no tenemos ya de qué hablar entre nosotros. Y no lo digo porque llevemos quince minutos sin abrir la boca—dijo Carla con un poco de ironía.

—A lo mejor es que no podemos hablar sin discutir, que siempre tienes que sacar algo negativo. No podemos estar tranquilos y ya está.

—Bueno, si a ti te parece positivo que nos aburramos estando juntos o que a ti te importe una mierda que me haya desnudado delante de una veintena de personas... —exageró Carla.

—Vamos a dejarlo —dijo él.

—Sí, mejor lo dejamos —contestó ella con doble intención.

Él la miró receloso, y de repente sonó el teléfono de Carla, cosa que agradeció enormemente. Era su vecina Irene:

—Carla, no te asustes, pero creo que han robado en tu casa. He oído golpes y la puerta está abierta de par en par. He llamado a la policía.

Cuando Carla y Pedro llegaron dos policías vestidos de paisanos les esperaban mientras otros iban de un lado a otro de la casa.

—¿Es usted la dueña de la casa? —dijo un policía bastante guapo llevándose la mano instintivamente al costado donde tenía la pistola.

—Sí, soy yo —dijo ella algo impresionada al ver tanta gente en su casa, y con cautela se dirigió hacia su habitación. Los policías la siguieron, la habitación estaba justo cómo ella la había dejado. Había salido temprano y la cama estaba sin hacer, había ropa revuelta por todas partes. Había sido uno de estos días tontos en los que piensas que todo te queda mal y no te decides por ninguna prenda que vaya con tu estado de ánimo. Le dio un poco de vergüenza el desorden, así que se echó las manos a la cabeza y dijo fingiendo sorpresa:

—¡Madre mía!, cómo han dejado la habitación...

Pedro la miró con complicidad y ambos esbozaron una sonrisa. Cuando la policía científica llegó, el ambiente ya estaba muy distendido y Carla había hecho café para todos y le estaba entreteniendo mucho ver cómo echaban unos polvitos para coger huellas. Luego no le pareció tan entretenido limpiar el polvo ese negro, que no se iba ni a la de tres. El recuento de lo que se habían llevado no era mucho. Unos setenta euros en efectivo y un reproductor DVD.

«Llevaban prisa», les dijo la policía, como si en algún momento los ladrones se recrearan mucho en el lugar del delito...

Curiosamente el episodio del robo suavizó la tensión entre Pedro y Carla y cuando los policías se marcharon Pedro decidió no dejarla sola. Carla agradeció ese gesto, tener compañía esa noche. Durmieron abrazados recordando ambos por un momento lo bien que estaban juntos, cuando estaban bien juntos. Pero esos momentos ahora parecían estar muy lejos y el robo les regaló, como por un golpe de suerte o del destino, uno de esos momentos, una de esas noches, aunque los dos supieran que la mecha se apagaba y que esa podía ser una de las últimas noches que les quedaban.

Pedro se fue a trabajar temprano, ella se quedó sola en la habitación y tuvo una sensación que jamás había experimentado. Se sentía invadida, insegura y desprotegida. Le pareció horrible que alguien entrara en su casa y estuviera allí a su antojo. ¿Y si se hubieran llevado el ordenador dónde tenía tantas cosas; fotos, recuerdos, el cuento con el que había ganado su concurso? También había muchas cosas que no le importaba que hubieran desaparecido, emails antiguos que sustituyen a las antiguas cartas de amor que uno guardaba en una caja de zapatos y que ahora dormían en una especie de caja virtual. Se preguntaba si las cartas de papel duraban más en la memoria que un email. Pensó en todas las cosas inservibles que tenía en su vida, en lo efímero de lo material y el valor que tenía el que uno crezca y alimente su alma y su vida con experiencias, ilusiones, deseos, sueños, ese tipo de cosas que ningún ladrón, por muy profesional que fuera, se podría llevar nunca. Si no te lleva por delante, claro.

Al día siguiente fue a trabajar a rastras, no tenía nada de ganas y empezó a fantasear con la posibilidad de pedir una baja con cualquier excusa unos días porque necesitaba estar sola, no hablar con nadie por unos días, apaciguar su mente. No tenía ganas de bromas y estaba de muy mal humor. De repente empezó a mirar a su alrededor y sentía que sus compañeros no tenían nada que ver con ella, que no se sentía identificada ni unida a ninguno de ellos. Le empezaron a repatear las conversaciones absurdas, falsas y superficiales que oía desde la recepción. Se aburría sobremanera y miraba por la ventana imaginando un caballo blanco que atraviesa el cristal para salvarle de esa mierda de trabajo y de oficina. Esta era una fantasía muy elaborada que a veces llevaba acompañante, un rey de dibujo animado o un príncipe vestido de príncipe, de los de verdad, tenía hasta una versión con un unicornio rosa palo.

Resopló de aburrimiento y decidió levantarse a por un café. Eran las once de la mañana y el teléfono estaba tranquilo, y se moría por levantarse y hacer algo diferente aunque fuera durante diez minutos. Cuando llegó a la sala del

café resopló de nuevo, pero esta vez con disimulo, porque allí estaba Elena, la pesada, y cuatro o cinco compañeros más dándose importancia hablando de las aburridas piscinas comunitarias en sus aburridos chalets comunitarios y las aburridas familias comunitarias que vivían en ellas. De repente Elena puso cara de que se le olvidaba algo importante, y sacó una postal del bolsillo trasero de su pantalón gris y dijo: «Casi se me olvida, Pere nos ha enviado una postal desde las áfricas». Carla, que estaba sacando el café de la máquina, lo derramó de la impresión y se quemó la mano. Todos la miraron y ella puso cara de «No es nada», mientras se secaba la mano con servilletas de papel, de esas finas de cafetería que no secan nada.

Elena se dispuso a leer la postal, poniendo voz de pito, que la que tenía, y de pija, que también la tenía así que tampoco tuvo que esforzarse. Se estaba mofando de lo que ponía:

Hola, chicos,

Sólo quería enviaros un saludo y esta postal para que veáis un trocito de lo maravilloso de estas tierras. Es una sensación increíble sentir que uno está justo donde quiere estar. Tenemos tres espectáculos por día, pero después siempre nos quedamos a tocar algo de música. Los niños nos llaman Dakarai que significa «Felicidad».

Os envío también un folleto para informaros sobre los programas de vacaciones solidarias, por si a alguno le interesa, y otras formas de colaboración. Os lo agradezco de antemano.

PD: No hay que saber cantar ni bailar, yo no sabía. Aquí se valoran las ganas.

Pere.

Entonces Elena se empezó a reír como si hubiera sido lo más gracioso que había leído en su vida y Juanpe, uno de los técnicos dijo con una risita ridícula:

—Joder, ¡pues habría que ver a Pere cantar y bailar, con lo torpe que es!

Todos rieron como descosidos y Carla les miraba como si aquello estuviera ocurriendo a cámara lenta. Los veía con la cabeza echada hacia atrás, veía los empastes de algunos de ellos y le empezó a entrar una rabia terrible que le subía por el esófago hasta llenar las mejillas de un calor insoportable. Tuvo ganas de gritar, de salir de allí corriendo, pero no lo hizo. Se quedó muy quieta mirando fijamente a todos y de repente dijo con voz firme:

—Juan Pedro, no hace falta bailar bien para bailar, como tampoco hace falta follar bien para follar, y tú eso, deberías saberlo de sobra.

Uno a uno se les fue apagando la risa, de nuevo como a cámara lenta, y se quedaron de piedra. Nadie dijo nada, hubo un intenso silencio hasta que Carla lo rompió dándose media vuelta no sin antes quitarle de un tirón a Elena la

postal de las manos.

La leyó tres veces. Una en su mesa, otra en el baño y la otra en casa. Casi memorizó las frases que componían la postal. Le pareció un gesto muy bonito acordarse de sus compañeros de trabajo estando tan lejos, pero le hubiera encantado mil veces más recibir una propia. De hecho él ya había estado en su casa y podría recordar su dirección. Pero no recibió ninguna postal ni ninguna carta ni nada parecido. Lo único que recibió de él fue antes de que se fuese... en eso precisamente estaba pensando Carla mientras se bebía un zumo de naranjas recién exprimidas de Tetra Brik. En todo lo que le había dado Pere en tan poco tiempo. Había sido mucho más de lo que ella se podía imaginar, no solo en el terreno sexual, también en el espiritual, y eso le sorprendía porque no les dio tiempo a conocerse todo lo que hubiera sido necesario para llegar a esa conclusión. Tan raro como cierto. Se descubrió con una sonrisa en la boca y la cara de Pere en la mente cuando reaccionó y comprendió que era hora de salir hacia el curso de pintura.

A esa tarde le siguió otra, y a esa otra, y así hasta completar la semana y media del curso intensivo de pintura. El último día los alumnos exponían en una sala grande preparada para este tipo de eventos. Cuando Carla llegó al aula se encontró al viejo profesor discutiendo con uno de los conserjes del centro cultural.

—¿Pero cómo voy a meter esto aquí? —decía el bedel intentando encajar una cesta llena de témperas en un altillo repleto de trastos.

—Que sí, que cabe perfectamente —indicaba molesto el profesor.

—Si es que va a ser meterlo para que al instante haya que sacarlo —decía el funcionario subido a una silla y estirado para poder alcanzar el altillo— ¿no ve que no hay hueco y no se va a poder cerrar la puerta?

—Que sí cabe...

—Si es que esto es meter por meter...

—Usted métalo.

El bedel hizo un último esfuerzo para colocar la cesta de un empujón cuando la silla resbaló. El señor Martínez —que así se llamaba el conserje—, cayó al suelo de bruces. La hostia fue monumental, y la gente se arremolinó para ayudar o para ver de cerca al señor Martínez estampado contra el suelo, la silla caída a su lado y encima de su espalda las témperas que habían caído de la cesta. Por supuesto no quedó encajada en el altillo.

—Pues tenía usted razón —fue lo único que dijo el profesor antes de salir del cuarto.

Los cuadros que cada alumno exponía estaban distribuidos alrededor de la sala. La mayoría colgados en la pared y algunos, los menos afortunados,

apoyados en el suelo. La cantidad de pinturas propició esta faena que afectó principalmente a Pablito cuyos cuadros, curiosamente, habían sido relegados a esa posición. Lo que se podía ver en los cuadros era de escasa variedad: bodegones, bodegones, plantas, flores, otra tanda de bodegones, perros, gatos y varias perspectivas de los cuerpos desnudos de Damián y Carla. Estos últimos eran los más visitados por las casi cuarenta personas asistentes a la muestra, casi todos amigos o familiares de los ocho alumnos pintores. El resto, conocidos del profesor Bacterio o los típicos jubilados que se apuntan a todo lo que haya al lado de su casa.

Carla miraba con mucha atención y un algo de autofascinación uno de sus desnudos. No se reconocía completamente en el lienzo pero no cabía duda que era ella. Si su madre estuviera aquí, pensaba ella, «seguro que adivinaba que era yo».

—¿Esta eres tú? —le preguntó Pedro con indiferencia.

—Pues sí —respondía Carla pensando en lo «agradable» que eran a veces los comentarios de su novio.

Pedro había decidido a última hora acompañar a Carla a la exposición. Nunca le había gustado mucho la pintura pero ya que su novia había pintado unos cuadros en un curso que él había pagado pues no tenía otra opción. Al principio, a Carla le hizo ilusión que le acompañara, después de los últimos acontecimientos vividos por los dos, esta podía ser una buena oportunidad para seguir escalando en la estabilidad de la pareja pero a medida que la tarde avanzaba Carla se empezó a arrepentir de que hubiera ido. Los únicos comentarios positivos que salieron de la boca de Pedro fueron «Este cuadro es peor que el tuyo» y «Lo mismo me voy y te dejo a ti que disfrutes con tus compañeros». Esto lo dijo justo después de una nada interesante charla del profesor a un grupo de personas entre las que se encontraban ellos, una charla improvisada sobre el uso abusivo de la manzana en los bodegones. Interesante tema, sin duda, pero no del todo para amarrar a la gente. Tan interesante era el tema que el propio profesor se fue a casa nada más terminar para evitar caer en el mismo error otra vez.

Carla no puso pegas a la marcha de Pedro, aunque le hubiera gustado obtener de él algo más de interés por sus cuadros, no sólo compañía. Incluso una demostración de curiosidad por saber quiénes la habían pintado desnuda. Eso la hubiera hecho feliz, pero nada.

Lo mejor de la exposición, aparte de la decisión de esconder algunos cuadros para no horrorizar a la gente fueron unas bandejas de embutido y vinos que gentilmente servía el centro cultural. Uno de esos insípidos tintos llenaba una copa que Carla sujetaba en su mano mientras observaba un cuadro

que le llamó la atención. Se titulaba «Poesía en tu piel». Era una mujer desnuda que ocupaba casi todo el lienzo. Estaba tumbada, girada de tal modo que se podía ver casi por completo su espalda mientras miraba al frente con una sonrisa pícaro. En su cuerpo se podían leer varias frases. Intentó descifrarlas pero fue inútil, tuvo que ser el propio autor el que se ofreció a ayudarlo.

—¿Sacas algo en claro o te doy pistas? —preguntó Damián colocándose al lado de Carla, que se sorprendió ante la inesperada aparición. Repuesta del susto contestó al oúnico chico pelirrojo que había conocido ese verano.

—Lo que me queda claro es que es una mujer desnuda con pintadas en su cuerpo. Veo las frases, pero no logro entender lo que pone. ¿Están en otro idioma?, ¿es élfico?

—Ni es élfico ni están en otro idioma. Están escritas al revés.

Carla inclinó la cabeza para poder leer las frases dibujadas en la espalda de la chica. Solo así pudo averiguar por fin su significado: «Gracias por dejarte pintar». Damián observó con una sonrisa a Carla mientras leía en voz alta la frase. Al acabarla, ella esbozó otra que le iluminó la cara.

—Sé que no es exactamente tu cara, ni tus medidas están clavadas, pero bueno, lo pinté en mi casa, y en mi casa no estabas. Te pinté de memoria.

Carla seguía mirando el cuadro, manteniendo su sonrisa y observando de soslayo a Damián que por vez primera se mostraba algo nervioso. Para disimularlo, bebió lo que le quedaba en la copa e invitó a Carla a acompañarlo a por otra. Fueron en busca de una bandeja de bebidas y cuando la encontraron, ya con los tintos en la mano y después de un intercambio de frases banales sobre la exposición y el curso en general, Carla retomó el cuadro de Damián.

—¿Por qué me pintaste en tu casa? Quiero decir, así, de memoria...

—Porque si hubiera pedido que vinieras a mi casa me habrías dicho que no.

—Quién sabe...

Carla respondió como un muelle, ni siquiera pensó la respuesta. Lo que sí pensó era que si había dicho eso era porque su subconsciente estaba dándole pistas de lo que quería en realidad. Dejó de darle vueltas a eso porque Damián seguía hablando:

—¿Y si te pido que vengas ahora?

—¿Para pintarme?

—Me encantaría retratarte tal y como apareces en mi cuadro. Me refiero a dibujar encima de tu piel. Quiero que seas mi lienzo.

La idea le pareció descabellada pero también arriesgada y atractiva. Las tres a la vez. Carla recordó el día en que se desnudó para que el resto de alumnos la pintaran. Y si eso fue excitante, que alguien pinte directamente sobre tu cuerpo tenía que ser doblemente excitante. Sintió una especie de morbo incontrolable

que le recorrió el cuerpo y no se lo pensó dos veces:

—Y a mí me encantaría que me dibujaras. Lo que sea.

La casa de Damián era un pequeño apartamento en el barrio de Lucero. Ordenado y estético. Cocina americana, un baño pequeño y un salón que hacía las veces de habitación. De detrás de la mesa del ordenador sacó una caja llena de material para hacer *body painting* y miró a Carla.

—Un refresco primero, ¿no? —propuso ella.

—Por supuesto. Tengo la nevera vacía pero voy abajo a por algo de beber. Mientras, si quieres, puedes darte una ducha. Hay toallas detrás de la puerta.

Damián salió y Carla se quedó sola en la casa. En la casa de un desconocido. Porque, qué sabía ella realmente de ese pelirrojo simpático. Nada. Podía ser el típico tío amable que se lleva las chicas a casa para pintarlas y después emborracharlas hasta perder el conocimiento. Pero no. No tenía ese aspecto, ni tampoco era tan raro ni tan introvertido como para que le sorprendiera con un comportamiento así. Era transparente. Y como persona transparente que era sabía perfectamente que la intención de Damián era sana. Carla no se lo pensó mucho y se metió en la ducha. Buscó entre los botes del estante y usó uno de champú de marca. De marca buena. Porque todo lo demás eran marcas malas, que no llegaban ni a marca blanca. Debía ser que lo único que valoraba de verdad era su pelo. Mientras se enjabonaba con la espuma del champú el cuerpo no pudo evitar reírse de ella misma y de la situación en la que se encontraba. Perfectamente podía no estar allí y continuar en la exposición viendo bodegones, o estar en casa viendo la tele, o con Lidia bebiendo mojitos. Incluso con Pedro paseando. Pero no, estaba en la casa del pelirrojo del curso, desnuda en su ducha y esperando a que pintaran sobre su propio cuerpo. Este tipo de cosas eran las que deseaba que le ocurrieran ese verano. Decidió que tenía que ser así, y así estaba siendo.

Cuando regresó Damián Carla estaba de pie frente a la ventana, la única ventana, tapada con un albornoz. «Qué bien le queda mi albornoz», pensó él al verla. Pero lo que dijo fue:

—He traído zumo de piña y cocacolas. No había más en el chino de abajo.

—El zumo de piña me encanta. Dame una CocaCola.

Damián le entregó una, pero Carla cogió finalmente el zumo. Él no entendía nada, y ella se divertía jugando con él.

Mientras el atrevido pintor preparaba las pinturas Carla elegía música para poner en la microcadena musical. Escogió un disco de Jack Johnson. Entonces, mientras sonaban los primeros compases de la primera canción, Carla obedeció una orden de Damián y se colocó frente a él. Este, con una mirada cálida y cómplice, invitó a Carla a despojarse del albornoz. Y así lo hizo,

dejando que se desliara hasta caer al suelo. Damián lo retiró y volvió a ella para recorrer con sus ojos cada centímetro de su piel. Lo hizo con naturalidad, con profesionalidad. Examinando qué partes le podían venir mejor o peor para su mural. La calma con que lo hacía le proporcionaba a Carla una especie de placer interno. Después de escrutarla por completo, tras unos minutos intensos de exploración, Damián decidió:

—Voy a convertirte en un árbol.

La mezcla de pinturas de aceite y maquillaje especial para el cuerpo que recibía Carla en el suyo, le producía de todo menos cosquillas. Damián trabajaba con seriedad sobre el cuerpo de su compañera de curso. Deslizaba los pinceles con delicadeza. Y cuando no eran los pinceles, eran sus propios dedos los que extendían los colores adecuados en la piel de Carla.

Empezó por los pies. Siguió por las piernas. De pronto estaba perfilando las caderas. Que la cara de Damián estuviera en frente de su zona púbica no hacía más que incrementar el morbo. A lo mejor una profesional del *body painting* lo hubiera visto como algo normal, pensaba Carla, pero para ella era algo excepcional. Ella de pie, y él sentado en un taburete con su cara a escasos centímetros de su monte de Venus. Cerró los ojos para sentir con más fuerza el pincel, y eso no pasó inadvertido para Damián. Por eso ralentizó sus movimientos. A cada pasada del pincel por su pubis ella se estremecía levemente. Igual que cuando llegó al ombligo. O a las nalgas. Sentir el recorrido le gustaba horrores.

El árbol iba tomando forma. El tronco estaba casi hecho y era momento de dibujar las ramas y las hojas. Antes de seguir hicieron un pequeño descanso en el que se terminaron las bebidas que había traído Damián, acompañadas con unos panchitos que tenía por ahí. A esas alturas la situación se había naturalizado tanto que Carla no tuvo que taparse para la pequeña merienda. Se sentía cómoda y veía a Damián como un profesional que la estaba pintando. Además, hubiera estropeado su obra.

La segunda parte del dibujo transcurrió por los mismos derroteros: morbo y relax. Carla llegó a tal punto de relajación que pensó que podría dormirse. La traba era que estaba de pie. Aun así estaba en la gloria, disfrutando de cada pincelada, de cada mirada de Damián. Cuando llegó a los pechos Carla no pudo evitar que sus pezones reaccionaran en contra de la gravedad. El roce del pincel por la aureola del pezón le hizo cerrar los ojos y contenerse. Damián pudo ver cómo Carla abrió ligeramente la boca soltando un ligerísimo gemido de algo parecido al placer. Sintió tentaciones de extender la pintura con sus dedos pero prefirió seguir con el pincel. Carla continuó el resto del tiempo con los ojos cerrados, sintiendo cada pequeño brochazo como si

fueran bocados de sensualidad.

Así el trabajo continuó hasta que se convirtió en un árbol. Damián se alejó para observar su obra.

—Podía haber quedado mejor pero no está mal.

—Espero que no lo digas por la modelo...

—Lo digo única y exclusivamente por el pintor —dijo mientras sacaba una cámara fotográfica—. ¿Te importa que te haga una foto?

—No, si me prometes que me las vas a mandar por email.

—Prometido. —Y sacó la foto.

Carla se miró en el espejo del baño y quedó encantada de verse como un árbol. Casi no se reconocía. Las formas eran tan reales que le costaba encontrar las partes de su cuerpo. Su alegría hacía enorgullecerse a Damián que no podía ocultar su satisfacción por el trabajo bien hecho. Después de estar ambos observando el árbol durante un rato, Damián la invitó a cenar.

—No, gracias. Si no te importa, me ducho, me quito la pintura y me voy.

—Vale, como quieras. Ya sabes dónde está la ducha...

En el tono de Damián no había ningún reproche, o nada que denotara tristeza o derrota porque ella quisiera irse. Eso lo hacía todo más raro aún, pero a la vez tan natural que Carla, a pesar de saber que esa noche podían hacer otro tipo de *body painting*, prefería irse, quedarse con el recuerdo de la sesión de pintura. Se llevaba ese recuerdo con la firme intención de practicarlo en el futuro con alguien si cabe más especial que el simpático pelirrojo. Cuando Carla terminó de ducharse se vistió, se despidió de Damián y salió de su casa. Mientras bajaba por la escalera el nombre que le vino a la cabeza, sin quererlo, fue el de Pere.

5. NO ME IMPORTA QUE ME MOJES

El teléfono sonó mientras Carla soñaba con que sonaba el teléfono, o eso le parecía a ella, aunque seguramente lo había incorporado a su sueño cuando lo oyó sonar. En cualquier caso respondió pensando que odiaba cuando le despertaba el teléfono, porque parecía el comienzo de una novela o un capítulo cuando no saben cómo comenzar. Enseguida reconoció a su amiga Lidia y sonrió inconscientemente.

—Lilita, son las once de la mañana y es sábado, ¿qué pasa?

—Anoche tuve sexo telefónico con un chico Croata y fue fantástico. Te lo tengo que contar...

—Benetton te debería dar una comisión por tu trabajo por la unión entre naciones, embajadora.

—Pero qué graciosa te has levantado, ¿no? Voy para tu casa con bollitos y cervezas para luego. —Y colgó sin despedirse. Carla pensó que le hacía mucha gracia que Lidia casi nunca se despediera por teléfono, porque era la única persona que conocía que lo hiciera y le recordaba a las películas americanas, donde nunca se despiden ni quedan en un hora en concreto. Claro que Lidia se podía permitir esas cosas porque su vida era mejor que cualquier película de ficción, comedia, thriller o erótica.

Tumbadas las dos en el salón de Carla entre cojines parecían dos emperatrices romanas, sólo que en vez de comer uvas disfrutaban de un té de vainilla y palmeritas de chocolate.

—El croata se llama Tomislav y es guapísimo, guapísimo, ¡guapísimo! Es carpintero.

—¡Como José! Qué bíblico. Pero vete al grano, al sexo telefónico.

—Jolín, espera que cuente los preparativos...

—¿Preparativos?

—Los preliminares, que no me salía la palabra.

—Preparativos me gusta más. Te imagino con gorrito de cumpleaños preparando sándwiches de atún con mayonesa —rio burlona.

—Bueno, es que no me puedo creer lo guapísimo que es.

—Sexo telefónico por favor...

—Bueno, el caso es que le he conocido porque Fabiola, una compañera de trabajo, fue a Croacia de vacaciones y conoció a un chico muy majo y está en contacto con él, en plan amigos, claro, porque Fabiola es lesbiana.

—¿Fabiola? Hacía años que no oía ese nombre.

—Escucha, el caso es que empezamos a hablar a través del chat de Fabiola en el trabajo, y después le di mi contacto, y bueno, el caso es que hemos

hablado toda la semana por teléfono, claro y al final... pues eso... que hemos acabado teniendo sexo telefónico.

—Ah, claro, ¡lo normal! Pero, ¿vive aquí?

—No, en Croacia. ¡Ha sido fantástico! Creo que me he enamorado de él, en serio te lo digo. Cuando llegué al... vi una luz.

—¿Una luz? Sabes que estás para que te encierren, ¿verdad? —contestó irónica Carla.

—En serio, vi una luz y me sentía muy ligera.

—Lo de ligera si me lo creo.

—Que te digo que fue muy especial.

—No te comas la cabeza Lidia, fue un orgasmo fantástico y ya está. Eso lo ha hecho tu cuerpo y tu mente, no el croata. ¡Pero si ni siquiera estaba ahí!

—Di lo que quieras pero yo creo que me he enamorado de él. Enciende el ordenador que te voy a enseñar una foto.

Ambas pegaron un brinco como dos quinceañeras a punto de comprar la última entrega del SuperPop y se inclinaron a ver la foto del croata. Carla dejó escapar un grito de sorpresa y exclamó: «¡Es guapísimo!»

—Te lo he dicho —contestó Lidia satisfecha pegando un sorbo de su té en una taza muy azul.

—Pues no me extraña que vieras la luz. Yo hubiera visto la luz y una traca valenciana.

De repente sonó un ruidito característico en el email que indicaba que había recibido un correo. Carla miró instintivamente y enseguida reconoció que era el email de Pedro, más que nada porque ponía «Pedropedro».

—Odio cuando las direcciones de emails ponen dos veces el mismo nombre —decía Lidia—, ¿te imaginas que el del croata fuera tomlavtomislav?

—Bueno... a ver qué quiere. Qué raro que me envíe un email. Casi nunca nos enviamos emails. —Carla lo abrió y vio que solo había escrita una frase: «Pequeña, mira esto. He pensado que te puede interesar»— Si supiera lo que me repatea que me llame *pequeña*.

—¡Díselo!

—Me da corte, para una cosa que me dice con cariño... Vamos a ver qué me envía...

El archivo contenía un folleto publicitario de un curso de fotografía en las afueras de Madrid.

—A este hombre se le ha ido un poco la olla —dijo Carla sin dejar de leer la información.

—A mí me parece que tiene buena pinta. ¡Aprovéchalo, tonta!

—La verdad es que estoy más que aburrida en el trabajo. ¿Sabes lo que voy

a hacer? Me voy a inventar una excusa y me voy a dar de baja unos días en la empresa y así voy tranquilamente al curso de fotografía. Necesito desconectar y pensar. ¿te parece muy irresponsable?

—¡Saca unas cervezas para celebrarlo! —dijo Lidia animada.

—Sólo son las doce de la mañana. Mejor saco champán —dijo Carla aún más animada, pero al saltar de la silla del ordenador se torció tontamente el pie derecho y sintió un dolor increíble.

—Me.... ¡Creo que me he roto el pie! Me vas a tener que llevar a urgencias Lidia, pero primero ayúdame a ir hasta la cocina.

—¿Para qué?

—Para coger el champán.

Media hora más tarde las chicas aparecieron en urgencias, riendo y con la botella de champán en la mano. Una enfermera con cara de haber visto demasiadas cosas en su vida laboral como para aguantar tonterías le dijo con una voz rotunda a Lidia:

—Suelta a tu amiga y la botella de champán y comportaos como adultas, que esto es una sala de urgencias.

Ambas agacharon la cabeza como dos niñas recién reñidas por el director del colegio y dijeron al unísono: «Perdón», con tanta sinceridad que la enfermera se sorprendió gratamente de su hasta ahora desconocida dote de persuasión. Entonces le tomó los datos a Carla y le dijo con orgullo de haber hecho bien su trabajo: «Ahora te atenderá mi compañero».

Miraron con curiosidad, y vieron a un chico con bata muy blanca y ojos muy marrones acercarse a ellas con una sonrisa de medio lado y cara de ángel malo.

—Lidia, ¡creo que he visto la luz! —susurró Carla.

Dejaron escapar una risa nerviosa pero la enfermera-comandante les clavó la mirada y ellas se pusieron serias al instante.

—¿Han bebido ustedes? —fue lo primero que le dijeron esos ojos tan marrones y expresivos.

Carla se sintió fatal porque le hubiera llamado de usted y con ese tono, como si estuviera hablando con unas alcohólicas empedernidas, e intentó arreglarlo.

—Muy poco, es que estábamos celebrando que me voy a dar de baja en la empresa.

—Eso no lo sabemos todavía. A lo mejor es una lesión sin importancia.

—No, si lo de darme de baja ya lo había decidido antes de hacerme daño doctor —e inmediatamente se sintió ridícula por llamarle doctor, como si estuviera en el guion de una peli porno barata.

Lidia no pudo aguantar la risa, porque sabía de sobra el efecto que tenía en Carla el gremio sanitario y las batas blancas.

—No soy médico —dijo el chico sonriendo—, soy enfermero, pero creo que de momento yo te sirvo.

—Y tanto —dijo Lidia en voz baja mientras se sentaba en la sala de espera.

El enfermero alcanzó una silla de ruedas y le hizo un gesto a Carla para que se sentara y le llevó a una sala al final del pasillo. Ya sentada en una camilla, el enfermero pudo comprobar que Carla tenía un esguince y le dijo que iba a limpiar la zona para ponerle una venda.

—Gracias, no me importa que me mojes —dijo Carla sin pensar.

El chico se dio la vuelta para aguantarse la risa y Carla hizo lo peor que se puede hacer en esos casos: pedir disculpas.

—Perdone doctor, que diga enfermero, es que estoy un poco nerviosa.

—Bueno, no te preocupes —contestó divertido el enfermero mientras le limpiaba el tobillo—, vamos a hacer una cosa: te digo mi nombre y así no te lías más, ¿vale?

—Vale —contestó Carla aliviada.

—Me llamo Eustaquio.

—¿Cómo?

—Eustaquio. Ahora sí que te puedes reír a gusto si quieres.

—¡No, no! Es que nunca había conocido a nadie con ese nombre. Sólo eso.

Eustaquio, a pesar de su nombre, era de esos hombres que resultan atractivos hasta para los que no miran mucho a un tío, salvo si es futbolista. Qué pose, qué mirada, qué saber estar y qué bien hablaba. Además tenía ese algo que no se sabe muy bien qué es, pero que hace que las personas luzcan en vez de apagarse. Y en esa habitación había mucha luz. Y no solo por él, también por Carla, que tenía los ojos como dos farolas. Coqueta, se dejó limpiar el tobillo con un paño húmedo, y después, que le colocara una pequeña venda. Los dedos de Eustaquio, que rozaban constantemente el pie de Carla, eran, al juicio de ella, unos de los dedos más impresionantes que había visto en su vida. Completos: belleza, grosor, suavidad, firmeza... El pensamiento del enfermero al rozarle la piel era de «Qué suave está, qué pies tiene la tía». Y le miraba a los ojos. El cruce de miradas durante el vendaje fue continuo. Casi sin hablar, pero diciéndoselo todo con el pie y la mano.

Al levantarse, Carla comprobó que podía andar, aunque todavía le dolía un poco.

—En una semana estarás otra vez corriendo. Andando, quiero decir. Bueno, todo —dijo sonriendo Eustaquio. Carla también lo hizo—. ¿Te ayudo a salir? —se ofreció el enfermero.

Carla pensó que no hacía falta, porque estaba Lidia fuera, pero no desechó su ayuda. Prefería que le ayudara Eustaquio. Lidia les vio salir y supo enseguida que Carla estaba exagerando la cojera. Se escondió un poco para espiarles.

—No veo a mi amiga, qué raro —decía Carla mirando a todos lados y realmente extrañada.

Eustaquio, después de pensárselo y respirar hondo, le dijo a Carla:

—En media hora acaba mi turno, si quieres me esperas y te llevo adonde me digas. Tengo coche, gasolina y unos vales de comida en un restaurante de diseño japonés.

Carla se limitó a sonreír. Un ligero gesto de aprobación sirvió para cerrar el trato. Mientras Eustaquio finiquitaba su jornada Carla esperaba sentada en las sillas de la sala principal. A los pocos minutos, mientras pensaba en cuánto le gustaba el sushi, se sentó a su lado una chica muy parecida a Lidia. Tan parecida, que era ella misma.

—¡Lidia!

—¡Carla!

—Creía que te habías ido de verdad.

—Eso es lo que tenía que haber hecho, pero no. Me escondí.

—¿Esconderte? No entiendo nada...

—Os vi tan felices saliendo de la consulta... Tú tan frágil, y él que quería cuidar tanto de ti, que... decidí dejaros solos. Además, tú estabas exagerando la cojera para ligártelo, que te conozco.

—Tú que me vas a conocer...

Las dos se miraron y al instante se echaron a reír como locas. Un familiar de algún enfermo cualquiera las miró recriminándoles el jaleo. Ellas achantaron y volvieron a hablar bajo.

—Pues sí —decía Carla—. Me ha invitado a cenar y a llevarme donde yo quiera.

—Espero que te lleve al séptimo cielo. Yo me voy, que me espera mi croata.

Lidia se fue y Carla se quedó esperando a Eustaquio. La media hora se convirtió en cuarenta y cinco minutos. Y los cuarenta y cinco minutos en una hora. Cuando Carla se levantó impacientada por la tardanza el enfermero llegó por detrás. Le tocó con un dedo el hombro y ella se giró. Se topó con la cara de él y un ramo de rosas.

—Se lo habían traído a la Sra. Jaraba, pero como se ha muerto... para ti.

A la salida del hospital, Carla fingió que un golpe de viento le había tirado las rosas a un cubo de basura. Eustaquio se ríe por la imaginación derrochada, y eso le gustó más todavía. Montaron en su coche, un Renault Megane granate

seminuevo, y salieron del hospital.

El restaurante era totalmente japonés, vamos que no había ni un solo detalle que diera a entender que ese local estaba en Madrid. El menú estaba compuesto de una ensalada de algas para compartir, unos pequeños rollitos de arroz también llamados «Hamachi mahí», y sushis a mansalva para hartarse de pescado crudo. De postre comieron una trufa cada uno. La comida, socialmente hablando, transcurrió divertida. Sin nervios, sin meteduras de pata, sin sal. Por eso pidieron un salero. Eustaquio, además de no poder dormir con ni siquiera una rendija de luz, era incapaz de comer sin sal.

—Sé que algún día me la prohibirán —decía—, pero mientras tanto... —y se echaba más—. La sal es la sal de la vida.

A Carla, más que un tío extraño le parecía una persona peculiar. Hablaron casi todo el tiempo de hospitales, de urgencias, de medicinas, de pacientes pesados, de pacientes impacientes, de *House*, la serie. A Eustaquio le gustaba *House* tanto como a ella, lo que hizo que la conversación fuera más cómoda todavía. Lo que más le gustó a Carla fue que en toda la cena no hizo ninguna pregunta personal. Nada de si tenía novio, con quién vivía, a qué se dedicaba... Mientras él hablaba de los malos rollos entre las enfermeras, o de que si el Miolastan está sobrevalorado. A Carla le estaban dando unas enormes ganas de besarle y cortarle su parrafada. Sólo pensaba en eso. Le dio tiempo a observar cómo sus labios se movían a la vez que propulsaban las palabras que luego llegaban a sus oídos. Cómo se le arrugaba la barbilla, cómo sus dientes se acoplaban perfectamente a una sonrisa que podía hipnotizar a cualquier chica dispuesta a escuchar. Y a no escuchar. Era una sonrisa potente, y como potente que era, daba igual todo lo demás.

Carla perdió el hilo. Lo supo cuando vio que Eustaquio estaba esperando una respuesta que no llegaba.

—¿Te pasa algo?

—No... —disimuló ella—, estoy pensando lo que has dicho.

—Sólo tienes que decir sí o no.

Después de pensar poco, Carla se decidió por un:

—¿Sí?

—¿Sí? Perfecto, pues pagamos y nos vamos.

Eustaquio pagó, cosa que agradeció Carla, y salieron del restaurante. Carla no tenía ni idea de a dónde iban. Pero como no quería reconocerlo por no descubrirse como una mujer que no escucha a su interlocutor porque no piensa más que en besarle, decidió que sería mejor dejarse llevar, improvisar. Montaron en el coche. Eustaquio, mucho más contento que antes, puso un cd de música folk búlgara y arrancó. Salieron de la ciudad y después de cincuenta

minutos de viaje estaban en medio de la montaña, en plena Pedriza. Hasta que al llegar al final de un camino de tierra se encontraron con una casa grande:

—Te lo dije, un sitio increíble.

—Sí... —dijo Carla olvidando ya que tenía que disimular.

Era una enorme casa de campo, preciosa, rodeada de un paraje espectacular. Y alrededor, salvo naturaleza, nada. Sólo se oían los grillos nocturnos y el correr del río. Salieron del coche y se dirigieron a la casa. A Carla ya no le quedó duda de qué era lo que le había preguntado Eustaquio en el restaurante. Se detuvieron frente a la puerta para que el enfermero abriera, pero no pudo ser. Por más que buscó en todos sitios, la llave no estaba. Se le había olvidado cogerla. A Carla se le cayó el gozo en un pozo y Eustaquio se cogió el cabreo del siglo. El típico enfado desorbitado con esas cosas en las que no te va la vida pero que molestan. Más bien joden. Duran apenas unos minutos pero son muy intensos. Tan intensos como una carrera de cien metros lisos.

Cuando el carácter volvió a templarse no pudieron más que reírse de la situación. ¿Qué podían hacer?, la noche ya era cerrada y a esas horas, en la montaña, refresca. Se metieron en el coche con la firme idea de volver a Madrid, pero el regreso no fue inmediato. Entre risas y buen rollo, una cosa llevó a la otra y Carla, siendo fiel a su lema del verano, se dejó llevar. Se besaba apasionadamente con el enfermero. El enclave era bucólico y hasta romántico. Se quitaron la ropa delante, pero el polvo, dulce y suave, fue detrás. Con los ruidos de la noche en la montaña hicieron el amor. Después, todavía desnudos, miraban por la ventanilla empañada la Vía Láctea rodeada de estrellas, disfrutando de una noche mágica, del final de un día sorprendente. Esos típicos días que te levantas a las once de la mañana en casa y acabas a las tantas de la noche en el asiento de atrás de un Renault Megane de un enfermero en La Pedriza. Por lo menos en eso pensaba Carla. Eustaquio repasaba las veces que había llevado allí a una chica y se le habían olvidado las llaves.

Al día siguiente, cada uno ya en su casa, todo seguía igual que antes de acudir al hospital, aunque ahora además tenía las muletas que había guardado en un altillo con la esperanza de no volver a utilizarlas. La sonrisa potente del enfermero y el polvo que fue tan correcto como fugaz había desaparecido y lo que ocupaba la cabeza de Carla era el curso de fotografía. Se impartía en un pequeño pueblo a sesenta y nueve kilómetros de distancia. Carla se alegró de estar de baja porque si no, habría tenido que inventarse un montón de mentiras complicadas con las que podía acabar por vérselo el plumero. Le pareció una especie de buena señal. Además, se encontraba fenomenal. Se levantó aquella mañana muy contenta de estar libre, laboralmente hablando. Ni siquiera tuvo que personarse en la empresa para llevar el justificante del médico, se lo dejó

a Pedro para que lo llevara y explicó por teléfono que no podía moverse, que le dolía el pie. No le apetecía nada tener a todos en la oficina alrededor preguntando cómo estaba por puro cotilleo y por levantarse de sus aburridos puestos de trabajo, que encajaban a la perfección con la aburrida postura que tenían ante la vida.

Odiaba que la gente le agobiara y sobre todo ser el centro de atención. Por eso no le gustaba nada el día de su cumpleaños. Le ponía muy nerviosa que todos estuvieran pendientes de ella. Le incomodaba mucho. Aun así habló con un par de compañeros que le llamaron cuando se enteraron de su baja, a sabiendas que les preocupaba mucho más enterarse de lo que ocurría para tener un tema de conversación que su estado de salud. Luego apagó el teléfono y buscó la bolsa que le había dado su enfermero para ducharse. Lo hizo todo con mucha tranquilidad y a pesar de lo dificultoso que se le hacía cada movimiento cotidiano seguía de muy buen humor. Seguramente era porque su hermano se había ofrecido a llevarla al pueblo donde se impartía el curso. Tenía un par de días libres para arreglar los papeles del piso que estaba vendiendo. El piso lo compró con su exnovia y había tardado cuatro años en decidirse a venderlo.

A Carla le entusiasmaba lo novedoso de la situación. Ambos tenían el día libre y se sentía como cuando hacían novillos en el cole. Carla y Dani eran unos hermanos muy peculiares. Jamás en la vida se habían peleado. De pequeños, eran la envidia de todas las madres. Carla no se podía imaginar una infancia mejor que la que tuvo con su hermano, compartiendo juegos, gamberradas y, a pesar de ser chico y chica, muchas confidencias.

Dani apareció puntual, con sus diez minutos de retraso. Ya en el coche, Carla no tardó en darse cuenta de que su hermano no se había ofrecido por hacerle un favor simplemente, sino porque no quería estar solo el día que firmaba la venta del piso, que era como firmar el final de un capítulo importante de su vida. Carla lo conocía perfectamente y sin mirarlo siquiera supo que estaba afectado.

—¿Estás bien? —le preguntó colocándole un rizo de su indomable pelo que se le había salido del cuello de la cazadora.

—¡Claro! —dijo él con falso optimismo.

—¿Le has visto, verdad?

—¿A quién?

—A quién va a ser, a Santa Teresa. —Carla llamaba así a su excuñada porque le parecía una mojigata. Luego resultó no serlo tanto, cuando dejó a su hermano por su jefe veinticinco años mayor que ella y podrido de dinero.

—Sí —contestó finalmente Dani serio.

—¿Y qué se cuenta la mosquita muerta?

Dani sonrió levemente. Carla sabía perfectamente que su sarcasmo le ponía de buen humor y acababan riéndose de cualquier situación, por muy mala pinta que tuviera.

—La mosquita muerta te manda recuerdos —dijo su hermano entrando en el juego.

—¡Será zorra!

—Un respeto, que es tu excuñada, hermanita.

—Esa a mí esa no me toca nada de nada. Sabes que cuando se trata de ti no atiendo a razones. Es una zorra y punto. ¿Ha ido con su «abuelo» al notario?

—Ha ido con su amiga Nuria. Ya hemos firmado y está todo arreglado. El viernes me hacen el ingreso.

Dani intuyó la preocupación de su hermana y dijo:

—Estoy bien, sólo quiero rellenar este día lo antes posible con otras cosas para olvidar esta mañana. ¿Por qué no me cuentas algo?, lo que sea por favor, con tal de no pensar. No es por ella, ¿sabes?, es por la situación en sí. Me acuerdo de lo mal que lo pasé. Del día que me dejó, que lo tengo grabado a fuego. Es como un tapiz en el que no se destiñen los colores, estaba tan sorprendido que te juro que pensaba que me estaba gastando una broma. No me lo podía creer.

—Bueno, piensa en el lado positivo, el viernes tendré un hermano forrado. Y cambiando de tema ya ¿sabes llegar a este sitio?

—Sí, Pedro me ha enviado por fax las instrucciones. Le dije que tenía ^{GPS}, pero ya sabes cómo es.

—Sí, tan organizadito como siempre. A veces creo que lo hace para fastidiar a los demás.

—¡Qué mala eres! —dijo riéndose—, yo pensé que te ibas a arrepentir de venir, por la pata coja.

—De eso nada, me apetece de verdad. Tengo una buena sensación sobre este curso: No sé, será porque no tengo que ir a currar. Estoy muy contenta de cambiar de aires.

—Voy a parar a echar gasolina. ¿Quieres una chocolatina?

—Sí, porfa, una chocolatina y que quites la capota. Hace un día...

—¡A sus órdenes!

Carla apoyó su barbilla en la palma de la mano y dejó que sus ojos pasearan a su antojo por el paisaje. Su hermano puso música chill out y Carla experimentó uno de esos pocos momentos en la vida en los que uno se siente plenamente feliz.

De repente sus ojos dejaron de divagar y se dejaron fascinar por las luces de

un una empresa de lámparas. Le encantaba ver muchas luces juntas, como cuando llegas a tu destino después de un viaje y divisas a lo lejos la ciudad. Siempre se preguntaba qué estaría haciendo cada persona en esa ciudad, en ese instante. Cuántos estarían haciendo el amor o cuántos estarían cocinando o tristes. Y sobre todo, ¿cuánta factura de la luz pagarían las tiendas de lámparas?

Al poco tiempo pasaron por delante de un prostíbulo. Este tenía menos luces que la tienda de lámparas, pero una figura iluminada de una mujer cabalgando encima de un caballo se iluminaba cuando ella galopaba y se apagaba cuando se retiraba. Carla se quedó pensando y, como si hablara para sí, le dijo a su hermano:

—¿Crees que ahora que las mujeres que cada vez estamos más ocupadas acabaremos solucionando nuestras necesidades afectivas con profesionales? En cualquier caso, «los profesionales» para las mujeres son más discretos. Aunque estos así de carretera no vendrían nada mal para pararse a tomar una copa y pagar, aunque solo fuera para charlar cuando necesitaras hablar.

—¿Para hablar? Madre mía, ¡por eso no hay clubs de carretera para chicas! No habría dinero para pagar eso...

—Nos reímos, pero es una agresión sexual, pagar por sexo.

—Sí, pero, ¿podemos hablar de cosas banales estos días, hermanita?

—Tienes razón, Daniel —dijo Carla mientras le tiraba de los rizos del pelo.

Ambos sonrieron y Carla hundió la cabeza en el asiento, cerró los ojos y se dejó acariciar por el sol y el aire templado.

Cuando llegaron se quedaron fascinados por el olor a campo y a limpio. Era una especie de pequeño poblado formado por casitas de madera, situado en lo alto de una montaña desde donde se podía ver el pueblo. Las casitas eran acogedoras y con un intenso olor a madera y a pino, ya que estaban rodeadas a su vez por un enorme pinar. Era un sitio de recreo donde además de impartir todo tipo de cursos hacían retiros espirituales.

—Este sitio es maravilloso, ¡qué paz! —dijo Carla ayudando a su hermano a sacar su maleta.

De repente apareció de entre los pinos una mujer que se dirigió hacia ellos con un andar tan suave que más bien parecía estar levitando. Llevaba un vestido largo y blanco e iba descalza con el pelo suelto, castaño claro y muy liso. Era muy guapa y todo en ella era luz, su expresión y sus ojos eran de un marrón tan claro que con la luz del día parecían amarillos. Llevaba una campanilla en un collar y cuando estuvo cerca de ellos se presentó: «Hola, soy Sara», se acercó a Carla y le dio un abrazo demasiado largo y cálido para alguien al que acabas de conocer, pero la verdad es que a Carla le gustó,

porque su pelo olía muy bien, a acondicionador, un olor dulce y afrutado, y su vestido a incienso. Luego se dirigió a Dani y le abrazó con la misma intensidad, dijo que iba a por las llaves de la cabaña y desapareció por donde vino. Entonces apareció un chico joven, también vestido con camisa suelta ibicenca y pantalones blancos, que caminaba hacia ellos. Carla y Dani se miraron, y Dani le susurró:

—Como siga saliendo gente de blanco prepárate para raparte la cabeza y jugar con gatos muertos. —Se aguantaron la risa como pudieron y se presentaron al chico. También era muy guapo y tenía los ojos muy claros, marrón-amarillo, por lo que enseguida adivinaron que estaban emparentados.

—Hola, soy Raúl —dijo muy animado—, el primo de Sara —y se acercó a ellos y les dio un abrazo con la misma calidez que Sara—. Venid, os enseñaré vuestra cabaña.

Entonces se dirigió a Carla, y le preguntó:

—¿Qué te ha pasado en el pie? —Y mientras Carla se disponía a contestar, el chico que tenía los brazos como acero para barcos, le cogió en brazos sin previo aviso y se encaminó hacia la cabaña.

—Anoche llovió y el suelo está un poco mojado —dijo tranquilo.

Dani se quedó tan asombrado que no dijo ni palabra y cogió las maletas para seguirles. Cuando se quedaron solos en la cabaña Carla y Dani se miraron y rompieron a reír.

—Vaya con la escenita de *Oficial y caballero* —dijo Dani entre risas—, se te ha quedado una cara...

—¡Qué tonto eres! —dijo Carla también riéndose y roja como un tomate.

Dani abrió las ventanas de par en par y echó un vistazo a la casa. Era pequeña, pero tenía dos dormitorios y un comedor muy aprovechado y coqueto con una chimenea, y sobre todo unas vistas al pueblo impresionantes. Miró por la ventana, pensativo, y respiró profundamente.

—Qué bonito es esto, ojalá me pudiera quedar yo también a hacer el curso.

—¡Quédate! —dijo rápidamente Carla.

Dani volvió a mirar por la ventana.

—La verdad es que me da cosa dejarte sola con la pata así. Además, tu profe tiene un polvo.

—¡Qué morro tienes! Así que es por la profe *hippie*, ¿eh? Venga, ¡quédate, por favor!

—Vale, me quedo.

—¡Bieeen! —dijo Carla entusiasmada, e hizo el ademán de saltar encima de la cama para celebrarlo, pero enseguida desistió por el dolor que le dio sólo por el intento. Dani miró el móvil y se dio cuenta de que no tenía cobertura.

—Voy a bajar al pueblo para avisar de que no voy a currar estos días. Espérame aquí, ¡lianta!

Carla se tumbó en la cama sonriendo con las manos apoyadas en la nuca, y pensó: «Estas van a ser mis vacaciones».

Los primeros días de la semana transcurrieron tranquilamente. Sara, la profesora, le dejó una cámara a Dani para que pudiera asistir a sus clases y enseguida le prestó más atención a él que a los demás. Tal vez porque la mayoría eran chicas, y porque Dani tenía un carisma especial que atraía a la gente sin ser siquiera consciente de ello. Las demás chicas también estaban bastante pendientes de lo que hacía o dejaba de hacer el hermano de Carla. Y es que el cuerpo fibroso que le había proporcionado su afición por la escalada y sus rizos rebeldes no habían pasado inadvertidos.

Ambos lo estaban pasando de maravilla. Se reían todo el día con esa complicidad en el humor que compartían y que se tiene con muy pocas personas. Por las noches se sentaban en el porche de su casita tomando el fresco y una cerveza, y comentaban «las jugadas» del día. Carla se estaba divirtiendo mucho con la situación de acoso que estaba viviendo su hermano.

—Las tienes a todas locas, hermanito.

—Porque no hay casi chicos. Es curioso cómo se forman a veces pequeñas microsociedades en estos cursos.

—Ya, ya... Tú hazte el modesto pero eres un rompecorazones.

El jueves al finalizar la clase, la gente se bajó al pueblo a tomarse unas cañas pero Carla y Dani decidieron quedarse por el poco manejo que tenía aún Carla con las muletas. Bueno, Dani bajó a tomarse una rápida con su «Harén», con la excusa de subir una buena botella de vino para tomarlo esa noche. Casualmente, Sara y Raúl también se quedaron para preparar la clase del día siguiente y Carla les invitó a cenar en el porche. Así que cuando llegó Dani estaban todos esperando con la cena puesta.

Carla fue un momento a la cocina para ayudar a Dani con el vino y cotillear.

—Espero que no te haya molestado que haya invitado a caperucita roja y el lobo feroz.

—¿Cuál de todos es el lobo? —dijo con una mueca divertida.

—Ella, por supuesto, que tiene unas ganas de hincarte el diente... Eso sí, ha hecho una cena riquísima, vegetariana.

Entonces entró Sara y dijo:

—¿Necesitáis ayuda, chicos?

Carla sonrió y salió de la cocina. Dani y Sara se entretuvieron un poco hablando y probando el vino y cuando salieron Raúl se había quitado la camiseta y le estaba haciendo una impresionante exhibición de capoeira a

Carla. Ella miró a su hermano con una sonrisa que no le cabía en la cara, y dijo entre dientes:

—Hace capoeira...

Dani le dio una servilleta y le dijo:

—Toma, la necesitas.

Y tanto que la necesitaba. Estaba embobada con Raúl y sus movimientos, que delataban sus músculos en tensión. Intentó disimular bebiendo un sorbo de vino y volvió a centrarse en Raúl, que seguía con la exhibición de capoeira y parecía no cansarle nunca. Después de casi quince minutos de movimientos para allá y para acá se detuvo y se sentó tan tranquilo sin haber sudado una gota.

La cena, ya sin más demostraciones de nada transcurrió en los términos normales de una típica cena en el porche de una casita de madera en un complejo de campo en el que se imparten cursos de toda índole, en este caso de fotografía. Charla, risas, vino, miraditas, insinuaciones... Llegados a los postres, unos profiteroles muy sabrosos a pesar de ser del Lidl, estaba claro que «El Capoiras», que así le habían rebautizado los hermanos esa noche a Raúl, focalizaba sus deseos en Carla. Y Sara cada vez se cortaba menos en disimular su admiración por Dani. A este al principio le daba reparo acercarse a los cortejos de la profesora, pero al final se dejó hacer y entró en el juego. Carla, por su parte, barajaba con firmeza la posibilidad de perderse en el campo con Raúl y hacérselo con él a la luz de la luna, que aunque no llena del todo, tenía el suficiente brillo como para hacer el amor sin necesidad de «Malretozar» en la oscuridad o de buscar una farola. Cuanto más hablaba Raúl, daba igual de qué, más ganas tenía Carla de taparle la boca con la suya. En esas estaban cuando Sara se levantó.

—Voy al baño —y se fue. Carla miró a su hermano.

—¿Tú no tienes que ir también?

—¿Yo? —dijo Dani sin darse cuenta de la sugerencia de Carla—. Yo meo muy poco.

—Pero lo mismo lo necesitas... —Sólo le faltó guiñarle un ojo.

—Si es que estoy muy bien, tengo la vejiga a mitad.

—¿Y no será mejor tenerla vacía?

—¿Pero qué interés tienes tú en que vaya al baño?

Al decirlo en voz alta se dio cuenta de que lo que quería su hermana era quedarse a solas con su Raúl. Se miraron cómplices, y cuando Dani se iba a levantar Raúl dijo que él sí iba al baño. Cuando se quedaron a solas comentaron la situación.

—Pero, Carla, tú estás muy decidida, ¿no?

—¿Y tú?

—Pero yo no tengo a ningún Pedro...

—Y yo aquí tampoco... —Y bebió un trago de vino.

Dani sonrió y movió la cabeza hacia los lados, en un signo inequívoco de consentimiento.

—Estás loca... pero te apoyo.

Dani levantó la copa de vino y brindó con Carla.

—Por esta noche y por nuestros *parteners*.

En ese momento aparecieron Sara y Raúl.

—¿Por qué brindáis? —preguntó «El Capoiras» mientras se sentaba de nuevo.

—Por nada, por cosas de hermanos —dijo Carla.

—Tenemos una propuesta que haceros —dijo Sara yendo al grano. Los hermanos escucharon con atención lo que ella les tenía que decir porque tal y como lo había dicho parecía intrigante.

—Raúl y yo —proseguía la profesora—, hemos pensado que vosotros dos... podríais...

Carla se pensaba lo peor. O lo mejor. Dani no iba tan lejos. Sara seguía hablando:

—... junto con nosotros... hacer una sesión de fotos.

La cara de Dani era de incredulidad.

—Pero eso es normal, estamos en un curso intensivo de fotografía.

—Ya, pero no me refiero a unas fotografías normales.

Las caras de Carla y Dani eran una pregunta en sí.

—Queremos hacer una sesión de fotos eróticas con vosotros.

—Los cuatro juntos —apuntó Raúl haciendo un movimiento de capoeira.

Carla y Dani se miraron. No era eso lo que esperaban precisamente, y tuvieron que reestructurar sus esquemas. No querían acostarse con ellos, lo que querían era desnudarse y hacerse fotos unos a los otros como el que se pasa el balón en un rondo futbolero. Después de unos momentos de sorpresa y duda Carla se anticipó a Dani:

—Bueno, vale.

Dani miró a Carla sin dar crédito. No conocía esa faceta tan lanzada de su hermana.

—Por qué no —le decía ella—, ya he posado desnuda y he hecho *body painting*, quiero que me fotografíen.

—Pero lo que queremos nosotros —hablaba Sara—, es primero haceros unas fotos eróticas a vosotros dos juntos. Luego a Dani conmigo y después a ti con Raúl.

Carla seguía con la actitud positiva, pero Dani no lo veía claro. Sobre todo por lo de fotografiarse con su hermana. Carla tampoco es que le encantara esa parte, pero el solo hecho de pensar en realizar una sesión de ese tipo con Raúl, le ponía sobremanera.

—Si es por lo de ser hermanos —decía Raúl—, no os preocupéis, no tenéis que hacer nada, sólo posar. Además, nosotros lo hemos hecho muchas veces y somos primos.

—Ya, pero no es lo mismo ser primo que ser hermano —decía Dani.

—Eso es verdad... —dijo Carla.

—Bueno, lo pensáis esta noche y mañana nos decís —finalizó Sara.

Raúl y Sara se retiraron y los hermanos se quedaron dándole vueltas al tema hasta que se fueron a dormir. Lo único que sacaron en claro es que había sido una noche muy rara, y que la sesión de fotos, aunque atrayente, no estaba decidida. Una cosa es hacerlo entre dos, en intimidad, y otra es entre cuatro, posando y con tu hermano. La cosa cambia.

Ni al día siguiente ni al otro se decidió nada. El tema estaba en el aire, la tensión flotaba en el ambiente y la imaginación volaba a raudales. Pero de momento, fotos cuerpo a cuerpo, nada. Las únicas fotos que se hacían eran en grupo, en las clases matinales y prácticas vespertinas. Fotografías de todo tipo: de flores, árboles, insectos, fauna variada, comidas, compañeras de curso, nubes, vasos de vino, sonrisas... En color, en blanco y negro, en sepia. Eso sí, aprender, aprendieron un montón. No había secretos para ellos al hablar de diafragmas, obturadores, luminosidad o ángulos visuales. Y entre distancias focales y lentes negativas llegó el final del curso. No solo con la sensación y la seguridad de haber aprendido mucho, también con la certidumbre de que una extraña tensión sexual sobrevolaba el ambiente cuando los profesores se acercaban a los hermanos. En todos esos días Pedro sólo llamó una vez a Carla y esta, por fin, dejó las muletas de lado.

Cuando llegó el final, el recinto del curso ofreció un típico piscoalbis a base de vino y gusanitos, en el que Sara y Raúl anunciaron que dentro de una semana todos los alumnos expondrían sus trabajos en una sala del centro de Madrid. Noticia que triunfó entre el alumnado, aunque en sus foros internos supieran que fotos dignas de enseñar, pocas.

En un momento dado, Carla, que paseaba por las instalaciones del recinto, entre piedras y pinos, se vio sorprendida por Raúl, que salió de la nada. Llevaba una copa de vino en la mano y poca ropa. Sólo un pantalón cortito y una camiseta de tirantes. Se quedaron mirando unos instantes, con una sonrisa en la boca, larga y suave. Al rato, él la abrió para hablar:

—¿Habéis pensado ya lo de la sesión de fotos? Se acaba el curso y no

sabemos nada...

—Lo hemos pensado, sí —dijo Carla con calma.

—¿Y? —preguntó él acercándose a Carla.

—Pues, es que mi hermano no quiere fotografiarse conmigo en pelotas. Le da apuro.

—Vaya —seguía acercándose—. Pero eso se puede arreglar.

—¿Cómo?

—Tan fácil como que vosotros no os fotografiéis juntos. No pasa nada. Haremos dos sesiones: una Sara con él y la otra tú conmigo.

—¿Y si quiero hacerme las fotos con Sara?

—Bueno, seguro que os hago unas fotos cojonudas. O no, porque no sé si me concentraría...

—Ya...

Carla estaba a punto de, o salir a correr, o echarse en sus brazos y montárselo con él apoyados en un árbol. No pasó nada de eso, entre otras cosas, porque aparecieron Sara y Dani.

—No os encontrábamos —dijo Sara llegando al sitio.

—Pues estábamos aquí, charlando —sonreía Raúl cómplice con su prima.

—Dani ya me ha dicho que la sesión de fotos, tal y como os la planteamos, no queréis hacerla.

—Ya han dicho que sí a la otra opción —cortó Raúl. Después miró a Carla con una sonrisa de «No puedes decir que no ahora», y esperó una contestación. Después de varias miradas entre todos, Carla sentenció el tema.

—Sí, nos apetecen mucho, pero claro, Dani contigo y Raúl conmigo. Y una cosa: las fotos tienen que ser muy bonitas, estéticas y con mucho gusto.

—Con mucho gusto —dijo Raúl—, de eso me encargo yo.

—Y yo —siguió Sara.

Dani buscó la mirada de Carla, intentando comprender por qué le había arrastrado hasta esa situación. Por otro lado le apetecía seguir hasta el final. Tenía sentimientos encontrados y eso no sabía si le gustaba o le horrorizaba. De momento eligió quedarse con lo primero.

Dijeron que sí. Los cuatro terminaron su copa de vino y se abrazaron como el día de la bienvenida, pero con ciertos matices: Raúl se arrimó más a Carla y Sara acercó sus labios a la comisura de los de Dani, que después de eso temió más la sesión de fotos. ¿De verdad iban a hacerla o era una vil excusa para acabar liados?

Se fueron despidiendo de los aspirantes de fotógrafos hasta que solo quedaron los cuatro.

La verdad es que a Carla se alegró mucho de no marcharse inmediatamente

porque ya estaba sintiendo una nostalgia lánguida por esos días tan despreocupados y por la energía de aquel lugar. Le estaba entrando ya el síndrome del campamento como ella lo llamaba, cuando le cogía a alguien cariño en muy poco tiempo. Le recordaba a los campamentos de verano a los que iba cuando era pequeña.

Sara y Raúl se acercaron a su cabaña. Todos los demás se habían marchado y Carla y Dani estaban esperándoles.

—¿Nos tomamos un té de despedida? —dijo de pronto Sara.

Todos agradecieron la idea porque no les apetecía nada coger el coche para volver a Madrid y dejar ese lugar y tener que separarse. Pero mientras preparaban el té empezó a llover inesperadamente. Al principio solo unas gotitas sin importancia, pero luego empezó a caer una lluvia salvaje y después se levantó una tormenta de verano en toda regla. Todos miraron por la ventana atónitos, y Raúl y Dani se miraron haciéndose cargo de la situación y comentaron que aquello no tenía muy buena pinta y que sería mejor que pasaran allí la noche. Carla estuvo a punto de decir que no entendía por qué los hombres se veían con el derecho a decidir sobre cosas como estas, pero decidió que le interesaba más callarse, dado que le había gustado el resultado de su decisión. De hecho la cosa se puso tan fea que ninguno quería salir de la cabaña y decidieron quedarse todos a dormir allí.

—Bueno, ya que nos vamos a quedar aquí y no tenemos que conducir, será mejor que saquemos un poco de vino. Yo tengo en mi cabaña, en mi mochila. Puedo ir en una carrera y traerlo —dijo Raúl.

—Yo te acompaño —dijo Carla enseguida.

Entonces le apartó el pelo detrás de la oreja con cariño y le dijo:

—No, que tienes la pierna mal y te vas a mojar.

A Carla le subió un escalofrío por la nuca y le deseó con todas sus fuerzas. Entonces se oyó el estruendo de un rayo y ella le cogió fuertemente del brazo y dijo:

—No vas a ir solo, quiero ir contigo —pensando en la última vez que un rayo estuvo cerca de un amante suyo.

Raúl miró a Dani y él le hizo un gesto de «No intentes llevarle la contraria», así que cogió una chaqueta y se resguardaron como pudieron debajo de ella. La cabaña estaba a pocos metros pero aun así llegaron totalmente empapados. La lluvia caía con tanta fuerza que picaba en la piel pero era templada y no sintieron frío. Cuando entraron por la puerta divisaron la mochila azul de Raúl apoyada en el suelo. Sólo tenían que cogerla y volver corriendo a la otra cabaña, pero Raúl se entretuvo un momento para sacudir la cazadora y cuando vio a Carla con la piel mojada, mechones de su pelo cayéndole por el rostro,

la respiración entrecortada y los ojos expectantes, no pudo resistirse y le empezó a apartar el pelo de la cara y a acariciarle para apartar las gotas que parecían lágrimas y le despertaba una ternura irresistible. Entonces ella empezó a acariciar sus brazos fuertes y tensos y entreabrió sus labios para besarle. Besos de agua y de lluvia y de piel, que compartieron con la misma fuerza con la que caía esa lluvia feroz. Raúl le quitó la camisa, estaba totalmente mojada y pegada a su piel, le abrazó y le apoyó suavemente en una mesa de madera gruesa que tenían justo detrás. Cuando estaba tumbada en la mesa vio que su sujetador también estaba empapado y coló sus dedos en la fina tela color rosa claro para quitárselo despacio. Después le quitó los pantalones y las bragas, y cuando estaba en la mesa totalmente desnuda y mojada, cogió una toalla pequeña y empezó a secarla poco a poco, recreándose en cada rincón. Luego se quitó su ropa también mojada bajo la atenta mirada de ella y se tumbó encima. La volvió a besar con ganas. De nuevo se oyó un rayo. Esta vez mucho más intenso. Un dolor físico en el estómago de puro deseo se instaló de repente en Carla, y cuando estuvo dentro sintió que necesitaba cada vez más, sentía en cada embestida como un pequeño orgasmo palpar en cada poro del interior de sus sexo. Su pelvis se descontroló y empezó a moverse sola por instinto, como si tuviera vida propia. Sabía que ya no había vuelta atrás, tuvo un orgasmo fuerte y puro. Nítido.

Una lágrima de alivio, de éxtasis y de placer rodó por su mejilla entre jadeos. Una gota redonda, perfecta como perfecto era ese instante en el que el mundo no es de nadie más que de dos personas que acaban de hacer el amor.

Cuando volvieron a la cabaña de Dani y Sara, ellos ya no estaban en el comedor pero les habían hecho la cama de su habitación con sábanas blancas y una manta de cuadros escoceses. Ambos sonrieron, se desnudaron y abrieron la cama. Raúl llenó dos copas de vino y sacó su cámara de fotos. Carla le pidió que se la dejara y le dijo que abriera la cama y se tumbara para hacerle fotos. Él lo hizo y cuando la vio allí de pie, desnuda con la cámara en las manos, se quedó muy serio y dijo de repente «No te muevas». Se levantó, fue a por la cámara de su prima que estaba en la mesa del comedor y le hizo una foto a Carla por detrás, desnuda con la cámara en la mano, con la ventana de madera de fondo y el cristal empapado de gotas deslizándose en la noche.

Cuando se tumbaron bebieron un poco de vino y Carla apoyó su cabeza tranquila en el hombro de Raúl. Se sentía increíblemente excitada y relajada a la vez. Entonces Raúl sonrió satisfecho y dijo:

—¿Sabes por qué necesitaba hacerte esa foto?

—¿Por qué?

—Porque cuando la veas sabrás que quieres ser fotógrafa.

Carla sintió un fuerte hormigueo en el estómago, lo miró fijamente a los ojos y le hizo el amor con una extraña mezcla de pasión y agradecimiento.

La vuelta a Madrid fue muy silenciosa. Ninguno de los dos tenía ganas de hablar. Parecía que querían guardar un poco más los momentos vividos en aquel lugar. Pero justo cuando entraban en la M30 sonó el teléfono de Carla. Era Pedro con malas noticias: «Boni ha tenido un accidente y está en el hospital». Boni era el abuelo de Pedro. Bonifacio, un señor de noventa y siete años, pequeño, con mala leche y con el que Carla compartía un sentido del humor extrañísimo que casi nadie entendía. Carla y Dani fueron directos al hospital a verle y cuando llegaron se encontraron a Boni tumbado en la cama, abrazado a una caja de zapatos. Carla entró, le sonrió y dijo:

—Hola, Boni, ¿esto qué es?, ¿los zapatos con los que quieres que te entierremos? —Boni empezó a reírse y le espetó:

—Eres tan hijaputa que no me creo que no seas de mi sangre. Ojalá se le pegue algo al tieso de mi nieto, que parece que le han metido un palo por el culo. Te estaba esperando. Esto es para ti. Mañana yo me muero, así que quería encargarte que me los cuides.

Carla abrió la caja y antes de ver qué era ya lo supo por el olor. Le recordó de inmediato a su infancia y de cuánto le había gustado a ella y a su hermano tener gusanos de seda.

—¡Mira, Dani! son gusanos de seda—dijo Carla entusiasmada.

—Ya sabía yo que te iba a gustar. Tú me los cuidarás bien para que yo me muera tranquilo, ¿verdad hermosa?

—No digas tonterías y cuéntame qué ha pasado.

El hombre volvió a reír mientras Carla se sentaba divertida en su cama y mandaba a Dani a por unos cafés.

—Me he caído de una morera. He ido a coger unas hojas para mis gusanos. Siempre mando a Desiderio, el hijo de Jacinta que aunque es un poco gilipollas es muy atlético, pero es que estoy hasta los cojones de ver ese árbol tan hermoso y no poder treparlo. Quería subir y estar en la cima y sentirme libre por un puto día de mi aburrida vida. Ahora todos creen que he perdido la cabeza pero no he estado más cuerdo ni más vivo que cuando he trepado hoy a ese árbol. Lo malo es que me he caído y me he roto la cadera y no sé qué más. Y ahora me voy a morir mañana pero, cuidándome tú los gusanos yo me quedo la mar de tranquilo, hija.

El viejo empezó a reírse y lentamente contagió a Carla, que terminó riendo con él a carcajadas, en el silencio del hospital. Cuando Dani llegó no era capaz de contarle lo que había pasado porque se le saltaban las lágrimas de la risa. En ese momento entró la madre de Pedro con semblante serio, y miró

fijamente a Carla.

—¿Qué está pasando aquí? Esto es un hospital...

Carla la miró desafiante y dijo:

—Sí, pero en los hospitales también se ríe. Inténtelo de vez en cuando, le vendría muy bien—contestó Carla desafiando así por primera vez a la madre de Pedro.

Dani miró a su hermana estupefacto y Boni sonrió disfrutando de la situación con su nuera como un niño malicioso. Entonces Carla le besó la frente y le dijo al oído:

—Yo también estaba hasta los cojones de ver ese árbol tan alto. Hasta mañana, Boni. —Cogió sus gusanos y salió por la puerta, sonriendo y cojeando.

A la mañana siguiente, cuando Carla llegó al hospital, supo enseguida que algo no iba bien. Era el aire acondicionado, que estaba estropeado y funcionaba a modo de calefacción y hacía un calor sofocante. Obvió el ascensor a pesar de su cojera y subió las escaleras hasta la habitación de Boni. Tenía un mal presentimiento. Pero él no estaba. Ni en la habitación, ni en el hospital, ni en el mundo. Se había muerto hacía apenas unos minutos.

—Será cabezota —pensó Carla—. Dijo que se moría hoy y se murió.

Enseguida comenzaron a llegar familiares y amigos, montándose esos típicos tumultos de gente que se juntan sólo para bodas o defunciones. Ese lío continuó en el tanatorio. Allí Carla conoció a muchos familiares de Boni y, a la postre, a los de Pedro. Algún primo que otro, tíos segundos, madrinas, sobrinos... y sobre todo a un hombre que le llamó mucho la atención. Tenía unos cuarenta y siete años. Nadie sabía muy bien quién era. Parecía muy afectado y no se le vio hablar con nadie. Carla, atraída por el enigma que producía ese hombre maduro y atractivo, observó durante un largo rato sus movimientos. Permaneció al lado del féretro unos veinte minutos, luego vagabundó entre la gente, salió a fumarse un cigarro de liar y allí se quedó, al margen de los demás, pero muy afectado. Fue en ese momento cuando Carla decidió ir a hablar con él:

—Fuma la misma marca que fumaba Boni —le dijo señalando el cigarro.

—Sí, fumábamos lo mismo.

Hubo unos instantes de silencio hasta que Carla lo volvió a romper.

—¿De qué conocía a Boni?

El hombre dudó unos instantes antes de contestar.

—Éramos amigos. Del pueblo.

—¿También trepaba árboles como él?

—Sí —sonrió—, también trepaba árboles.

Después de unas caladas más, el hombre continuó hablando.

—Aunque él era mayor que yo, nos hicimos muy amigos. Fue algo así como mi maestro.

—¿Boni le dio clases? —preguntó Carla extrañada de que así fuera. —¿De qué?

—No eran clases de ninguna asignatura, ni de idiomas ni de nada de eso. Fueron clases de la vida. —Y dio otra calada, profunda y tranquila.

Carla le miraba con extrañeza, cada vez con más intriga. Miles de preguntas se le amontonaban en la cabeza, dispuestas a salir por la boca para llegar directamente a él. Pero sólo le salió una:

—¿Cómo te llamas?

—Hugo.

Se presentaron como se hace siempre, dos besos y el nombre. Carla pudo comprobar que tenía una cara suave y tersa, y un olor varonil atrayente.

—Boni era un hombre muy especial —continuó hablando Hugo—. Y a mí me ayudó mucho.

Hugo se calló para tirar el cigarro a un cenicero alto que estaba apoyado en la pared. La cara de Carla decía claramente «No te calles, sigue hablando por Dios».

—Yo tuve una vida muy complicada, pero estando cerca de Boni me enderecé y soy lo que soy gracias a él. Le debo mucho.

—¿Usted fue... una persona... mala? —le preguntó Carla mezcla de cautela e ironía.

—Malo no. Malísimo. Estuve en la cárcel por motivos que no vienen al caso, y cuando salí recalé en el pueblo de Boni. Los vecinos sabían que yo era un exconvicto y no me aceptaron. Hasta que Boni medió por mí, y me ayudó a integrarme. Con el tiempo, y una carrera de magisterio, me vine a vivir a Madrid.

—¿Y quién le avisó de la muerte de Boni?

—Boni. Me llamó para decirme que se moría hoy.

La conversación terminó. No porque no quisieran seguir hablando, sino porque la llegada de Pedro les cortó literalmente el rollo. Pedro nunca había soportado a Hugo. Siempre creyó que se aprovechó de su abuelo. Y no era cierto. Por más que Boni le hablara de lo que hizo por él, y Hugo por lo que hizo Boni a modo de agradecimiento, este siempre pensó lo que le dio la santa gana. Pedro tenía su propio criterio que nunca contrastaba.

En el entierro, Carla estuvo mucho más afectada que Pedro. Parecía ella la nieta. No dejó de llorar en todo el sepelio. En algún momento buscó la mirada de Hugo, pero no le encontró. Sólo al final, cuando ya la gente se separaba por

el gran jardín que comunicaba con el parking del cementerio, le vio. Apoyado en un árbol con un cigarrillo en la boca. Carla dejó pasar a todo el pelotón de gente y cuando estuvo lo suficientemente sola, se acercó a él.

—¿Te volveré a ver?

Hugo le tendió un cigarrillo que llevaba en el bolsillo.

—Yo no fumo, bueno, casi nunca —dijo ella un poco sorprendida e intrigada.

—A lo mejor hoy cuando llegues a casa , te laves la cara y te prepares una infusión caliente, te apetece. La vida sigue.

Carla se guardó el cigarrillo en el bolso.

—Suelo tomar café todos los martes por la tarde en la cafetería de los espejos. Al fondo.

Carla acudió a la llamada de Pedro y dejó allí a Hugo y su mirada interesantísimamente triste.

6. LEVÁNTATE DE MÍ

Los siguientes días en la vida de Carla transcurrieron con mucho calor — era agosto en Madrid—, y con muchos interrogantes en su cabeza. ¿Merece tanto preocuparse en la vida? ¿Por qué le producía tanta curiosidad ese hombre llamado Hugo? ¿Por qué todavía seguía saliendo con Pedro si lo único que le daba era problemas? Ya no le gustaba, no le ponía, no lo soportaba, no veía futuro. Era el momento de dar el paso y dejarlo. Y de vivir, vivir mucho, ser feliz, hacer siempre lo que te hacía sentir bien. Pero claro, no era tan fácil. Primero había que pasar ese trago. Llamó a Lidia y fue a verle a la piscina de su urbanización a la sombra de un Martini. Lidia tomaba el sol tumbada en un bikini de color plata, Carla se sentó con las piernas cruzadas como un buda a la sombra de un árbol con las raíces tan salidas de la tierra que parecía que en cualquier momento iba a abrazarle por detrás o echar a andar.

—Te tengo que contar una cosa Lidia.

—Yo también. ¿Lo tuyo es triste o alegre?

—Triste, tú primero.

Era una regla que tenían las dos, primero se contaba lo alegre y después lo triste, y si cuando se contaba lo triste, era largo, se volvía al tema de lo alegre de nuevo.

—¡El croata va a venir a verme a Madrid!

—Qué bien, ¿no me lo puedo creer!

—Qué nervios. Bueno, viene por trabajo a Sevilla y de paso, a verme a Madrid.

—Por cierto, ¿a qué se dedica?

Lidia puso cara de no oír nada y se encendió un cigarrillo.

—Que... ¿a qué se dedica tu croata que no me lo has dicho? —insistía Carla.

—Prométeme que no te vas a reír.

—Vale, lo prometo.

—A la compraventa de alpiste para pájaros.

—¿Cómo?

Carla soltó una carcajada que hizo volver todas las cabezas de la piscina.

—¿Y a Sevilla va a comprar o a vender? —dijo aún riéndose.

—Supongo que a vender. En Sevilla hay muchos pájaros, por los patios andaluces y eso, ¿no?

—¿Y cómo prueban la mercancía?

—No te rías, cabrona, que estoy muy ilusionada.

—Perdoooooona. Por lo menos sabes que es un chico sincero, no creo que alguien sea capaz de inventarse algo así. ¿Cuándo viene?

—La próxima semana. Tengo siete días para adelgazar tres kilos.

—¡Qué dices! Estás perfecta y lo sabes. Me alegro mucho de tu encuentro, sobre todo porque me lo contarás todo con pelos y señales.

—¡Claro! ¿Y lo tuyo?

—Voy a dejar a Pedro —dijo Carla cambiando el tono y mirando distraída las hojas del árbol.

—¿Qué quieres dejar a Pedro? —se sorprendió Lidia—. Me dejas de piedra. Quiero decir, que ya era hora, pero no me imaginaba yo que fuera a ser tan pronto.

—Pues sí, creo que lo tengo que hacer. Pero no sé cómo.

—Pues hay miles de formas de dejar a un tío... Le podrías decir la verdad.

—¿Que es un palo en la cama y que me aburre sobremanera estar con él?

—Un poco menos verdad... ¿Pues no decías que estaba bien dotado Pedro?

—Bueno, no está mal, pero es tan soso, tan educado, tan... correcto. A mí me gusta que me cojan en brazos y me besen contra la pared, que me miren como si quisieran meterse dentro de mí solo con la mirada, y que me lo hagan muy despacio pero con fuerza contenida.

—Toma, a mí no... ¡no te jode!

—Pues eso, la mayoría de los tíos no saben follar, así te lo digo, porque parece que no saben disfrutar del momento, siempre pensando en lo siguiente, en vez de dejarse llevar. Bueno, lo mismo hacen en sus vidas. Supongo que es cuestión de mentalidad o yo qué sé... El caso es que follan muy mal. Bueno algunos sí pero luego los preliminares mal. Y cuando te hacen muy bien los preliminares siempre pienso que eso es porque follan mal y lo hacen como para compensarte por lo que viene después, como pidiéndote perdón por anticipado. Y no falla. Es difícil compenetrar del todo en la cama.

—Por eso me encanta tu hermano. ¡Qué bien lo hace, cómo intuye a cada paso lo que necesito! Cuando estoy con él siempre pienso «¡Ves!, no es tan difícil, coño». Me encanta, es perfecto en la cama.

—Nos viene de familia. Pero, ¿qué habíamos hablado acerca de contarme cómo lo hace mi hermano?

—Perdona, pero es que es el mejor ejemplo. Bueno, hablaré de los malos... Y menos mal que nosotras sacamos partido incluso a los «mantas», pero a mí lo que me hace gracia es cuando te lo curras tú y ellos se llevan el mérito, que se van tan chulitos pensando «ahí queda eso». Ahora que yo cuando no están dando ni una se lo digo, claro que se lo digo. El arquitecto de Coslada, ¿te acuerdas? ¿Pues no me llamó feminista porque le dije que no me había dado tiempo a llegar? ¡Será gilipollas! Si no aguantó ni dos minutos. Y ni siquiera se preocupó de satisfacerme de otra forma. Y encima se ofende el capullo.

Pero, ¿qué se creen que cuando se corren ellos te corres tú por arte de magia? No sé cómo le aguanta su mujer. Y la de cuernos que tiene la pobre... Cuernos de una vez claro, porque dudo que nadie repita con semejante pichafloja. La primera vez caen, como es resultón y le echa morro y además no te cuenta lo de que está casado hasta después ... Yo no sé cómo la mujer no sospecha nada.

—La última en enterarse de los cuernos es siempre la pareja, pero que sepas que la mayoría se han puesto los cuernos o están con alguien a la vez. Sólo que ellas no se quieren enterar.

—O ellos. Por eso me parece muy bien lo de las parejas abiertas porque para ponerse los cuernos es mejor que lo sepan para tener la oportunidad de hacerlo también, lo que pasa es que es una cuestión de egoísmo. Preferimos ponerlos y que a nosotros nos sean fieles. ¿Tú crees que Pedro te es fiel?

—Jo, por una parte espero que no, porque con lo que me estoy desbocando yo... Fíjate, tantos años sin ponerle los cuernos y ahora... será porque siento que está acabado.

—Sólo que a él todavía no se lo has comentado...

—¿Tú crees que Pedro sospechará que yo me acuesto con otros, o está tan sumamente enamorado de su trabajo que le da igual y por eso me apunta a cursitos, para mantenerme entretenida? ¡Qué pereza me da todo sólo de pensarlo! ¿Cómo corto con él? Me da pereza por la familia, por los amigos, por las explicaciones... Me encantaría cortar con él y correr el calendario un mes y no tener que pasar por todo eso porque también en el fondo me da pena la situación porque ha sido mucho tiempo y es un gran cambio. Además, Boni ya no está y es el único que me caía bien de su familia. ¿Por qué no cortas tú con él por mí, como en el colegio?

—No.

—¿Sabes lo que me pasa con Pedro? Que he dejado de admirarle y eso es lo primero que necesito sentir por alguien para quererle, bien sea amigo o novio o amante. Admiración. Me aburre hasta hablar del tema ya... Por cierto, ¿sabes que conocí a un expresidiario amigo de Boni en el entierro?

La cara de Lidia se iluminó y se encendió nerviosa un cigarrillo.

—¡Vaya cambio de tema! ¿Qué has conocido a un expresidiario y no me lo cuentas? ¿Tú sabes cuál es mi máxima fantasía, no? Acostarme con alguien que acabe de salir de la cárcel, que haga años que no vea a una mujer y me devore.

—Este vivía en el pueblo, ya habrá visto muchas mujeres.

—¿En el pueblo de Pedro? ¡Cómo están todas tan «mozas» y son tan simpáticas!

—Es verdad —dijo Carla entre risas—, creo que es el pueblo más estrecho

de miras que conozco. Incluso está estrechamente distribuido. Una calle muy larga con casas a los lados y pare usted de contar...

—Me lo tienes que presentar, por favor, Carla.

—Pues hoy es martes.

—¿Y?

—Pues que me dijo que todos los martes iba a la cafetería de los espejos.

—Eso suena a invitación. ¿Vamos?

—¡Estás loca! ¿Cómo me voy a presentar allí? ¿Y qué le digo? ¿Me hago la encontradiza? «Huy, que casualidad tú aquí, y yo... aquí también».

—Bueno, ya improvisaremos.

—Pues... —pensó Carla echando un trago de Martini—, ¿por qué no? Este verano está resultando una cadena de improvisaciones, algunas más acertadas que otras, eso sí.

—Bueno, el que no arriesga, no gana.

—No me he traído ropa.

—Pues subimos a casa y te dejo yo, como cuando éramos adolescentes y quedábamos en mi casa o en la tuya para arreglarnos. ¿Te acuerdas? A veces nos lo pasábamos mejor preparándonos para salir que en la discoteca.

—Es verdad. Qué sencillo era todo. Y qué nuevo. Aunque contigo no pierde una la capacidad de sorprenderse. Cuando ya creo que he visto todo...

Pero Carla ya estaba hablando sola, porque Lidia había recogido la toalla y estaba despidiéndose del socorrista con una de sus mejores sonrisas. Cuando se acercó estaban enfrascados en una conversación sobre si el último monólogo de Carolina Noriega había superado al penúltimo. A falta de silla Carla se sentó sobre las rodillas de su amiga haciendo ver que le interesaba la conversación del socorrista. Charlaron un rato más y de repente Lidia la miró estupefacta y dijo en voz alta:

—Vámonos anda, levántate de mí.

—Esa es una frase que nunca oirás de mi boca —dijo el socorrista.

—¡Anda!, si tiene sentido del humor y todo el cachitas —dijo Carla.

—No te parezca mal, pero es muy tarde si queremos cambiarnos e ir al café... —dijo Lidia ya en la calle— y por cierto, al cachas me lo tengo yo pedido.

El café de los espejos tenía muchos espejos, como era de esperar, por eso cuando vieron al misterioso expresidiario, le vieron cinco veces, o mejor dicho, en cinco sitios sentados. Curiosamente esto hizo que aumentara más aún su misterio, porque parecía escurridizo e irreal. Cuando se acercaron pudieron centrarse en un solo expresidiario y observar que además era un hombre muy atractivo. Lidia le dio un leve codazo a su amiga, que respiró hondo antes de

hablar y dejó salir palabras de su boca sin que pasaran antes por la cabeza.

—Hola, Hugo, ¿te acuerdas de mí?

Hugo levantó la mirada y arqueó levemente la ceja derecha en señal de sorpresa, pero leve y sólo una, ya que si hubiera levantado ambas sería señal de sorpresa, pero fue leve, más que nada por mantener la elegancia y la pose que le acompañaba en ese bar de espejos. Tenía el pelo muy corto, canoso y tan rizado que cada pelo parecía estar luchando por juntarse en un mechón para hacer un nuevo rizo. Tenía perilla, llevaba un jersey de cuello alto color beige y se estaba liando un cigarrillo con tanta delicadeza que las chicas quedaron por un momento embrujadas con sus manos y esa imagen. En la mesa había un libro abierto y en sus ojos un libro cerrado.

—Claro que me acuerdo de ti, Carla. ¿Os tomáis algo conmigo? Habéis llegado a tiempo para interrumpir un poco mi duelo.

Se quitó el jersey y dijo:

—Era de Boni. Me apetecía llevarlo un rato. Fuera hace treinta grados pero la verdad es que no siento calor. Más bien un poco de frío.

Llevaba una camiseta blanca perfectamente planchada pero el pelo se le había revuelto de quitarse el jersey. Y ese detalle y los ojos hinchados de haber llorado le daba aspecto de un adolescente recién levantado de la siesta.

Entonces Carla cogió el jersey y se sentó mientras lo doblaba con cariño.

—No queríamos interrumpir tu duelo pero seguro que a Boni le encantaría que le hiciéramos un homenaje tomando una cerveza —dijo—. Te presento a mi amiga Lidia.

Aunque Lidia había vuelto a desaparecer y ya estaba pidiendo algo en la barra.

Cuando hubieron tomado cuatro cervezas y brindado nueve veces por Boni, decidieron ir a una terraza. Hacía una noche fantástica en Madrid e invitaba a no dormir, a parar la vida un momento para hablar de ella y sus cosas y sentir un poco de brisa en los brazos desnudos, en la cara y el escote aún acalorado por la piscina y el aire seco de Madrid. Las chicas siempre guardaban la colonia en la nevera para que estuviera fresquita (un truco que leyeron en una revista), y como se habían perfumado antes de salir, la brisa levantaba su aroma.

Hugo tenía un sentido del humor muy sano. Decía todo serio pero con mucha sorna. Era muy inteligente en sus ocurrencias y tenía una extraña mezcla de misterio y cercanía. Pero en cuanto Lidia cogió un poco de confianza no pudo resistirse y quiso conocer un poquito más de su personalidad, y sobre todo de algo muy concreto de su pasado.

—¿Te puedo hacer una pregunta, Hugo?

—Me da la impresión de que me la vas a hacer de todas formas, porque llevas toda la noche intentando adivinar por qué estuve en la cárcel, ¿verdad?

—No era eso lo que te iba a preguntar —dijo Lidia abochornada.

—Pues claro que era eso —contestó él riéndose—. No te preocupes, le pasa a todo el mundo y, si quieres que te diga la verdad, casi me divierte. Juego a adivinar cuánto tarda la gente en preguntármelo. Hay gente que aguanta mucho pero vosotras tenéis los ojos curiosos, y sois un poquito morbosas además.

Las chicas se rieron coquetamente sin apartarle los ojos, y con cuidado de no hacer ningún comentario para no interrumpir su discurso.

—Pues nunca lo adivinaríais... ¡robé una bolsa de magdalenas de chocolate!

Las caras de ellas mostraron sorpresa, pero una sorpresa «chof». Esperaban más. ¿Sólo por robar una bolsa de magdalenas?

—¡Que no, que es broma! —repuso divertido Hugo. Cambió a un tono serio, confidencial, y las miró fijamente—. No robé una bolsa de magdalenas, maté a tres viejecitas.

Se hizo un silencio. A Lidia se le cayó el cigarro y a Carla se le secó la boca. Hugo se echó para atrás y comenzó a reírse otra vez:

—Qué fácil es quedarse con vosotras.

Se divertía mucho haciendo sufrir a las chicas. Ellas parecieron relajarse, pero ya no se creían nada.

—Hugo, no juegues así con nosotras —dijo Lidia—, si no lo quieres decir, no lo digas, no pasa nada.

—Lo voy a decir, y ahora es verdad: estuve en la cárcel por robo a mano armada. Dos gasolineras y una tienda de chóped.

Lidia oyó esto y se puso cachonda imaginándose la escena y el tiempo que tuvo que estar dentro de la cárcel.

—¿Una tienda de chóped? —preguntaba sorprendida Carla.

—Sí... no había nada de interés cerca y tenía mucha hambre. Además, era de mentira. La pistola digo, no el chóped. El chóped estaba buenísimo. Pero dejemos de hablar de esto y pidamos otra ronda, por Boni.

Brindaron por décima vez, y el camarero les sirvió otra ronda. La noche continuó entre charlas y bebidas hasta que decidieron ir a cenar a un pequeño restaurante que estaba a escasos trescientos metros del local. En el paseo Carla pudo comprobar que Lidia no dejaba de mirar a Hugo. Y no le miraba como podía mirar a cualquiera, le miraba como sólo miraba cuando estaba muy excitada.

Al sentarse en el restaurante Carla vio despacio cómo Lidia colocaba su mano cerca del muslo de Hugo. No llegó a hacerlo porque su amiga se la quitó sutilmente. Se sonrieron las dos, cada una con un propósito. El sitio era un

típico local antiguo especializado en carnes, y Lidia no cejó en su empeño de acercarse a Hugo. Le cogía del brazo, le sonreía pícaro, sus indirectas eran directas. Carla se lo esperaba de su amiga pero lo que no había podido imaginar era que Hugo estaba entrando al trapo. Y de qué manera. Sea por lo que fuere: el vino, el cachondeo o el buen hacer de Lidia.

—Lidia, ¿te vienes al baño? —se levantó de repente Carla.

—No, ahora no tengo ganas.

Pero fue al baño porque Carla la agarró del brazo dejando a mitad un bocado de ternera fresca, y a Hugo con la sonrisa en la boca. Mientras se alejaban de la mesa no pudo evitar mirarles el culo. Parecía que las penas por Boni habían desaparecido.

El baño era todo lo contrario que el resto del restaurante: feo y grande.

—Lidia, no me puedo creer lo que estás haciendo...

—¿Qué estoy haciendo?

—Sé lo que estás haciendo y no sé si me gusta. ¿Tú no estás con el croata?

—Sí, pero hasta que no le vea en persona, es como si no valiera de nada. ¿Además, a ti qué más te da? ¿No será que te gusta el tío este? Porque si es así, yo me quito del medio...

—No es eso, Lidia, no me gusta. Me parece un tío interesante, sólo eso. Pero no sé, es como si le estuviéramos faltando el respeto a Boni.

—Pero qué tiene que ver una cosa con la otra... Hugo era un amigo de Boni, no su novio.

—Eso es verdad.

—Pues no hay más que hablar. Yo me tiro a este señor tan interesante y tú empiezas a pensar en cómo dejar a Pedro.

Y así fue. Salieron del restaurante y en apenas dos horas Lidia y Hugo tomaban la última en casa de ella. El maduro casi cincuentón disfrutó de las artes amatorias de Lidia como nunca. Quién le iba a decir a él hacía unas horas que iba a terminar haciendo el amor en honor a Boni con una joven tan morbosa. Y quién le iba a decir a ella que por fin iba a hacérselo con un expresidiario.

Carla, por su parte, pasó el resto de la noche en casa. Se tumbó en la cama ensayando la manera de dejar a Pedro, y sin saber por qué, empezó a masturbarse pensando en Pere. Una cosa llevó a la otra... Cuando se quiso dar cuenta ya estaba tan metida en el asunto que no pudo parar hasta que borró de su mente el cuerpo de Pere encima de ella, moviéndose al compás que marcaban en ese momento sus dedos. Después de ese grato momento de onanismo se relajó y se durmió.

7. SABE MEJOR QUE HUELE

Sonaba una melodía agradable, muy parecida, por no decir idéntica, a la de la banda sonora de la Pantera Rosa. Era el teléfono móvil que sonaba encima de la mesilla. Carla se levantó algo sobresaltada, no esperaba que un sábado llamaran tan pronto. Supo que era Pedro porque era su melodía. Se puso un poco nerviosa, no sabía muy bien qué hacer. Al final decidió cogerlo y hablar como si no pasara nada.

—Hola, Pedro.

Apenas dijo más. Pedro le había apuntado a un curso de natación y le llamaba para comunicárselo. Parecía estar más contento él que ella. De hecho lo último que hubiera pasado por la cabeza de Carla era la idea de hacer otro curso más. Lo que tenía que hacer era quedar con él y hablar las cosas. Pero le resultaba tan difícil... y ese curso sonaba tan bien.

Lo que no supo hasta después de haber aceptado en que el curso empezara tan temprano. Pero le sentó bien nadar y relajarse. Después de clase se tumbaba a tomar el sol y en una semana se puso morena y bastante en forma, y eso la hizo sentirse bien consigo misma, bastante apetecible. Se miraba al espejo y se gustaba. Le apetecía darse, divertirse, se sentía bien y con ganas de aventura, pero a la vez quería arreglar su situación con Pedro de alguna forma y decidió intentar avivar la llama, ver si había algo todavía que salvar en medio de ese desierto. Así que ese viernes, después una semana en el curso, le llamó:

—¿Te vienes a mi casa a cenar esta noche? Tengo una sorpresa para ti. Te voy a hacer comida mexicana, no sé qué tal me saldrá. Me he bajado las recetas de internet porque como sé que te encanta lo voy a intentar.

—Ahora tengo mucho trabajo —contestó Pedro no demasiado entusiasmado—, pero intentaré estar allí a las diez. Te tengo que dejar, luego te llamo.

Carla se sintió ilusionada por primera vez en mucho tiempo con Pedro. Se empezó a echar la culpa de que ella dejara que su relación fuera a la deriva, y sintió que no había hecho nada por evitarlo. La verdad es que lo intentó durante mucho tiempo y se cansó, o tal vez no lo intentó lo suficiente. El caso es que hoy iba a hacerlo con todas sus fuerzas y su imaginación. Fue a comprar un montón de cosas ricas, se bajó las recetas y se tiró toda la tarde preparándolo. También compró ropa interior negra con lunares minúsculos de color rojo y unos lazos transparentes en los lados de las braguitas y los tirantes. Se sentía atractiva y con muchas ganas de hacer el amor. Pero Pedro se retrasó, no llegó a las diez como había dicho, ni a las once, ni a las doce... Carla le llamó un par de veces pero tenía el móvil desconectado. Por fin se

metió a la cama, sin cenar. Se quitó la ropa y se durmió con su lencería nueva, abrazada a su almohada. Tuvo ganas de llorar pero no tuvo fuerzas. Guardó las pocas que tenía para tomar una buena decisión: la de dejar a Pedro.

Al día siguiente le despertó la llamada de Pedro al móvil. Entreabrió los ojos y cuando se acordó de lo que había ocurrido le dio un pinchazo en el estómago. Parecía una pesadilla, pero era real. Cogió el teléfono aún con la esperanza de que Pedro le saliera con la excusa de su vida y poder así justificar que no hubiera aparecido a cenar, pero ni siquiera se preocupó de preparar una, simplemente le dijo que había tenido tanto trabajo que se le pasó por completo. Carla no daba crédito y le dijo:

—Bueno Pedro, pues hasta aquí, se acabó, este no es el tipo de relación que quiero tener. Paso. Aquí lo dejo. Si quieres pasarte por casa para hablar...

—Hoy no puedo, Carla, mi madre me ha llamado, que ha discutido con mi padre y se ha vuelto a ir de casa, voy a ir a hacerle compañía, si quieres quedamos mañana.

—¿En serio que no quieres que quedemos para hablar?

—Hoy no puedo. Entiéndelo. Mi madre está hecha polvo. Tú no sabes lo que es que te abandonen.

—Lo sé desde hace mucho tiempo, sólo que no lo he querido ver hasta ahora.

Nada más colgar le entró un bajón increíble. Por una parte se sentía tremendamente aliviada por haber dado el paso, y por otra sentía que no había ocurrido, que no era posible que se hubiera acabado así, sin luchar, sin que él se resistiera ni hiciera el más mínimo esfuerzo por hablar. Estuvo todo el día dándole vueltas a la situación y sintiéndose mal por lo afectado que podría estar Pedro en el fondo, y enfadada con él a la vez por no mostrar nunca sus sentimientos. No pudo comer nada en todo el día. Tenía el estómago cerrado y le daba muchísima pena que después de tantos años la cosa se terminara de esa forma. Decidió llamarlo para hablar con él tranquilamente. Su madre contestó al móvil:

—Hola, Carla, Pedro está en la ducha. ¿Te puedo ayudar yo? —dijo un poco borde.

—No, gracias, luego le llamo.

—Llámale ya mañana si quieres, porque estoy con la cena casi lista. Se le han antojado huevos fritos con patatas y estamos a punto de cenar.

Carla colgó el teléfono con un cabreo monumental. Al fin y al cabo no parecía estar muy afectado cuando tenía el estómago perfectamente. Llamó corriendo a Lidia.

—Por favor, ven a mi casa y tráeme tu vestido rojo. Hoy vamos a salir.

No eran ni las diez de la noche y las chicas estaban ya en la terraza de su bar cubano preferido tomando unos mojitos que les estaban sentando de maravilla. Carla se empezó a desahogar a conciencia:

—¿Te puedes creer que después de todo el lío el niño estaba tan pancho que se le habían antojado huevos fritos con patatas? ¡Será cabrón! Anda y que le den...

—Yo que tú me alegraría, así no te da el coñazo.

—Ya. Mejor. Por una parte me siento aliviada. ¡Hale! A emborracharnos... ¿Has visto qué morena estoy? Tengo unas ganas de...

—¿De follar?

—Uff... Estoy fatal...

—Y yo. ¿Sabes cuál es mi última fantasía?

—¿La de acostarte con un expresidiario? —dijo Carla con sonrisa de medio lado.

—Eso ya no es una fantasía, querida —dijo brindando con su vaso y una amplia sonrisa—, lo que me encantaría es conocer a un tío y cuando vayamos a hacerlo apagar la luz.

—¿En plan puritana?

—No, espera, apagar la luz antes de verle desnudo y descubrirlo todo, todo su cuerpo a oscuras, adivinar su textura, su tamaño, todo con la boca.

—Qué sencilla, eso ya me pega más de ti. Si utilizaras toda tu imaginación sexual para hacer el bien serías Teresa de Calcuta. Yo tengo otra: he pensado que sería superexcitante enrollarme con alguien y que no me diera el primer beso hasta que nos estemos corriendo.

—Mira qué sencilla tú también. Bueno, pues nada, ahora sólo nos faltan dos desconocidos.

—Eso ya es más difícil.

—Ah, ¿sí? ¿tú crees? Porque hay dos pedazo de maromos mirándonos en la barra de dentro.

Carla giró descaradamente la cabeza y dijo:

—Madre mía... ¡están que crujen! Pues uno de ellos me suena muchísimo. Le conozco de algo.

—De tus sueños...

—En serio, que me suena de algo.

De repente uno de los chicos se acercó y se dirigió a Carla:

—Hola, perdona, dice mi amigo que te conoce de algo.

—¿Y tu amigo no tiene boca? —contestó Carla.

—Sí, pero no le gusta mucho hablar, es tímido.

—Perfecto —interrumpió Lidia—, como le gustan a mi amiga.

Los tres rieron y el amigo se acercó, tal vez intuyendo que ya se había roto el hielo:

—Hola, ¿tú vas a la piscina por las mañanas a nadar? Creo que te he visto allí.

—Ah, sí, yo también te he visto, es que con ropa no te conocía...

Todos volvieron a reír y las chicas les invitaron a sentarse y pidieron una ronda de mojitos para todos. La noche pintaba bien. Empezaba a correr un brisita increíblemente agradable y olía a hierbabuena. Carla pensó que la cosa no se podía poner mejor. Pero sí se podía. Los chicos iban a nadar para entrenar porque eran bomberos:

—Dios existe —pensó Carla—, y nosotras le debemos caer muy bien.

Como era de esperar todos acabaron en casa de Lidia. Los chicos, que además de bomberos, eran gaditanos, resultaron ser graciosísimos y no pararon de reírse con ellos en toda la noche. Una vez allí sentados en el comedor tomando la última copa todo fluyó con tanta naturalidad y buen rollo que Carla no se lo podía creer. Parecía que se conocían de siempre, y antes de darse cuenta, se hicieron las parejas. Carla con el tímido y Lidia con su amigo.

Pero el tímido no resultó ser tan tímido y en el momento en el que se quedaron solos en la habitación le confesó que había tenido muchas fantasías con ella desde el primer momento en que la vio en la piscina. Entonces ella lo tumbó en la cama con la ropa aún puesta y se desvistió despacio delante de él, sin dejar de mirarle. Después, se colocó encima de él totalmente desnuda y le dijo:

—Quédate quieto, no te muevas. Quiero que me cuentes esas fantasías, no te dejes nada porque es exactamente lo que vamos a hacer aquí. No tengas vergüenza. Quiero saber exactamente lo que hacíamos. Sólo te pido una cosa: no me beses hasta que te estés corriendo.

Al día siguiente los chicos se fueron a eso de las doce de la mañana y Carla y Lidia se quedaron en casa. Se hicieron un café bien cargado y se sentaron en la terraza a cotillear sobre sus amantes mientras desayunaban.

—Ha sido la noche perfecta —comentó Lidia.

—Y que lo digas... ¿cumpliste tu fantasía?

—Claro, me encantó, y a él también. Me lo he pasado de lujo.

—Y a mí me duele todo el cuerpo pero no hay nada mejor que esas agujetas. Yo también he cumplido la mía. No me dio ni medio beso hasta que se corrió. No fue difícil. Es bastante tímido y eso me pone muchísimo. Me encanta además no saber nada de él. De momento me basta con saber que tiene un lunar superbonito en la ingle derecha y que...

De repente se quedó en silencio al oír su teléfono sonar. Lidia, que estaba

más cerca, miró la pantalla y dijo:

—Es Pedro, ¿le digo que estás comiendo huevos fritos con patatas o que le estás comiendo el lunar a un bombero?

—¿Qué hago? Anda, pásamelo.

Carla se fue a la habitación para contestar. De repente vio la cama aún revuelta y le dio una punzada aguda de culpabilidad. Respiró hondo.

—¿Sí?

—Hola, soy yo.

—Hola.

—Te llamo para que quedemos un día para hablar. Mi madre ya está mejor.

—Me alegro por ella. ¿Cuándo quieres quedar?

—Esta semana estoy bastante agobiado de trabajo.

—¿Cómo? ¿Y cuándo quieres que quedemos? ¿El mes que viene?

—Carla, no te enfades, entiéndelo. Tengo trabajo. Haz tus planes esta semana y te llamo la que viene.

—Si no puedes sacar un rato para hablar de una relación de doce años no te importará mucho. Déjalo, que ya hago yo mis planes como tú dices.

Volvió a la terraza con lágrimas en los ojos pero entre sus «planes» ya estaba ver al bombero el lunes en la piscina y así lo hizo. Esta vez fueron a casa de Carla, y al día siguiente a la de él, y al siguiente lo hicieron en las duchas de la piscina y así se fueron sucediendo los días.

Hasta que un día volvió a llamar Pedro, esta vez con la firme idea de quedar para hablar en serio.

—¿En serio? ¿Quieres quedar ahora? —Carla estaba sorprendida.

—Sí, hoy tengo poco trabajo y mañana estoy libre.

—Pues quedamos mañana... —dijo Carla incrédula.

En su foro interno ella sabía que quedaba para verle la cara por última vez. Pedro hacía ya unos días que formaba parte del pasado. Además, quería darse el gustazo de decirle a la cara lo que todavía no había entendido él.

Quedaron en una cafetería de Alonso Martínez. Primero se sentaron en la terraza, pero Pedro sugirió irse dentro porque hacía demasiado calor fuera. Una vez dentro a Carla le faltó tiempo para quejarse del aire acondicionado, así que volvieron a sentarse fuera. El camarero les seguía con la mirada y hasta que comprobó que no se movían más no les atendió. Dos cañas con sus olivas. Parecía que ninguno de los dos quería arrancarse a hablar en serio, y el tiempo pasaba entre miradas y huesos de aceituna. Hasta que habló Pedro:

—Carla... sé lo que estás pensando desde hace unos días.

—Ah, ¿sí? —exclamaba irónica.

—Déjame hablar, por favor.

Carla hizo un gesto para que continuara.

—Me es muy difícil decir todo lo que siento, y no sé cómo decirlo.

Carla empezaba a pensar que ahora sacaría toda su labia para pedirle perdón. Pero lo tenía chungo, mucho, muchísimo se lo tenía que currar, y ni por esas. La decisión estaba tomada. Pedro seguía hablando.

—... yo sé que no me he portado muy bien, te he tenido abandonada y he pensado más en mi trabajo que en ti. Y creo que si ha sido así ha sido por algo. Es porque no estoy enamorado de ti. Carla, será mejor que lo dejemos, es lo mejor para los dos.

Carla no se lo podía creer. Tanto tiempo pensando en dejarle y llegaba él y se lo soltaba a la cara en menos de diez minutos.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —preguntaba alucinada por lo oído.

—Sé que es duro, pero...

—Pero si es lo que te llevo intentando decir desde hace semanas. Pero como te enteras de lo que quieres y estás tan ocupado con tu trabajo...

—Perdóname, sabes que mi trabajo es absorbente.

—Mira, Perico, no te pongas grave.

—¡Que no me llames Perico cuando te enfadas que no me gusta y sabes que además me suena a droga!

—Yo no te llamo Perico si no quieres, pero aquí quien deja la relación soy yo. No tú. Eso que te quede claro. Qué es eso de darme esquinazo todos los días y ahora que puedes quedar vas y me lo dices... ¡Venga, hombre! Para quedar tú por encima, qué morro tienes. Esto no es así.

El tono de Carla era nuevo para Pedro. Estaba asustado y aturdido. No contaba con esa reacción, aunque en el fondo sabía perfectamente que era cierto. No supo qué más decir.

—No busques palabras porque no hace falta que digas nada. Me voy a beber la cerveza y me voy.

Alzó el brazo y se bebió de un trago el medio vaso que restaba. Se levantó preparada para irse.

—Y cuando quieras pedirme perdón y reconocer tu obsesión por el trabajo y por tu madre, me llamas, que tienes mi número. —Y se fue.

Pedro se quedó allí, en la silla, sentado, humillado. Carla notó que no estaba nerviosa, que andaba con agilidad y una ligera sonrisa asomaba en su boca.

No se lo pudo contar a Lidia porque estaba con su croata de ruta turística por Madrid. Aunque conociéndola, seguro que la ruta que estaba siguiendo era la del cuerpo humano. Tenía el móvil desconectado, así que cuando lo encendiera ya vería las cinco llamadas perdidas y llamaría para preguntar, y sobre todo para contar con pelos y señales su pasión balcánica.

Pensó entonces en llamar a su bombero particular y volver a apagar fuegos juntos, pero su compañero de camión le comunicó una mala noticia: fue a desatascar un alcantarillado municipal, concretamente en Villaviciosa de Odón, cuando una casa se desplomó a su lado. Cojito para toda la vida. Estaba en el hospital y había dado la orden de que nadie le molestara salvo sus padres. Carla no era sus padres, así que no insistió.

El verano se estaba acabando y Carla, en ese momento, ya no tenía novio, su mejor amiga no estaba y sus amantes temporales eran eso: temporales. Se fue a casa para pensar y reflexionar sobre todo lo ocurrido. A repasar todo lo que había hecho en esos meses, el curso de escritura, el de pintura, el de fotografía, el polvo en el cementerio, la sensación de retratarse desnuda, la muerte de Boni, Pedro, Pere, siempre Pere, se preguntaba por qué. Qué tenía ese chico que no había podido olvidarlo en todo el verano. En eso pensaba cuando sonó el móvil. Era un mensaje de Lidia: «Carlita... estoy flipando. Me voy a Sevilla con él. Creo que estoy enamorada, te cuento cuando vuelva. ¡Ciao!» Lo que faltaba, pensó Carla.

Se fue a dormir. Y luego volvió al oscuro túnel de la rutina que era el trabajo diario en la oficina. Se aburría mucho más que antes y los días se le hacían eternamente largos. No tenía el aliciente de quedar con Lidia, no tenía ya curso al que ir y ni siquiera tenía a Pedro, un problema con el que ocupar su pensamiento. Salir con los compañeros del trabajo era equivalente a ver obligada tres programas seguidos de los Lunnies. Horrible. Prefería irse caminando a casa, disfrutando de las tardes de septiembre.

Precisamente en uno de esos paseos le llegó un mensaje al móvil: «¡Carlita... no te lo vas a creer, pero estoy en Croacia! Creo que me voy a casar con él. Cuando llegue a Madrid te cuento. Ciao!» Carla alucinó en mil colores. Días sin saber de ella y de repente sale con esto. Qué tendría el croata ese que Lidia estaba dispuesta a casarse con él. Sintió que la perdía. Y eso le entristeció mucho. Se fue a casa a llorar y a beber zumo de papaya.

Una mañana en el trabajo, al lado de la fotocopidora, Carla escuchó una conversación entre unos compañeros:

—¿Te has enterado de lo de Pere?

—Coño, Pere... ¿Ha vuelto?

—Sí, ha vuelto, pero al parecer no muy bien. Está en el hospital con Tripanosomiasis.

—¿Con qué?

—Con Tripanosomiasis africana.

—Ah... —Su cara delataba que no sabía de qué diablos hablaba el otro.

—Lo de la mosca tse-tse, que le ha picado y se ha traído la picadura aquí. Y

por lo visto está fatal.

—Eso le pasa por irse a hacer el payaso por ahí.

Y en ese momento recibió un carpetazo en toda la cara dirigido por Carla desde su mesa.

—Perdona, se me ha caído —dijo con sorna.

Le había molestado mucho ese comentario y no pudo reprimirse. Si hubiera sido hacia otro, pero Pere... No se quitó la noticia de la cabeza en todo el día y después de averiguar en qué hospital estaba exactamente, al salir de la oficina, fue a verle.

La primera imagen de Pere fue la de un hombre atractivo tumbado en la cama con aire desvalido. Tenía delante de él un plato de sopa de coliflor. Lo olisqueaba con reparo. Carla se apoyó sonriendo en el quicio de la puerta.

—No pongas esa cara, sabe mejor que huele —dijo.

Pere miró hacia la puerta, y cuando vio a Carla se le iluminó la cara. Por ella, y porque una enfermera estaba subiendo la persiana de su habitación.

Mejoró en esa tarde lo que no había mejorado en la última semana. Gracias a Carla en los siguientes días sus fiebres remitieron y volvió su sentido del humor. Despachaba rápido las pocas visitas que recibía excepto las de Carla, que podían durar horas. De hecho duraban horas. Charlaban, reían, comentaban, estaban en silencio sin estar incómodos, todo esto que se hace cuando uno está a gusto con la otra persona.

Una tarde de domingo en la que había poco personal en el hospital no se dieron cuenta de que la hora de visita había pasado, seguían inmersos en su conversación:

—La verdad es que tuvimos actuaciones muy buenas —decía Pere sin falsa modestia—. Me acuerdo una vez en Namibia, en las fiestas de Yakatana. Todo el pueblo fue a vernos. Era la atracción del año. Ocuparon la plaza todos los vecinos, si no todos, casi todos...

Carla le miraba mezcla de admiración e interés mientras sonreía con ojos brillantes.

—... en cuanto saqué de mi boca la bola de fuego, rompieron a aplaudir que parecía que se abría el Kilimanjaro. Luego los niños se querían quedar con mi nariz de payaso, pero no lo consiguieron. Esa no pero regalé muchas narices, tenía infinidad de ellas pero me acordaba mucho de una naricilla en especial. La tuya Carla.

—No seas cursi. Además, si te acordabas de mi nariz, porque te fuiste sin despedirte.

—Ya tenía planeado el viaje, Carla. Y no quería asustarte. Nos acabábamos de conocer. ¿Qué querías que hiciera? Y una vez allí todo me pareció tan

lejano. Temía que si te escribiera te ibas a reír de mí. Además sabía que estabas con Pedro y pensaba que para ti había sido una aventura tonta o yo que sé... Todo cambió cuando te vi en el quicio del hospital. Supe que tú también habías pensado en mí.

—Sí, aunque no en tu nariz precisamente.

Ambos rieron por la ocurrencia de Carla. En ese momento entró una enfermera, que apenas reparó en Carla pero no se molestó en decir lo que ya tenían que saber. Fue rápida en su quehacer:

—Pere, mañana lo más seguro que te demos el alta. Te lo confirmará el doctor, pero vamos, que caben muchas posibilidades de que mañana te puedas librar de nosotros. Vamos, que porque te he hemos pillado pronto, que si no, no lo cuentas.

Fue una gran noticia. Los dos, Carla y Pere se pusieron muy contentos del diagnóstico de la enfermera y lo celebraron con zumo y galletas de hospital.

Era ya tarde y Carla tendría que haber salido del hospital hacía rato, pero ahí seguía, en la habitación de Pere.

—Debería irme.

—No te vayas. A lo mejor es mi última noche.

Carla sonrió por la broma. Después maquinaron un plan. Carla se quedaría escondidas en la habitación para pasar la noche juntos. Pere ya estaba prácticamente recuperado y no había nada mejor para estarlo del todo que hacer el amor. Y así lo hicieron. La cama no era muy grande pero tenía el hueco suficiente para Carla. Se tumbó al lado de él y rápidamente, aunque con ternura, comenzaron a besarse. Cuando el calor les subió por el cuerpo tiraron la sábana al suelo, quedándose al descubierto. Carla le quitó dulcemente su ropa de paciente hasta dejarlo desnudo. Entonces fue cuando reparó en que cualquiera podía entrar en habitación, pero le dio igual. Le gustó esa sensación de peligro. Estaba entrenada en el morbo.

Se subió encima de él con delicadeza y con cuidado para no caerse de la estrecha cama de hospital y también por miedo a hacerle daño en su estado, aunque en cuanto le sintió dentro se dio cuenta de que estaba mucho más recuperado de lo que imaginaba. Entonces él la cogió en brazos y antes de darse cuenta estaba ella debajo y el cuerpo de Pere cubría el suyo con fuerza. De repente le vino el recuerdo de aquella primera noche. Su olor, su tacto, sus ojos de deseo, sus ganas y su poca prisa a la vez. Recordó todas las veces que había pensado en él, las veces que le había soñado, y mientras las sensaciones del recuerdo pasaban por su mente se entremezclaban con las de ese momento, confundándose las unas con las otras. Y todo esto fuera de horario de visita.

La lengua de Pere se acercó para lamerle un pecho, lamía una vez muy lento

y otra muy rápido, cambiando el ritmo una y otra vez. Ella sentía su cuerpo entero latir al ritmo de su corazón. De repente sintió que la lengua de Pere paraba de golpe y escuchó un gemido mudo. Entonces, desbordó todo su placer encima de ella. Sintió cómo el calor se deslizaba por su estómago bronceado y fue en ese momento, con él ya fuera, cuando explotó. Él le puso la mano encima de su sexo y sintió su calor. Tuvo el orgasmo más fuerte de su vida y sintió cómo le subía por la espalda y se erizaba como el lomo de un gato.

8. EL ÚLTIMO EMPUJÓN JUNTOS

Los primeros días de septiembre trajeron mañanas de sol, noches deliciosas y tardes de Retiro. A Carla le encantaba ir al parque de El Retiro, pero nunca en su vida había alquilado una barca hasta que durante un paseo Pere apareció con dos tickets en la mano. Le pareció divertido así que allá que se «Embarcaron». Nada más llegar al centro del estanque Carla recibió una llamada al móvil. Cuando leyó en la pantalla el nombre de la persona que efectuaba la llamada no se lo podía creer:

—¡¡Lili!!

Sí, era Lidia. Había vuelto de su viaje de Croacia y estaba ansiosa por contarle todo con pelos y señales a su amiga del alma. Aceleraron la barca hasta el embarcadero, porque en apenas media hora habían quedado con ella. Pere la acompañaría.

—Tengo ganas de conocer a Lidia, me has contado tantas cosas de ella.

—Y yo de conocer al croata, que me ha dicho que viene acompañada. Vamos.

El encargado de recoger las barcas, un hombre enjuto y feote, les animaba desde la orilla.

—Vamos chavales, que no queda ná.

—Parece un duende de Navidad —le dijo Carla a Pere. Los dos se echaron a reír, ya no tenía fuerza para seguir remando.

—Venga, los dos a la vez —les gritaba el duende de Navidad—, el último empujón juntos.

Volvieron a troncharse, alejándose más aún.

Después de muchos intentos salieron de la barca y pusieron rumbo a un restaurante en la zona de Las Vistillas. Una vez allí cruzaron el restaurante hasta un patio interior. Allí estaba Lidia, que saludaba con la mano efusivamente, a su lado había una espalda masculina que Carla ansiaba conocer. Corrió hasta Lidia dejando atrás a Pere que avanzaba a un ritmo más lento y pausado. Las dos amigas se enlazaron en un fuerte abrazo y dieron saltos de alegría. Pere llegó a su lado y Carla aprovechó para presentárselo a Lidia, por fin.

—Este es Pere —dijo. Y se presentaron como mandan los cánones.

—Bueno —dijo Carla—, preséntame tú ahora al que está en la mesa.

—Si lo conoces de sobra.

Carla no entendió muy bien esa última frase.

—Has hecho un curso de fotografía este verano con él.

—¿Qué? —exclamaba Carla pensando que podía ser Raúl.

—Y te digo más... Has vivido con él más de veinte años.

Carla no reaccionó hasta que su hermano se acercó a darle un abrazo.

A ninguno le gustó la ensalada, que quedó entera. Se dedicaron al vino y a los chipirones, Pero más a lo primero que a lo segundo.

—Vamos a ver, que me quede a mí claro... —le decía Carla a Dani— ¿Quieres decirme que te fuiste a Croacia sin decir nada a nadie para no perder a Lidia?

Dani asintió con la cabeza antes de que Lidia continuara hablando.

—No sólo eso. También esto.

Lidia estiró la mano orgullosamente, dejando ver en su dedo anular un precioso anillo de compromiso. Carla abrió tanto la boca que parecía un dibujo manga.

—Es de...

—Sí, de esmeraldas —terminó la frase Lidia.

—Ya, si eso se ve, quiero decir que es de compromiso —y miró alucinada a su hermano—. ¿Os casáis?

—¡Sí, vamos a ser cuñadas!

Carla dudó un momento por el cariz que habían tomado los acontecimientos. Había pasado todo tan rápido que le costaba creerlo. Pero se dejó llevar y se inundó de felicidad compartida.

El resto de la cena transcurrió entre risas y anécdotas. Y más vino. Al llegar a los postres una última sorpresa sacudió a Carla. Dani sacó de debajo de la mesa un paquete envuelto en papel de regalo bastante hortera y se lo entregó a Carla que lo empezó a abrir con cuidado de no romper el papel. Lidia se adelantó y lo destrozó por completo. Debajo de ese papel había una cámara de fotos profesional y Carla volvió a abrir la boca, esta vez acompañado de un suspiro de felicidad.

—¿No querías ser fotógrafa? —le dijo Dani—. Pues ya no tienes excusa.

Desde ese momento Carla no se separó de su cámara. Parecía que le habían regalado una mascota. Se compró un bolso bastante cutre y feo para que los ladrones no tuvieran la tentación de robárselo con su preciosa y preciada cámara dentro. Pensó que era el mejor regalo que le habían hecho nunca. Por fin estaba experimentando el placer de hacer algo que le gustaba de verdad. «Lo que tiene que ser dedicarse a lo que a uno le gusta», pensaba de forma recurrente, pero lo pensaba con la ilusión y la esperanza de que se convirtiera muy pronto en una realidad para ella. Llevaba el bolso, al que muy pronto cogió cariño, cruzado, y en sus días libres se levantaba por la mañana y se iba al centro de Madrid a hacer fotos a las situaciones o personas más insólitas. Pero su lugar preferido era Madrid Río, que insinuaba ya los primeros

síntomas del otoño. Nunca se había fijado en los numerosos cambios que experimenta la naturaleza y la elegancia y seguridad con la que lo hace, segura de sí misma, sin importarle nada de lo que esté ocurriendo a su alrededor, pensaba, y así se sentía ella. Sentía que había encontrado la pasión de su vida y no le tenía ningún miedo al cambio. Ni siquiera al climático.

Era por la tarde y el teleférico estaba prácticamente vacío. Pere y Carla viajaban en su cabina. Ella haciendo fotos desde arriba y él buscando el momento de proponerle a Carla un viaje. Cada vez que se preparaba para hablar Carla abría la boca para gritar algo referente a la fotografía que iba a hacer.

—Carla... Carla, escúchame un momento, Carla, por favor... ¡Carla!

Carla se paralizó.

—¿Qué te pasa?

—Nada, es que llevo intentando decirte algo todo el trayecto y veo que llegamos otra vez a la Casa de Campo y no me dejas decírtelo.

—Perdona, es que estas vistas son perfectas para una foto. Dime.

—Voy a ser rápido. Carla, quiero que te vengas conmigo a hacer una ruta por Sudamérica. Me ha salido otra gira de payasos y me apetece mucho ir. Pero contigo, claro.

Carla pareció dudar un momento. Luego miró por la ventana pensativa y después preguntó:

—¿Qué países?

—Bolivia, Ecuador y Chile.

Carla hizo una foto al Palacio Real e inmediatamente dijo que sí. Pere se puso tan contento que los botes que daban en la cabina hicieron que se moviera tanto que por un momento pareció que iban a volcar. El susto fue grande así que se sentaron sin moverse hasta la llegada.

Una gira payasil por tres países sudamericanos era un sueño, no sólo para Pere, también para Carla, que se iba a inflar a hacer fotos. Estaba deseando llegar a Quito, su primer destino, para empezar a gastar carrete y memoria USB.

Pero el desarrollo de los acontecimientos a veces no es como lo esperábamos. Así, unos días antes de que saliera el avión Pere llamó a Carla preocupado, algo inquieto por un suceso de última hora que lo podía cambiar todo. Se vieron a los veinte minutos en casa de Carla, que estaba organizando su maleta.

—Carla, tengo una mala noticia.

Ella se incorporó como un resorte y clavó sus ojos en él con expectación.

—Me han hecho una oferta que en mi vida me hubiera imaginado —Pero continuó hablando—. Llevo dos días sin dormir, me han llamado de Apple

España para entrar ya.

La cara de Carla empezaba a palidecer.

—Me han ofrecido mucho dinero, y cuando digo mucho es mucho.

—Pero yo ya he dejado mi trabajo —dijo Carla dejando caer una camiseta encima de la cama.

—He pensado que si nos quedamos podemos vivir los dos perfectamente con mi sueldo. Yo trabajo y tú aprovechas para estudiar fotografía. Mira...

Pere sacó de su bolsillo un folleto que entregó a Carla. Ella lo abrió y lo miró.

—Es un curso de fotografía, profesional. No esos cursos para principiantes de los que me has hablado. ¿No es genial? —le sonó entonces el teléfono—. Perdona, es importante, es del nuevo trabajo, me tengo que ir, luego te llamo, piénsatelo. Y se fue hablando por teléfono.

Carla empezó a deambular por la casa intentando organizar su cabeza. De repente reparó en la maleta. Estaba perfectamente colocada. Todo estaba preparado. Decidió darse un baño relajante. Encendió una vela enorme y brillante con olor a mora. Se metió en la bañera con agua tibia e intentó dejar su mente en blanco, pero en cuanto cerraba los ojos le venía la imagen de su maleta abierta. Reparó en que no estaba llena del todo. Había un espacio en la esquina superior de la derecha. Se levantó de un respingo y agarró una toalla tirando la vela al suelo. Se apagó antes de caer. Carla fue a la habitación, buscó su cámara, la colocó en el hueco y cerró la maleta.

Fin



www.terraignotaediciones.com

Síguenos en:

[Facebook](#)

[Twitter](#)

MARIO J. LES



**EL PLAN
BERKOWITZ**

TerraIgnota
EDICIONES

El plan Bérkowitz

J. Les, Mario
9788494396793
442 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

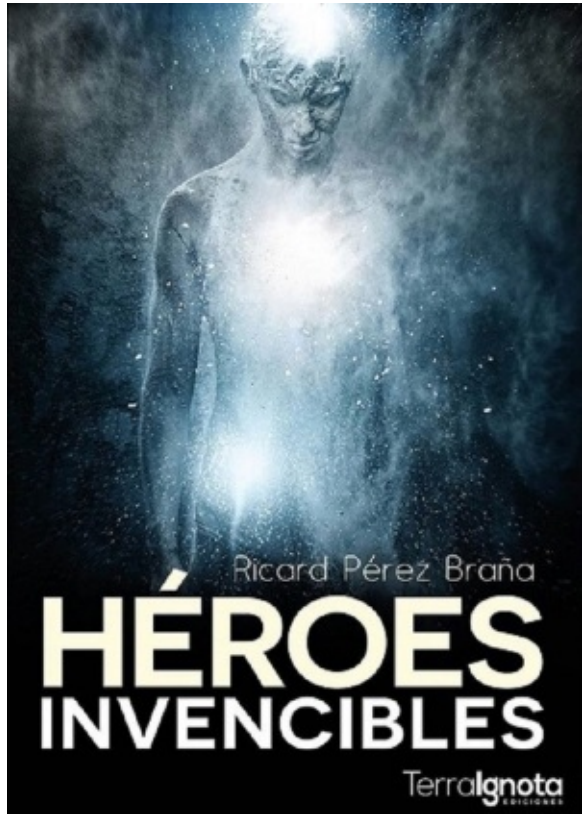
Apenas comenzado el otoño de 2001, un anciano prisionero despierta en su celda como cada mañana desde hace una eternidad. Hastiado de ese interminable encierro, aguarda su propia muerte como única salida a la pesadilla que le atormenta.

Durante el verano de ese mismo año, tres jóvenes, socios de una modesta empresa audiovisual, son contratados por un excéntrico millonario para realizar unos documentales de naturaleza en Kenia. Entusiasmados, se ven ante la oportunidad de sus vidas; un trabajo soñado y la posibilidad de refloatar su maltrecha economía. Sin embargo, pronto descubrirán que no es oro todo lo que reluce en torno a su mecenas.

En la convulsa Alemania de 1938, Eyal Bérkowitz forma parte del centenar de presos judíos que son trasladados del campo de concentración de Dachau al recién inaugurado Flossenbürg. Allí trabajarán de sol a sol en la cantera vecina extrayendo el granito necesario para las construcciones que Albert Speer ha proyectado para la Alemania imperialista de Hitler.

El grupo judío, con Bérkowitz a la cabeza, sufrirá en sus carnes el abuso de poder por parte del jefe de su barracón, Ludwig von Häussler, capitán de las SS. Con el trasfondo de la Segunda Guerra Mundial, el atentado contra Reinhard Heydrich y la Operación Valkiria, Eyal Bérkowitz ideará un arriesgado plan que puede salvar su propia vida... e hipotecar la de otros.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Ricard Pérez Braña

HÉROES INVENCIBLES

TerraIgnota
EDICIONES

Héroes invencibles

Pérez Braña, Ricard

9788494396731

286 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La historia de la Tierra cambió para siempre el día en el que Prometeo se presentó ante la humanidad como el hijo de Dios vivo llegado del cielo. Su poder de alterar la realidad le permite manipular a los Homo sapiens prácticamente a su antojo.

Pero no todos se doblegan ante su voluntad. Muchos se organizan para oponerse a esa supuesta divinidad y a sus planes de dominación.

No estarán solos.

La guerra por el control del planeta ha comenzado.

Un grupo de amigos, cada uno con unas capacidades únicas, hará lo imposible por frustrar los planes del tirano, combinando sus habilidades que van desde la curación de las heridas más difíciles hasta los poderes telequinéticos desplegados por dos de ellos, y que no hacen sino reforzar su profunda amistad, pasando por la joven capaz de transformarse en un furioso animal medio oso y medio puercoespín, y otra que puede controlar la segregación de feromonas para influir así en los demás. Todo ello sin olvidar a un joven guerrero asiático que complementa su gran talento para la lucha con la posibilidad de hacerse invisible y, por supuesto, a la niña de ojos de dos colores que "hace cosas".

Adéntrate con ellos en esta incesante y apasionante lucha por la supervivencia. Averigua quiénes son, de dónde provienen y, sobre todo, cómo podrán hacer frente a un ser aparentemente todopoderoso.

Muchos de los elementos que han hecho grande al género aparecen aquí filtrados a través de la peculiar visión de su autor, que nos propone un viaje a un mundo inmerso en el caos donde el terror está a la orden del día, pero en el que también hay sitio para el valor y la amistad.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



El periplo del Ángel

LΩbΩ Fantasma
9788494538193
90 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Alguna vez oíste hablar del amor impío? ¿Sabes por qué se les negó a los ángeles la libertad de amar y decidir sobre sus actos? ¿Por qué se exilió a la raza de los nefilim en El Olvido? Éstas y muchas cuestiones más se verán reveladas a través de estas líneas. Yo, el ángel Dekkar'iël, fui designado por la madre creadora para custodiar y salvaguardar la vida de Julie, una joven que, en su vida anterior, puso en jaque tanto a Dios como a Lucifer por culpa del amor impío. Por amor me vi obligado a emprender un viaje sin retorno, en el cual tuve que abandonar toda esperanza e ilusión, tan sólo para poder otorgarle a un alma atormentada la oportunidad de redimirse ante los ojos de nuestra creadora.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Table of Contents

[Levántate-de-mí-ebook](#)

[Levántate-de-mí-ebook-1](#)

[Levántate-de-mí-ebook-2](#)

[Levántate-de-mí-ebook-3](#)

[Levántate-de-mí-ebook-4](#)

[Levántate-de-mí-ebook-5](#)

[Levántate-de-mí-ebook-6](#)

[Levántate-de-mí-ebook-7](#)

[Levántate-de-mí-ebook-8](#)

[Levántate-de-mí-ebook-9](#)

[Levántate-de-mí-ebook-10](#)

[Levántate-de-mí-ebook-11](#)

[Levántate-de-mí-ebook-12](#)

[Levántate-de-mí-ebook-13](#)